

El Señor del Vacío

Capítulo 1: El susurro del abismo

El viento helado rasgaba la noche mientras un denso manto de niebla se cernía sobre las ruinas de la iglesia de San Martín, un lugar olvidado por el tiempo y cargado de leyendas sombrías. Lía Montenegro, con su linterna en una mano y un viejo libro encuadernado en cuero en la otra, observaba las sombras danzantes que parecían cobrar vida entre los escombros. Habían llegado allí guiados por una serie de pistas inquietantes: desapariciones inexplicables, señales enigmáticas grabadas en las paredes de varios pueblos y un aura de maldad creciente que parecía emanar desde el subsuelo.

“¿Estás segura de que es aquí?”, preguntó Iván, su voz llena de escepticismo, mientras ajustaba su cámara térmica.

“Es aquí”, murmuró Sara, que permanecía inmóvil con los ojos cerrados, sus dedos tocando el suelo frío. “Hay algo... algo despierto bajo nuestros pies.”

Diego, el mayor del grupo, abrió su mochila y sacó una serie de velas negras y un puñado de piedras talladas con símbolos rúnicos. “Si vamos a explorar este lugar, mejor que estemos preparados.”

La atmósfera era opresiva, como si el aire estuviera cargado con una electricidad invisible. Al avanzar por los pasillos derruidos de la iglesia, las paredes parecían susurrar palabras incomprensibles, un zumbido lejano que crecía a cada paso. Lía intentaba mantener la calma mientras hojeaba su libro en busca de alguna referencia a los símbolos tallados en las columnas. Eran antiguos, más antiguos de lo que esperaba, y su significado escapaba incluso a los textos más arcanos.

“¡Chicos, miren esto!”, gritó Chelo desde el altar principal, su voz reverberando en el espacio vacío. Todos se acercaron rápidamente, iluminando el lugar con sus linternas. En el suelo, rodeado de cera derretida y manchas que parecían sangre seca, había un círculo tallado con precisión perturbadora.

“Es un sello de contención”, explicó Diego, su voz apenas un susurro. “Pero... está roto.”

Antes de que pudieran procesar lo que significaba, un estruendo resonó desde lo profundo de la cripta bajo sus pies. Era un sonido gutural, como el lamento de algo inhumano. Sara se llevó las manos a la cabeza y gritó, su rostro pálido de terror.

“¡Hay algo abajo! Nos está observando... está hambriento...”

La linterna de Lía parpadeó, y en ese instante, la oscuridad pareció ganar vida. Una figura alta y deformada se materializó brevemente en las sombras, sus ojos como brasas encendidas.

“No deberíamos estar aquí”, dijo Iván mientras retrocedía, su respiración acelerada. Pero antes de que pudieran reaccionar, el suelo bajo sus pies comenzó a temblar, y un grito ensordecedor llenó la iglesia.

Capítulo 2: El hambre de la oscuridad

El temblor cesó de manera repentina, dejando un silencio antinatural que era casi peor que el estruendo anterior. Los jóvenes estaban congelados, con el corazón golpeando furiosamente en sus pechos. La figura de ojos ardientes había desaparecido, pero su presencia seguía impregnando el aire, como un eco oscuro.

Sara comenzó a llorar en silencio, con las manos temblorosas. “Es demasiado tarde... algo ha cruzado. No podemos detenerlo.”

“¡Claro que podemos!”, gritó Lía, su voz quebrándose. Se agachó junto al círculo roto, inspeccionando los símbolos. “Este sello fue diseñado para mantener algo atrapado. Si averiguamos cómo repararlo, podemos devolver lo que sea que salió.”

“¿Y si no quiere regresar?”, preguntó Chelo, apuntando su cámara hacia el altar. A través de la lente, pudo ver algo que los demás no podían: figuras translúcidas que se deslizaban por las paredes como sombras líquidas. “¡Hay algo moviéndose ahí! ¡No estamos solos!”

Todos giraron al unísono, sus linternas barriendo el altar y las paredes. El aire se tornó más pesado, cargado de un hedor nauseabundo a azufre. De las grietas en las piedras comenzó a emanar una neblina negra, que parecía arrastrarse como si tuviera vida propia.

Diego sacó un pequeño frasco de agua bendita de su mochila y lo lanzó hacia la neblina. La sustancia siseó al contacto, pero solo por un momento. La oscuridad pareció devorar el líquido, creciendo y envolviéndolos.

“Esto no es normal”, murmuró Iván, mientras revisaba frenéticamente su equipo. “La temperatura está cayendo. ¡Estamos por debajo de los cero grados y estamos bajo tierra!”

Un grito desgarrador resonó desde las profundidades de la cripta, un sonido que parecía ser una mezcla de llanto humano y rugido animal. Sara, que seguía en el suelo, comenzó a recitar palabras en latín, su voz distorsionada como si alguien más hablara a través de ella.

"Silencio, Sara", dijo Diego, sacudiéndola por los hombros. "¡No sabes lo que estás diciendo!"

Pero era demasiado tarde. Algo respondió.

Desde el altar, una forma comenzó a emerger. Era enorme, una amalgama de sombras que tomaban forma humana y monstruosa a la vez. Dos cuernos largos y retorcidos sobresalían de su cabeza, y su rostro era un vacío sin rasgos, salvo por esos ojos llameantes que habían visto antes.

"Vosotros... sois débiles", resonó una voz gutural, que parecía provenir de todos lados. "No podéis detenernos. Vuestro mundo ya es nuestro."

Lía dio un paso atrás, sosteniendo el libro de runas con fuerza. "¿Qué eres tú? ¿Por qué estás aquí?"

"Soy el heraldo", respondió la criatura. "El primero de muchos. Y vosotros sois los que abriréis la puerta."

Con un movimiento rápido, la criatura extendió una de sus manos deformes. Una ráfaga de viento helado lanzó a Iván y a Chelo contra las paredes. Diego gritó mientras sostenía una cruz en alto, pero el objeto comenzó a quemarse, dejando caer cenizas al suelo.

"¡Lía, haz algo!", gritó Chelo desde el suelo, con sangre brotando de una herida en su frente.

Lía buscó desesperadamente entre las páginas del libro, sus ojos escaneando runas y encantamientos. "¡Aquí está!", gritó. Comenzó a recitar un conjuro en un idioma que ninguno de los demás entendía. La criatura se retorció, sus movimientos ahora más erráticos, pero no desapareció.

"Es... un inicio", dijo Diego, ayudándola a mantenerse de pie. "Pero necesitamos más poder. Este no es un simple demonio, Lía. Es una entidad mayor."

La criatura soltó una carcajada que hizo vibrar las paredes. "No podéis detener lo inevitable. La barrera está rota. Vendrán más. ¡VENDRÁN MÁS!"

De repente, la criatura se disolvió en una nube de ceniza y humo, dejando un silencio abrumador. Pero en el suelo, donde antes estaba el sello roto, ahora había nuevas marcas: un círculo más grande, con símbolos que ninguno de ellos reconoció.

Sara, finalmente recuperando el control, habló con voz temblorosa: "Este no es el final... es solo el comienzo. Lo que estaba atrapado aquí era un guardián. Ahora el portal está abierto. Están viniendo."

El grupo se quedó en silencio, con la comprensión cayendo sobre ellos como una losa de piedra. Habían desatado algo que no entendían, y ahora el destino del mundo pendía de un hilo.

Capítulo 3: La venganza del abismo

El aire estaba viciado. Cada respiración se sentía pesada, como si inhalaran algo más que oxígeno. Después de lo ocurrido, el grupo decidió retroceder hacia la entrada de la iglesia, pero la neblina negra ahora envolvía la salida, sellándolos dentro.

"No podemos salir", dijo Iván, revisando frenéticamente las paredes y buscando una ruta alternativa. "Estamos atrapados aquí."

"¡Esto no puede estar pasando!", gritó Chelo, con los ojos aún fijos en su cámara. La pantalla mostraba interferencia, pero de vez en cuando, destellos de figuras humanoides atravesaban el marco, como sombras que no estaban allí físicamente, pero sí espiritualmente.

"Algo más viene", murmuró Sara, con la mirada perdida y los ojos llorosos. Sus manos aún temblaban después de haber canalizado algo más allá de su comprensión. "No nos van a dejar ir. Estamos en su terreno ahora."

Diego colocó más piedras rúnicas en el suelo, formando un círculo alrededor del grupo. "Este círculo nos protegerá... al menos por un tiempo."

"¿Y cuánto tiempo es eso?", preguntó Iván, apuntando su linterna hacia la cripta. Desde las profundidades, un sonido comenzó a subir, un estruendo rítmico como tambores de guerra mezclados con alaridos humanos.

De repente, las velas que habían encendido en el altar se apagaron, y una oscuridad absoluta llenó el espacio. Lía encendió su linterna, pero el haz de luz parecía ser devorado por la negrura.

“¿Qué está pasando?”, susurró, su voz apenas audible.

“Es un apagón espiritual”, respondió Sara, su voz temblando. “Nos están quitando toda nuestra luz. Nos están preparando...”

El sonido de los tambores creció hasta convertirse en un rugido ensordecedor. Luego, el suelo bajo ellos comenzó a agrietarse. Algo estaba subiendo desde las profundidades, algo mucho peor que el heraldo que habían enfrentado antes.

El nacimiento del segundo ataque

Un grito agudo cortó el aire cuando la cripta finalmente se derrumbó parcialmente, dejando un agujero masivo en el suelo. Desde ese abismo salió una mano gigante y grotesca, cubierta de piel escamosa y músculos expuestos. Era como si el infierno mismo estuviera tomando forma física.

“¡No es uno, son varios!”, gritó Chelo, apuntando su cámara hacia el agujero. Podía ver múltiples figuras emergiendo: criaturas humanoides con espinas sobresaliendo de sus espaldas, dientes como cuchillas y ojos vacíos que goteaban un líquido negro.

Diego lanzó agua bendita hacia el agujero, pero las criaturas ni siquiera reaccionaron. “¡Esto no es suficiente! Necesitamos algo más poderoso.”

Lía comenzó a recitar desesperadamente una oración de protección en latín, pero las criaturas seguían acercándose, rodeándolos lentamente.

“¡Nos van a matar!”, gritó Iván, levantando un pedazo de madera como si fuera un arma inútil.

La primera criatura atacó, lanzándose hacia Chelo con una velocidad sobrenatural. Aunque logró esquivarla, la bestia desgarró su cámara en pedazos. La segunda criatura golpeó el círculo de protección, rompiendo una de las piedras rúnicas y debilitando la barrera.

“¡El círculo se está rompiendo!”, exclamó Diego.

Sara, en un acto desesperado, extendió sus brazos hacia las criaturas, cerrando los ojos y murmurando palabras en un idioma desconocido. Una ráfaga de luz salió de sus manos, empujando a las bestias hacia atrás. Pero algo andaba mal: la energía que usó parecía venir de su propio cuerpo, dejándola pálida y débil.

“No puedo hacer esto sola... son demasiado fuertes”, murmuró antes de colapsar.

El horror toma el control

Una de las criaturas, más grande que las demás, salió del agujero con un grito espeluznante. Su forma era un híbrido entre humano y reptil, con múltiples brazos y una cabeza coronada por cuernos torcidos. Hablaba en un idioma que ninguno entendía, pero el odio y el hambre en su tono eran inconfundibles.

“Es un comandante”, dijo Diego con voz apagada. “Esto ya no es una invasión. Es una conquista.”

La criatura levantó una de sus manos, y de la oscuridad emergieron cadenas que se deslizaron como serpientes hacia el grupo. Lía reaccionó justo a tiempo, lanzando una de las piedras rúnicas al aire y recitando otro conjuro. Una barrera de luz azul los protegió, pero estaba claro que no duraría mucho.

“¡Lía, tienes que sacarnos de aquí!”, gritó Iván, mientras las criaturas golpeaban la barrera con una fuerza aterradora.

“No puedo, no sin una conexión más fuerte. Necesitamos un lugar seguro, un refugio”, respondió ella, hojeando frenéticamente su libro.

La criatura más grande golpeó la barrera una vez más, y esta comenzó a agrietarse. Lía, con lágrimas en los ojos, sacó una pequeña daga de su cinturón y cortó la palma de su mano. “Esto es lo único que puedo hacer.”

Con su sangre, dibujó un símbolo en el suelo, un signo antiguo que irradiaba una energía oscura y peligrosa. “No es una solución... pero nos sacará de aquí.”

La barrera finalmente cedió, y las criaturas se abalanzaron sobre ellos. En el último segundo, el símbolo brilló intensamente, y todo el grupo fue envuelto en una explosión de luz.

La huida y el precio

Cuando abrieron los ojos, estaban fuera de la iglesia, en el bosque cercano. Lía se desplomó, apenas consciente, mientras Sara seguía inconsciente. Diego y Chelo las ayudaron a levantarse mientras Iván revisaba su equipo.

“Estamos vivos, pero no por mucho tiempo”, dijo Diego, mirando hacia el horizonte. En la distancia, la iglesia ahora parecía más un portal que un edificio, con una columna de luz negra que se elevaba hacia el cielo.

“Esto no ha terminado”, dijo Lía con voz débil. “El portal está abierto, y no podemos cerrarlo solos.”

El grupo, agotado y lleno de miedo, se dio cuenta de que necesitaban encontrar a alguien que supiera más, alguien con la experiencia para luchar contra algo tan oscuro. Pero el tiempo estaba en su contra, y las criaturas ya habían comenzado a extender su influencia más allá de las ruinas.

Capítulo 4: Ecos del abismo

El grupo avanzaba con dificultad por el bosque, el sonido de sus pasos amortiguado por la espesura del follaje. Aunque habían logrado escapar de las ruinas de la iglesia, la sensación de estar vigilados no los abandonaba. Sara seguía débil, sostenida por Diego, mientras Lía intentaba orientarse con un mapa antiguo que había encontrado en el libro.

“Esto es inútil”, dijo Iván, mirando nerviosamente a su alrededor. “No sabemos a dónde vamos, y esas cosas podrían estar siguiéndonos.”

“No tenemos opción”, respondió Lía, con la voz tensa. “Si no encontramos a alguien que pueda ayudarnos, ese portal no será lo único que quede abierto.”

De repente, el aire cambió. Una ráfaga de viento helado pasó entre ellos, trayendo consigo un olor a podredumbre. Chelo, que iba detrás, se detuvo en seco, apuntando su linterna hacia un punto en la oscuridad.

“¿Escucharon eso?”, susurró.

El grupo se quedó inmóvil, los oídos atentos. Primero, nada. Luego, un crujido, como si algo pesado estuviera moviéndose entre los árboles.

“No estamos solos”, murmuró Diego, sacando un crucifijo de su mochila.

Una sombra se deslizó rápidamente entre los troncos, demasiado rápida para que alguien la distinguiera con claridad. Luego, otra, y otra más. Estaban rodeados.

“¡Corran!”, gritó Lía, pero antes de que pudieran moverse, una figura enorme emergió de la penumbra. Era más grande que las criaturas anteriores, una masa de músculos y

huesos expuestos que parecía haber sido arrancada de algún sueño febril. Sus ojos eran cuencas vacías, pero de su boca brotaba un grito que perforaba los oídos.

Un enfrentamiento desesperado

La criatura cargó hacia ellos con una velocidad inesperada. Iván, que estaba más cerca, se lanzó al suelo justo a tiempo para evitar ser embestido. El monstruo golpeó un árbol, partiéndolo en dos, antes de girarse hacia el grupo nuevamente.

“¡Forma un círculo!”, gritó Diego, tirando al suelo las pocas piedras rúnicas que le quedaban.

“¡No hay tiempo para eso!”, gritó Chelo, apuntando con una linterna hacia la bestia. La luz no tuvo ningún efecto; el monstruo simplemente la ignoró.

Lía abrió su libro y comenzó a buscar frenéticamente un conjuro, mientras Sara intentaba ponerse de pie, a pesar de su debilidad. “Necesitamos distraerlo”, dijo Sara con voz temblorosa. “Algo que lo detenga aunque sea por unos segundos.”

“¡Yo lo distraeré!”, gritó Iván, levantando un palo del suelo. Corrió hacia la criatura, agitándolo en el aire. “¡Ven por mí, maldita cosa!”

La criatura rugió y se lanzó hacia él, dejando a los demás un momento para reagruparse. Diego tomó un puñado de sal de su mochila y la lanzó al suelo, formando un círculo improvisado.

“¡Entren aquí, rápido!”, ordenó.

Iván esquivaba por poco los ataques de la criatura, pero era evidente que no podría aguantar mucho más. Finalmente, Lía encontró lo que buscaba en el libro: un hechizo de paralización.

“¡Iván, tírate al suelo ahora!”, gritó.

Iván obedeció sin dudar, y en ese momento, Lía recitó las palabras del conjuro en voz alta. Una ráfaga de energía luminosa salió de sus manos, envolviendo a la criatura. Por un momento, el monstruo se detuvo, como si estuviera atrapado en una red invisible.

“¡No durará mucho, vámonos ahora!”, gritó Lía.

El grupo corrió lo más rápido que pudo, dejando atrás al monstruo inmovilizado. Sin embargo, el rugido de la criatura les dejó claro que el conjuro no lo retendría por mucho tiempo.

Un encuentro inesperado

Después de correr durante lo que parecieron horas, llegaron a un claro iluminado por la luna. En el centro, una pequeña cabaña se alzaba, vieja y destastada, pero con una luz cálida emanando de su interior.

“¿Creen que alguien viva aquí?”, preguntó Chelo, jadeando por el esfuerzo.

“No tenemos muchas opciones”, respondió Lía, acercándose con cautela a la puerta. Tocó tres veces, y al cabo de unos segundos, la puerta se abrió lentamente.

Un hombre mayor, con una barba gris y ojos hundidos pero alertas, los observó desde el umbral. Vestía una túnica oscura y sostenía un bastón tallado con símbolos antiguos.

“Los estaba esperando”, dijo con una voz grave pero tranquila.

El grupo intercambió miradas incrédulas.

“¿Nos estaba esperando?”, preguntó Iván, dando un paso hacia adelante.

“El portal está abierto, ¿no es así?”, continuó el hombre, ignorando la pregunta. “Lo he sentido desde que comenzó. Entren. Hay mucho que debemos discutir antes de que sea demasiado tarde.”

Aunque dudaban, el grupo entró en la cabaña. La atmósfera en el interior era extrañamente calmante, llena de aromas de hierbas y madera quemada. El hombre se presentó como Elías, un guardián de lo oculto que había dedicado su vida a estudiar y combatir a las fuerzas del abismo.

“Ustedes han desatado algo que no comprenden”, dijo Elías, mientras preparaba una mezcla de hierbas en un cuenco. “Si no lo detenemos pronto, el mundo que conocen será consumido por la oscuridad.”

“¿Cómo lo detenemos?”, preguntó Lía, con desesperación en la voz.

Elías la miró fijamente. “Primero, deben sobrevivir. Los ataques que han enfrentado hasta ahora son solo el principio. Lo que viene será peor.”

El próximo paso

Elías les explicó que necesitarían encontrar tres objetos antiguos que podrían sellar el portal. Cada uno estaba protegido por guardianes terribles, y recuperarlos sería una tarea casi imposible. Pero antes de que pudieran prepararse, un estruendo sacudió la cabaña.

“Nos encontraron”, dijo Elías, con un brillo de preocupación en los ojos. “Prepárense. Esto será peor que cualquier cosa que hayan visto.”

Capítulo 5: La noche devoradora

La cabaña crujió bajo la presión de un viento irreal, un aliento del infierno que apagó la luz cálida de las lámparas. Solo las brasas del fuego en la chimenea lanzaban sombras oscilantes en las paredes, distorsionando el espacio hasta parecer que las mismas vigas se retorcían.

“Cierren cada ventana y puerta. Ahora”, ordenó Elías, su voz tan firme que ninguno de ellos dudó en obedecer.

Chelo y Diego se apresuraron a asegurar las contraventanas con tablones podridos, mientras Iván colocaba una silla frente a la puerta. Sara permanecía temblando junto al fuego, sus ojos vacíos mirando la nada, como si algo invisible estuviera hablándole. Lía se quedó junto a Elías, observando cómo dibujaba un círculo protector en el suelo con un polvo que parecía brillar tenuemente en la penumbra.

“No será suficiente”, murmuró Lía, sintiendo el peso de una presencia creciente.

“Lo será si resisten”, respondió Elías, sin mirarla.

De repente, un golpe ensordecedor sacudió la puerta principal. Todos se detuvieron, congelados por el terror. Otro golpe, más fuerte esta vez, hizo temblar la estructura entera.

“Están aquí”, dijo Sara en un susurro, sus ojos aún fijos en el fuego. “Y quieren entrar.”

La primera grieta

El silencio se rompió con un sonido gutural, un gruñido profundo que parecía emanar desde dentro de las paredes. Chelo dio un paso atrás, apuntando su linterna hacia la puerta, pero la luz se apagó abruptamente, como si la oscuridad la devorara.

“Algo se mueve por fuera”, dijo Diego, acercándose al grupo con el rostro desencajado. “No es solo una criatura. Son muchas.”

“Eso no importa”, replicó Elías, levantándose con su bastón en mano. “Mientras estén fuera, tenemos ventaja.”

Pero antes de que pudiera terminar su frase, una de las ventanas explotó en una lluvia de cristales. Una mano huesuda y deforme, con dedos alargados como garras, se aferró al marco. Luego apareció un rostro, pálido y demacrado, con ojos vacíos que exudaban una negrura líquida.

“¡Atrás, demonio!”, gritó Diego, lanzando sal hacia la criatura. Esta se retorció, pero solo por un momento antes de lanzar un chillido que llenó la cabaña con una vibración insoportable.

Elías levantó su bastón y recitó un cántico en un idioma antiguo. Una ráfaga de luz salió del objeto, golpeando a la criatura y desintegrándola en cenizas. Pero su victoria fue breve: el techo comenzó a crujir, como si algo pesado caminara sobre él.

“Están rodeándonos”, dijo Elías. “Esto no es un ataque. Es una cacería.”

La invasión

Un segundo impacto atravesó una de las paredes, dejando un agujero por el que una criatura grotesca se coló. Era una amalgama de cuerpos, como si varias almas condenadas hubieran sido fusionadas en un único ser. Sus múltiples rostros gritaban en silencio, mientras avanzaba hacia ellos con movimientos espasmódicos.

“¡Círculo! ¡Todos al círculo!”, gritó Elías.

Los jóvenes se agruparon dentro del símbolo protector, pero no sin que Iván tropezara y cayera al suelo. Antes de que pudiera levantarse, la criatura extendió una mano hacia él. Un grito desgarrador salió de su boca cuando algo frío y antinatural tocó su pierna.

“¡Ayúdenlo!”, gritó Chelo, intentando salir del círculo, pero Elías lo detuvo.

“Si rompes el círculo, todos moriremos”, dijo con severidad.

Lía, sin dudarlo, agarró una piedra rúnica del suelo y la arrojó hacia la criatura. Esta se iluminó al contacto, quemando la piel del monstruo y haciéndolo retroceder lo suficiente para que Iván se arrastrara de vuelta al círculo, temblando y con lágrimas en los ojos.

“¿Estás bien?”, le preguntó Diego, pero Iván no respondió. Algo oscuro se extendía por su pierna, como venas negras que latían bajo su piel.

“Lo han marcado”, dijo Sara con voz fría. “No tenemos mucho tiempo.”

El corazón de la oscuridad

Las criaturas continuaron atacando, golpeando el círculo con una fuerza que hacía temblar el suelo. La cabaña misma parecía estar cediendo bajo la presión. Cada vez que Elías conjuraba una ráfaga de luz para repelerlas, estas volvían más numerosas y feroces.

“Esto no está funcionando”, dijo Lía, mirando cómo el polvo del círculo comenzaba a desvanecerse. “¡Van a romper la barrera!”

“No si encontramos el núcleo”, dijo Elías. “Algo está liderándolas. Un ente mayor. Si lo destruimos, perderán su cohesión.”

“¿Y cómo se supone que hagamos eso?”, preguntó Chelo, su voz casi histérica.

En ese momento, un rugido mucho más profundo resonó desde fuera de la cabaña. Las criaturas se detuvieron, sus cuerpos temblando como si estuvieran respondiendo a una orden. El suelo se partió, y desde las grietas surgieron llamas negras que llenaron la cabaña con un calor opresivo.

“Ahí está”, dijo Elías, señalando hacia la puerta principal.

Un ente enorme, casi humanoide pero de proporciones imposibles, entró. Su rostro estaba cubierto por un casco metálico con runas grabadas, y su torso brillaba como si contuviera un horno infernal. Con un gesto de su mano, apagó todas las luces dentro de la cabaña, dejando solo el resplandor de su pecho iluminando las paredes.

Un último sacrificio

“Es un emisario del Abismo”, dijo Elías. “Su vínculo mantiene el portal abierto.”

“¿Y cómo lo detenemos?”, preguntó Lía, con la voz rota.

Elías la miró con gravedad. “No lo detenemos. Lo distraemos.”

Sin previo aviso, Elías salió del círculo, rompiendo el sello y dejando a los jóvenes expuestos. Levantó su bastón y comenzó a recitar un cántico en un idioma tan antiguo que parecía quemar el aire mismo. El emisario rugió y dirigió su atención hacia él, olvidándose momentáneamente de los demás.

“¡Corran! ¡Salgan de aquí ahora!”, gritó Elías.

“No podemos dejarte aquí”, dijo Diego, pero Elías ya no lo escuchaba.

El grupo se vio obligado a retroceder hacia una trampilla que llevaba al sótano de la cabaña. Justo antes de bajar, Lía miró hacia atrás y vio cómo Elías liberaba una explosión de energía que iluminó la cabaña como si fuera de día. El emisario rugió, pero la luz se apagó de inmediato, dejando un silencio sepulcral.

El sótano

El grupo descendió al sótano, donde encontraron túneles antiguos que parecían extenderse en todas direcciones. Detrás de ellos, el rugido del emisario resonó una vez más. No estaba muerto. Y ahora, los perseguía con una furia renovada.

“Esto no ha terminado”, dijo Lía, con el libro apretado contra su pecho. “Solo acabamos de empezar.”

Capítulo 6: El sendero de las almas perdidas

El túnel era un abismo interminable, húmedo y helado, con paredes cubiertas de una sustancia viscosa que parecía pulsar como si tuviera vida propia. Cada paso que daban resonaba en un eco interminable, pero lo que los inquietaba más era el sonido que parecía seguirles: respiraciones profundas, pasos que no eran los suyos y un susurro constante, ininteligible, que parecía provenir de las mismas paredes.

“Esto no es un túnel”, dijo Diego, mirando a su alrededor con una expresión de terror. “Es algo vivo.”

“Lo sé”, murmuró Sara, su voz apenas un susurro. “Puedo sentirlo... y nos está mirando.”

Iván, que cojeaba debido a la marca oscura que seguía extendiéndose por su pierna, intentaba mantenerse al ritmo del grupo, pero su rostro estaba pálido y cubierto de sudor. “No puedo seguir mucho más. Esto... esto me está consumiendo.”

Lía lo miró con preocupación, pero no podía detenerse. Elías había sacrificado su vida para darles una oportunidad, y no podía permitir que fuera en vano. “Solo un poco más. Tenemos que encontrar el camino correcto.”

“¿Y si no hay un camino correcto?”, preguntó Chelo, su voz llena de desesperación.

“Entonces moriremos aquí”, respondió Diego con frialdad.

El primer ataque: La ilusión de la salvación

El túnel comenzó a ramificarse, creando múltiples caminos que se extendían en todas direcciones. Lía se detuvo en seco, mirando las bifurcaciones con una sensación creciente de desamparo. Cada uno de los caminos parecía idéntico, pero el aire en cada uno tenía un peso distinto.

“¿Cuál tomamos?”, preguntó Chelo, con su cámara colgando inútilmente de su cuello.

“Esperen”, dijo Sara, cerrando los ojos. “Puedo sentir algo... este camino de aquí.” Señaló hacia la derecha.

Sin embargo, mientras avanzaban, las paredes del túnel comenzaron a cambiar. Las manchas de líquido se transformaron en figuras humanas, rostros que se estiraban y gritaban en silencio desde la piedra misma. Algunos intentaron alcanzarlos con manos espectrales, sus dedos desmoronándose en cenizas al tocar el aire.

“¡No los miren!”, gritó Diego, pero era imposible apartar la vista de esos rostros llenos de desesperación.

Al final del túnel, una luz tenue comenzó a brillar, y con ella llegó un sonido: voces humanas, risas y cantos. Al avanzar, encontraron lo que parecía ser un refugio. Había gente allí, hombres y mujeres sentados alrededor de una hoguera, comiendo y hablando con tranquilidad.

“¿Podría ser esto real?”, preguntó Iván, dando un paso hacia el grupo.

“¡Es una trampa!”, gritó Lía, agarrándolo del brazo. Pero antes de que pudiera detenerlo, Iván ya estaba entrando en la luz.

Los hombres y mujeres lo miraron con sonrisas acogedoras. Uno de ellos extendió la mano, invitándolo a sentarse. “Ven, descansa. Aquí estarás a salvo.”

Pero cuando Iván intentó dar otro paso, su cuerpo se congeló. De repente, las figuras alrededor de la hoguera cambiaron. Sus rostros se derritieron, sus cuerpos se torcieron, y sus risas se transformaron en un coro de gritos desgarradores.

“¡Atrás, Iván!”, gritó Diego, lanzando un puñado de sal hacia las figuras. Las criaturas retrocedieron momentáneamente, pero no desaparecieron. En su lugar, comenzaron a arrastrarse hacia ellos, sus cuerpos deformes dejando surcos en el suelo del túnel.

“¡Corran!”, gritó Lía, y el grupo huyó por el túnel, dejando atrás las risas macabras que los perseguían.

El segundo ataque: El laberinto vivo

Los túneles comenzaron a cerrarse tras ellos, las paredes moviéndose como si fueran carne. Cada paso los llevaba más profundamente al corazón de algo que no podían comprender. El aire se volvió más pesado, dificultándoles respirar.

Iván cayó al suelo, incapaz de continuar. “Déjenme aquí”, dijo con lágrimas en los ojos. “Solo los retrasaré.”

“No te dejaremos”, dijo Lía, aunque su voz carecía de convicción.

“¡No tenemos tiempo para esto!”, exclamó Chelo, pero en ese momento, un sonido horrible llenó el túnel. Era como una mezcla de un grito humano y un rugido animal. Desde la oscuridad, una figura apareció: una criatura con el torso de un hombre pero con extremidades de araña, sus ojos brillando con un odio primordial.

“¡Viene hacia nosotros!”, gritó Sara.

Diego levantó su crucifijo, pero la criatura no se detuvo. La arrojó al suelo de un zarpazo y avanzó hacia Iván, su boca abierta en un grito silencioso.

Sin pensarlo, Lía sacó la daga de su cinturón y se cortó nuevamente la palma de la mano. Con su sangre, trazó un símbolo en el suelo y gritó un conjuro. Una barrera de luz azul se alzó entre ellos y la criatura, que chilló al contacto.

“¡No aguantará mucho!”, dijo Lía.

“Entonces, ¡sigamos corriendo!”, respondió Diego, levantando a Iván con la ayuda de Chelo.

La bifurcación final

El grupo llegó a una gran cámara, con tres túneles extendiéndose frente a ellos. El aire estaba cargado de energía maligna, y las voces susurrantes eran ahora un coro ensordecedor. Sara, con el rostro bañado en lágrimas, señaló el túnel del medio. “Ese... ese es el camino correcto.”

“¿Cómo lo sabes?”, preguntó Chelo, temblando.

“No lo sé... pero siento algo allí. Algo distinto.”

Lía miró los otros túneles. Ambos parecían más seguros, menos opresivos, pero sabía que las apariencias eran engañosas. Finalmente, asintió. “Confiaremos en Sara. Vamos.”

Mientras avanzaban, un último rugido resonó detrás de ellos. Las criaturas que los habían estado persiguiendo se lanzaron al túnel, una masa de sombras y carne retorcida que se acercaba rápidamente.

“¡No miren atrás!”, gritó Diego.

Capítulo 7: Los labios de la oscuridad

El aire en el túnel era denso, cargado de un olor a hierro oxidado y podredumbre. Las paredes ya no eran de roca, sino de algo que parecía carne pulsante, como si estuvieran dentro de un ser vivo. Un goteo constante resonaba en la oscuridad, pero no podían identificar de dónde provenía, ni si realmente era agua. Cada paso que daban parecía más pesado, como si el túnel mismo intentara frenarlos.

“Esto... esto no tiene sentido”, murmuró Iván, sosteniéndose del brazo de Diego. Su pierna estaba peor; las venas negras ahora llegaban hasta su muslo, pulsando al ritmo de un corazón extraño. “El túnel... cambia.”

“Lo sé”, dijo Lía, apretando el libro contra su pecho. “Estamos en algo más grande de lo que pensábamos. Esto no es solo un lugar... es un umbral.”

“Un umbral al infierno”, añadió Sara con voz vacía, sus ojos fijos en las paredes. Las caras que habían visto antes ahora eran más nítidas, sus bocas moviéndose en silencio, como si gritaran palabras que no podían oír.

El corredor sin fin

Mientras avanzaban, el túnel comenzó a alargarse. No importaba cuánto caminaran, parecía que no se acercaban a ningún final. Peor aún, los sonidos detrás de ellos se volvían más cercanos. Las criaturas que los habían perseguido no estaban lejos, pero ahora no corrían: se arrastraban lentamente, como si supieran que no tenían a dónde ir.

“¿Cuánto más?”, preguntó Chelo, con la voz al borde del pánico.

“No lo sé”, respondió Lía, intentando mantenerse firme.

“¡Esto es una trampa!”, exclamó Iván, tropezando y cayendo al suelo. “¡No hay salida! ¡Vamos a morir aquí!”

Antes de que alguien pudiera responder, las antorchas que llevaban comenzaron a parpadear, y una voz resonó en el túnel, baja y gutural, como el crujir de ramas secas.

"Bienvenidos... hijos de la carne."

La voz parecía venir de todas partes y ninguna a la vez. Lía giró en círculos, intentando localizar su origen, pero no había nada, solo las paredes vivas que latían como corazones.

"No respondan", susurró Diego, sacando el crucifijo que aún colgaba de su cuello.

"¿Por qué no?", preguntó Chelo, mirando nerviosamente a su alrededor.

"Porque está esperando que lo hagamos. Nos está tentando."

El primer horror: La sala de los espejos

El túnel finalmente se abrió hacia una cámara amplia. La oscuridad era absoluta, pero cuando Lía levantó su linterna, lo que vieron les heló la sangre. Las paredes de la cámara estaban cubiertas de espejos antiguos, algunos rotos, otros empañados, pero todos reflejaban algo que no era el grupo.

En cada espejo, veían versiones de sí mismos, pero más deterioradas, como si estuvieran muertos o en estados avanzados de descomposición. Las imágenes los miraban con ojos vacíos y sonrisas torcidas, moviéndose de maneras que ellos no replicaban.

"¿Qué es esto?", susurró Sara, avanzando hacia uno de los espejos. En él, su reflejo tenía los ojos negros y un río de sangre corría por su boca.

"¡No los toques!", gritó Diego, pero era demasiado tarde. Sara levantó la mano y tocó el vidrio.

Un grito desgarrador llenó la cámara cuando su reflejo salió del espejo, arrastrándola hacia adentro con una fuerza imposible. Todos corrieron hacia ella, pero ya era tarde: Sara había desaparecido, y su lugar fue ocupado por el reflejo.

"¿Sara?", preguntó Lía, con la voz rota.

La nueva "Sara" levantó la cabeza. Sus ojos negros brillaban con malicia, y una sonrisa antinatural se extendió por su rostro. "No es tan malo aquí dentro", dijo con una voz distorsionada. "Deberían unirse a mí."

Sin pensarlo, Lía abrió su libro y comenzó a recitar un conjuro. Las palabras llenaron el aire como fuego, y el espejo explotó, desintegrando a la falsa Sara en mil pedazos.

“¡No podemos quedarnos aquí!”, gritó Diego.

El grupo huyó de la cámara, dejando atrás los espejos que ahora los mostraban corriendo, con sombras grotescas siguiéndolos de cerca.

El segundo horror: El pozo de los lamentos

El siguiente pasillo los llevó a una abertura en el suelo, un pozo que parecía no tener fondo. Desde sus profundidades emanaba un coro de lamentos y gritos, voces que imploraban ayuda.

“¿Qué hacemos ahora?”, preguntó Chelo.

Lía estudió el pozo, sintiendo cómo el libro vibraba ligeramente en sus manos. “Tenemos que bajar.”

“¿Bajar? ¿Estás loca?”, exclamó Iván.

“Este lugar está diseñado para desmoralizarnos, para hacernos dudar. Pero si este pozo no tiene fondo, es porque quieren que pensemos que no hay salida.”

Con un salto de fe, Lía fue la primera en bajar, utilizando una cuerda improvisada que llevaba Diego. Los demás la siguieron, uno por uno, mientras el sonido de las criaturas detrás de ellos se hacía más fuerte.

El descenso fue interminable, como si el pozo no tuviera final. Pero finalmente, sus pies tocaron suelo, y lo que encontraron abajo fue peor que cualquier cosa que hubieran imaginado.

El hallazgo crucial: El corazón del abismo

La cámara al pie del pozo estaba iluminada por una luz rojiza que emanaba de una estructura en el centro. Era un altar grotesco, hecho de huesos y carne, y en su centro había un objeto flotando: un cristal oscuro que latía como un corazón.

“El núcleo”, dijo Lía con voz temblorosa.

“¿Qué hacemos con él?”, preguntó Chelo.

“Es la clave para cerrar el portal, pero también es una puerta”, respondió Lía. “Si lo destruimos, no sabemos qué más podríamos liberar.”

Antes de que pudieran decidir, las criaturas comenzaron a descender por las paredes del pozo. Eran más grandes, más feroces que nunca, y sus ojos brillaban con un odio infinito.

“No tenemos tiempo”, dijo Diego, levantando una piedra rúnica.

“Entonces lo destruimos”, respondió Lía, abriendo el libro para buscar el conjuro final.

Capítulo 8: La furia del abismo

El conjuro de Lía resonaba en la cámara como un eco vivo, un cántico que parecía estar desgarrando las fibras mismas del lugar. Las criaturas descendían por las paredes del pozo como una masa imparable, sus cuerpos retorciéndose con movimientos espasmódicos y antinaturales. La luz rojiza del altar iluminaba sus formas grotescas: espinas, dientes, y extremidades alargadas que se movían de manera impredecible. Sus ojos, vacíos pero llenos de hambre, estaban fijos en el grupo.

“¡No van a detenerse!”, gritó Diego, levantando una piedra rúnica que brillaba tenuemente.

“¡Entonces pelea!”, respondió Lía, sin dejar de recitar el conjuro.

El primer enfrentamiento: La ruptura del círculo

Chelo, que estaba filmando con su cámara en mano a pesar del terror que sentía, soltó un grito al ver cómo una de las criaturas saltaba desde la pared directamente hacia él. Con un golpe seco, la criatura lo lanzó contra el altar, rompiendo parte de la estructura y haciendo que el cristal oscuro temblara.

“¡Chelo!”, gritó Diego, corriendo hacia él mientras levantaba un puñado de sal. La arrojó hacia la criatura, que chilló y retrocedió momentáneamente.

Pero en ese instante, más criaturas entraron en la cámara. Una de ellas rompió las líneas del círculo protector, lanzando a Iván al suelo. La marca en su pierna comenzó a extenderse rápidamente, subiendo hacia su torso mientras él gritaba de agonía.

“No puedo... no puedo más...”, balbuceó Iván, mientras su piel comenzaba a oscurecerse.

“No lo dejes caer en sus manos”, dijo Sara, con los ojos llenos de lágrimas.

Lía miró a Iván mientras seguía recitando el conjuro. Sabía lo que tenía que hacer, pero cada palabra que pronunciaba debilitaba su energía. “¡Diego, ayúdalo! No podemos perderlo.”

Diego lanzó un golpe con su crucifijo hacia una criatura que intentaba arrastrar a Iván hacia las sombras, rompiendo su agarre por un instante. Pero Iván estaba al borde del colapso, y su cuerpo temblaba como si algo intentara salir de él.

El segundo enfrentamiento: El emisario regresa

Un rugido gutural llenó la cámara, y el suelo comenzó a temblar. Desde el pozo por donde habían descendido, una figura masiva apareció: el emisario del abismo. Su torso brillaba como una forja infernal, y su casco rúnico parecía estar fusionado con su carne.

“¡Es el líder!”, gritó Sara, retrocediendo mientras el emisario levantaba un brazo gigantesco que parecía estar compuesto de cuchillas.

La criatura cargó hacia el grupo, rompiendo las defensas rúnicas con un solo golpe. La onda de impacto lanzó a Lía al suelo, interrumpiendo su conjuro por un momento.

“No podemos vencerlo”, dijo Diego, con voz temblorosa.

“¡No tenemos que vencerlo!”, respondió Lía, incorporándose con dificultad. “Solo tenemos que ganar tiempo.”

El emisario levantó su brazo y lo dirigió hacia Chelo, que intentaba proteger el altar con una antorcha. Antes de que pudiera reaccionar, el brazo perforó su torso, dejándolo clavado contra la pared.

“¡Chelo!”, gritó Sara, intentando correr hacia él, pero Diego la detuvo.

“¡No puedes hacer nada por él!”, dijo con lágrimas en los ojos.

Chelo levantó su cámara una última vez, enfocando al emisario mientras una sonrisa débil cruzaba su rostro. “Esto... esto será importante... que el mundo lo vea.”

El emisario lo aplastó contra la pared, y su cuerpo se desmoronó en un charco de sangre.

El tercer enfrentamiento: La corrupción de Iván

Mientras las criaturas rodeaban al grupo, Iván comenzó a convulsionar. Sus gritos se convirtieron en rugidos, y su cuerpo se transformó lentamente. Su piel ahora era completamente negra, y sus ojos brillaban como los de las criaturas.

“¡Lo estamos perdiendo!”, gritó Diego.

“No, no lo hemos perdido todavía”, respondió Lía, acercándose a él. “Iván, escúchame. Esto no eres tú. Pelea contra ello.”

Pero Iván ya no respondía. Se levantó con movimientos espasmódicos, su cuerpo ahora alargado y grotesco. Con un rugido, se lanzó hacia Sara, pero Diego se interpuso en el camino, usando su crucifijo como escudo.

“¡No dejes que te controle!”, gritó Diego, mientras Iván lo golpeaba con fuerza, enviándolo al suelo.

Lía levantó su daga y recitó un conjuro desesperado. La hoja brilló con una luz cegadora mientras la clavaba en el pecho de Iván. Un grito desgarrador llenó la cámara mientras su cuerpo se derrumbaba, y por un momento, sus ojos volvieron a ser los de antes.

“Gracias...”, susurró Iván antes de desmoronarse en cenizas.

El núcleo desatado

El emisario, furioso por la pérdida de su presa, se lanzó hacia el altar. Lía sabía que no tenía más tiempo. Levantó el libro y recitó las últimas palabras del conjuro. El cristal oscuro comenzó a brillar intensamente, y la cámara entera tembló como si fuera a colapsar.

“¡Está funcionando!”, gritó Sara.

Pero el emisario no se detuvo. Con un golpe final, atravesó el altar, rompiéndolo en pedazos. El cristal explotó, liberando una ráfaga de energía que lanzó a todos al suelo.

Cuando la luz se desvaneció, el emisario estaba arrodillado, debilitado pero no derrotado. Las criaturas restantes comenzaron a retroceder, pero Lía sabía que esto no era una victoria.

“Esto no ha terminado”, dijo, levantándose con dificultad. “Solo hemos retrasado lo inevitable.”

Capítulo 9: El regreso del abismo

El túnel se derrumbaba detrás de ellos, cada paso hacia la superficie una lucha por sobrevivir. Lía ayudaba a Sara, que apenas podía mantenerse en pie tras el impacto de la explosión del altar. Diego caminaba detrás, con el rostro cubierto de sudor y polvo, sosteniendo el crucifijo ahora ennegrecido.

“Esto no fue una victoria”, dijo en voz baja. “El portal sigue abierto. Y el emisario... está vivo.”

“Lo sé”, respondió Lía, apretando el libro contra su pecho como si fuera lo único que podía darle fuerzas. “Pero también sabemos lo que tenemos que hacer.”

“Los tres objetos”, recordó Sara, con la voz quebrada. “Eran nuestra única esperanza.”

“¿Y si Elías estaba equivocado?”, preguntó Diego, deteniéndose y mirando hacia el túnel colapsado detrás de ellos. “¿Y si ni siquiera existen?”

“Si no hacemos nada, el portal consumirá todo”, respondió Lía con dureza. “No podemos rendirnos ahora.”

El grupo salió finalmente al exterior, encontrándose con un paisaje transformado. El cielo era de un negro opresivo, y una columna de luz oscura se elevaba desde las ruinas de la iglesia. Podían sentir el peso del portal, como si estuviera drenando la vida del mundo poco a poco.

“Esto está empeorando”, dijo Sara, mirando al cielo.

“Entonces tenemos que movernos ya”, respondió Lía.

El legado de Elías

Antes de que la cabaña colapsara, Lía había logrado tomar uno de los mapas de Elías. Era un pergamino antiguo, lleno de símbolos que brillaban tenuemente bajo la luz de la luna.

“El primer objeto debería estar aquí”, dijo, señalando un punto en el mapa. “Una antigua abadía abandonada en el norte. Según esto, el objeto está protegido por un guardián.”

“¿Otro guardián?”, preguntó Diego con amargura. “¿No tuvimos suficiente con el emisario?”

“Si no conseguimos esos objetos, no habrá mundo que salvar”, replicó Lía.

Sara asintió, aunque el terror estaba grabado en su rostro. “Entonces vámonos ya... antes de que el emisario nos alcance.”

La amenaza del emisario

A pesar de la explosión en el altar, el emisario no había sido destruido. En lo profundo del túnel colapsado, su forma descomunal emergió de entre los escombros. Su casco estaba agrietado, y su torso brillaba con menos intensidad, pero su odio era más fuerte que nunca.

Levantó una mano, y de su interior surgieron figuras espectrales, sombras que se movían como serpientes. Con un rugido, envió a estas entidades hacia la superficie. Sabía que los jóvenes llevaban el libro de Lía, y no podía permitir que encontraran los objetos.

“Ellos no escaparán”, gruñó, su voz resonando como un trueno.

El viaje al norte

El grupo avanzaba a pie, evitando los caminos principales. El mundo a su alrededor estaba cambiando rápidamente. Los árboles parecían muertos, y los animales que antes habitaban el bosque se habían desvanecido. A lo lejos, podían escuchar gritos ocasionales, como si la realidad misma se estuviera desmoronando.

“Esto no es solo el portal”, dijo Sara mientras caminaban. “Algo más está pasando. Es como si el emisario estuviera extendiendo su influencia.”

Lía revisó el libro mientras caminaba. “Elías mencionó que los objetos no solo sellan el portal. También debilitan al emisario. Si conseguimos el primero, tal vez podamos enfrentarlo... al menos temporalmente.”

“¿Y qué pasa si nos encontramos con él antes?”, preguntó Diego.

“Entonces peharemos”, respondió Lía, aunque su voz no transmitía seguridad.

El ataque de las sombras

Mientras avanzaban, la noche se volvió más oscura, como si la luna hubiera sido devorada por el cielo. Una brisa helada sopló entre los árboles, y con ella llegaron los susurros.

“Están aquí”, dijo Sara, deteniéndose en seco.

De entre las sombras del bosque surgieron las entidades enviadas por el emisario. Sus formas eran indefinidas, como humo que tomaba forma de rostros y manos, pero sus ojos brillaban con una luz púrpura que paralizaba a quien los mirara.

“¡Corran!”, gritó Diego, pero las sombras se movieron con velocidad antinatural, rodeándolos antes de que pudieran reaccionar.

Una de las entidades se lanzó hacia Sara, envolviendo su cuerpo en un torbellino de oscuridad. Su grito resonó en el bosque mientras caía al suelo.

“¡No dejes que te toquen!”, gritó Lía, sacando su daga y recitando un conjuro.

La luz de la daga iluminó brevemente a las sombras, haciéndolas retroceder, pero no se dispersaron. Otra se abalanzó sobre Diego, que levantó su crucifijo en un intento desesperado por defenderse. La entidad se detuvo, pero no se desvaneció.

Lía continuó recitando el conjuro, esta vez enfocándose en las palabras que Elías le había enseñado. Una explosión de luz salió de la daga, disipando a las entidades momentáneamente.

“¡Vámonos!”, gritó Lía, levantando a Sara del suelo.

Diego y Sara apenas podían caminar, pero el grupo se adentró más en el bosque, dejando atrás los gritos de las sombras que lentamente comenzaban a reorganizarse.

La llegada a la abadía

Finalmente, al amanecer, el grupo llegó a las ruinas de la abadía. Era un lugar desolado, cubierto de musgo y enredaderas, con un aire de abandono que ocultaba su propósito original.

“El primer objeto está aquí”, dijo Lía, señalando hacia el interior del edificio. “Pero si está protegido, debemos prepararnos para lo peor.”

“¿Peor que lo que acabamos de enfrentar?”, preguntó Diego, ayudando a Sara a sentarse en un muro derrumbado.

“Esto recién comienza”, respondió Lía, mirando hacia las ruinas con determinación.

Capítulo 10: Las cenizas de la resistencia

La cabaña estaba en ruinas, y el aire en los alrededores era espeso, impregnado de un hedor a azufre y sangre quemada. Entre los escombros, una figura se levantó con esfuerzo. Elías, cubierto de polvo y heridas sangrantes, usaba su bastón como apoyo. La explosión lo había alcanzado, pero en el último momento, había invocado un escudo rúnico que lo había salvado de la destrucción total.

Se tambaleó hacia lo que quedaba del bosque, sus ojos enfocados en el portal que ahora se alzaba en el horizonte como un ciclón de sombras y luz negra. El suelo temblaba bajo sus pies, y los gritos de las criaturas resonaban en la distancia. Pero había algo más que lo atormentaba: un latido profundo que sentía en el fondo de su ser, un eco oscuro que lo llamaba al túnel derrumbado.

“Los chicos... si hay siquiera una posibilidad... debo intentar salvarlos”, murmuró, apretando el bastón.

El regreso al túnel

Elías llegó al túnel colapsado después de varias horas de caminata, su cuerpo exhausto pero su mente determinada. Había algo extraño en el aire: una energía residual que parecía fluir hacia las profundidades del túnel como un río invisible.

Usando las runas grabadas en su bastón, Elías comenzó a mover las piedras que bloqueaban la entrada. Las rocas temblaron y se desintegraron en polvo mientras él recitaba un antiguo cántico. La abertura no era grande, pero era suficiente para que pudiera pasar.

El túnel estaba más oscuro que antes, y las paredes pulsaban débilmente como si respiraran. Una sensación de opresión llenaba el lugar, como si estuviera caminando directamente hacia la boca del abismo.

El descubrimiento de Iván

A medida que avanzaba, Elías encontró marcas en las paredes: garabatos y arañazos que no estaban allí antes. Eran palabras y símbolos dibujados con sangre, y uno de ellos llamó su atención: el nombre de Iván estaba escrito una y otra vez, acompañado de frases desesperadas como “no soy yo” y “corre antes de que sea tarde”.

“¿Iván?”, llamó, su voz resonando en el túnel.

No hubo respuesta, pero más adelante encontró una figura encorvada en una esquina, apenas visible en la penumbra. Era Iván, o al menos eso parecía. Su cuerpo estaba cubierto de venas negras, y su rostro estaba parcialmente oculto.

“Estás vivo”, dijo Elías con alivio, avanzando hacia él. “Ven conmigo. Tenemos que salir de aquí.”

Pero Iván no respondió. Levantó lentamente la cabeza, y Elías vio algo que lo hizo detenerse: sus ojos eran completamente blancos, y una sonrisa antinatural cruzaba su rostro.

“No soy lo que crees”, dijo Iván con una voz distorsionada.

Antes de que Elías pudiera reaccionar, Iván se lanzó hacia él con movimientos rápidos y antinaturales. Elías levantó su bastón justo a tiempo, invocando un escudo rúnico que bloqueó el ataque. La figura de Iván chilló, y su cuerpo comenzó a desmoronarse como cenizas, revelando su verdadera forma: una sombra que había tomado su identidad.

“Entonces estás ahí abajo... el verdadero tú”, murmuró Elías, mirando hacia las profundidades del túnel.

El rescate de Chelo

Más adelante, Elías encontró otra figura, esta vez tumbada contra la pared, respirando con dificultad. Era Chelo, cubierto de heridas, con sangre seca en su ropa y una expresión de agotamiento absoluto.

“Elías... pensé que estabas muerto”, murmuró con voz débil.

“Y yo pensé lo mismo de ti”, respondió Elías, arrodillándose a su lado. “¿Puedes caminar?”

Chelo negó con la cabeza. “No por mucho tiempo. Pero no importa. Los demás... ¿están bien?”

Elías guardó silencio por un momento antes de responder. “Salieron, pero no todos... todavía hay cosas que no entiendo. Vamos, debo sacarte de aquí.”

Con un esfuerzo tremendo, levantó a Chelo y comenzó a caminar hacia la salida. Pero antes de que pudieran avanzar demasiado, una vibración profunda sacudió el túnel. Algo estaba despertando más abajo, algo que no quería que se fueran.

El ascenso de una nueva amenaza

El suelo comenzó a agrietarse, y de las fisuras emergieron tentáculos oscuros que parecían hechos de humo sólido. Las sombras se movían rápidamente, persiguiéndolos mientras Elías recitaba un cántico para mantenerlas a raya.

“¡No podemos enfrentarlos aquí!”, gritó Chelo, su voz apenas audible.

“¡No tenemos que enfrentarlos, solo ganar tiempo!”, respondió Elías, moviendo su bastón para trazar runas en el aire.

Las sombras se detuvieron momentáneamente, pero un rugido ensordecedor llenó el túnel. Una figura gigantesca emergió de las profundidades, una amalgama de criaturas deformes que se unían en un cuerpo grotesco con múltiples cabezas y extremidades.

“Es el guardián del túnel”, dijo Elías con los ojos llenos de terror. “No quiere que salgamos vivos.”

La criatura avanzó lentamente, sus ojos brillando con una luz púrpura que hacía temblar las runas protectoras de Elías. Sabía que no podía derrotarla, pero si lograba llegar a la salida, tal vez podría cerrar el túnel detrás de ellos.

Un último sacrificio

Elías trazó un símbolo en el suelo con sangre de su propia mano. "Chelo, cuando termine de recitar esto, corre. No te detengas, pase lo que pase."

"¿Qué vas a hacer?", preguntó Chelo, su voz llena de miedo.

"Lo necesario", respondió Elías con calma.

Mientras la criatura se acercaba, Elías completó el conjuro, creando una explosión de luz que cegó a la bestia momentáneamente. Aprovechando el momento, empujó a Chelo hacia la salida.

"¡Corre, muchacho! ¡Asegúrate de que los demás encuentren los objetos!"

Chelo corrió sin mirar atrás, dejando a Elías enfrentando a la monstruosidad. Mientras el túnel se derrumbaba detrás de él, escuchó el último grito de Elías resonar en la oscuridad.

El regreso a la superficie

Chelo emergió del túnel, apenas capaz de mantenerse en pie. El mundo exterior era un caos: el portal seguía creciendo, y el cielo estaba teñido de un rojo oscuro. Sabía que no había tiempo que perder.

"Lía... Diego... Sara... tienen que saber lo que ocurrió. Esto es solo el principio", murmuró antes de comenzar su viaje para reunirse con el grupo.

Capítulo 11: El eco de las almas

Elías se encontraba frente al guardián del abismo, una amalgama de carne y oscuridad que parecía ocupar todo el túnel. Su bastón temblaba en su mano mientras el aire a su alrededor se tornaba más pesado con cada respiración. Sabía que no podía vencerlo directamente; el guardián era una extensión misma del portal, una manifestación del abismo que protegía sus secretos con furia implacable.

"¿Así que este es tu dominio?", murmuró, alzando el bastón y marcando un círculo de runas en el suelo. "Veamos cuánto tiempo puedes mantenerlo."

El guardián rugió, su voz resonando como un trueno en las entrañas del túnel. De su cuerpo brotaron extremidades deformes, como látigos de sombras y carne, que se movieron con una velocidad aterradora hacia Elías.

La voz en la oscuridad

Mientras esquivaba y levantaba barreras de energía para contener los ataques, Elías sintió algo más. Era como un susurro, débil al principio, pero se hacía más claro a medida que el enfrentamiento avanzaba.

“¿Alguien ahí...? Por favor... ayúdenme...”

Elías detuvo su movimiento por un momento, sintiendo cómo la voz parecía vibrar en lo más profundo de su mente. Reconoció aquel tono quebrado y familiar: Iván.

“¿Iván?”, gritó, su voz apenas audible sobre el rugido de la criatura.

El guardián pareció percibir el momento de distracción y lanzó uno de sus látigos hacia Elías, golpeando su barrera con tal fuerza que lo lanzó contra la pared del túnel. Su bastón cayó al suelo, rodando unos metros lejos de su alcance.

“Tengo que salir... estoy atrapado... no sé dónde estoy”, continuó la voz de Iván, ahora más desesperada.

Elías se levantó con dificultad, su respiración pesada. “¡Aguanta, chico! ¡Te encontraré!”

El combate intensifica

El guardián no daba tregua. Su forma cambiaba constantemente, como si el abismo mismo se estuviera adaptando para acabar con Elías. Cada vez que intentaba recuperar su bastón, una extremidad del guardián lo bloqueaba.

“Esto no puede seguir así”, murmuró, levantando una piedra rúnica de su bolsillo y lanzándola hacia el centro del guardián.

La piedra brilló al contacto, y el guardián rugió de dolor, pero no se detuvo. Su cuerpo parecía dividirse en múltiples formas más pequeñas, rodeando a Elías y cerrándole todas las salidas.

“¡Escúchame!”, gritó Elías, dirigiéndose hacia la voz de Iván. “Si estás ahí, dame una señal. Algo que me guíe hasta ti.”

Por un momento, el rugido del guardián se desvaneció, y un destello de luz apareció en la distancia, más allá de las sombras. Era débil, pero suficiente para darle esperanza.

“Allí estás”, dijo Elías, sus ojos fijos en el resplandor.

Una carrera contra el abismo

Elías tomó su bastón con un movimiento rápido y trazó un símbolo en el aire, liberando una onda de energía que empujó al guardián hacia atrás momentáneamente.

Aprovechando la oportunidad, corrió hacia el destello de luz, esquivando los ataques de las criaturas más pequeñas que intentaban bloquear su camino.

Cada paso que daba parecía más difícil. El suelo era pegajoso, como si intentara retenerlo, y las sombras a su alrededor susurraban promesas de descanso eterno si simplemente se rendía. Pero la voz de Iván seguía llamándolo, guiándolo hacia lo que parecía una pequeña cámara oculta dentro del túnel.

Cuando llegó, lo vio: Iván estaba atrapado dentro de una especie de prisión hecha de sombras sólidas. Su cuerpo estaba desgastado, con las venas negras aún presentes, pero sus ojos estaban llenos de una mezcla de miedo y esperanza.

“Elías... sabías que vendrías”, dijo Iván, su voz débil.

“Chico, no tengo tiempo para charlas”, respondió Elías, acercándose al borde de la prisión.

“Voy a sacarte de aquí.”

El último ataque del guardián

Antes de que pudiera comenzar a liberar a Iván, el guardián apareció en la entrada de la cámara. Ahora era más grande y feroz, y sus ojos brillaban con una intensidad que hacía temblar el suelo.

“¡No te detendrás, verdad!”, gritó Elías, levantando su bastón.

Con un gesto rápido, trazó un círculo protector alrededor de Iván y comenzó a recitar un conjuro. El guardián rugió y lanzó sus extremidades hacia ellos, pero el círculo repelía sus ataques.

“¡Esto va a doler, chico!”, dijo Elías, mientras dirigía la energía del bastón hacia la prisión.

Las sombras que mantenían a Iván cautivo comenzaron a retorcerse y chillar, como si fueran criaturas vivas. Con un último esfuerzo, Elías desató una explosión de energía que rompió la prisión, liberando a Iván.

El joven cayó al suelo, jadeando, pero libre. Sin embargo, la explosión también debilitó las defensas de Elías, dejando a ambos vulnerables ante el guardián.

La huida

El guardián avanzó hacia ellos, su cuerpo descomunal llenando la cámara. Elías sabía que no podían enfrentarlo directamente en ese momento.

“¡Iván, ponte de pie! ¡Nos vamos ahora!”, gritó, levantándolo del suelo.

Con el bastón, trazó un portal improvisado en la pared de la cámara, una salida que sabía que no duraría mucho tiempo.

“¡Corre!”, ordenó, empujando a Iván hacia el portal.

Ambos atravesaron la abertura justo cuando el guardián lanzó su ataque final, un rugido que hizo temblar el túnel entero. El portal se cerró detrás de ellos, dejándolos fuera, en el bosque cercano.

Iván cayó al suelo, exhausto pero vivo, mientras Elías miraba hacia el horizonte, donde el portal del emisario seguía creciendo. Sabía que el tiempo se estaba agotando, pero al menos ahora tenía a Iván de vuelta.

“Vamos, chico. Esto aún no termina”, dijo, ayudándolo a levantarse.

Capítulo 12: Las huellas del emisario

Elías e Iván avanzaban lentamente por el bosque, ambos exhaustos y heridos. Cada paso era una lucha, con el peso de lo que habían enfrentado y la amenaza constante del emisario en sus mentes. El aire estaba cargado de un silencio antinatural, roto solo por el crujido ocasional de las ramas bajo sus pies.

“Elías, ¿qué pasó mientras estaba atrapado?”, preguntó Iván, su voz apenas un susurro.

Elías lo miró de reojo, evaluando si debía contarle todo. “El emisario sigue avanzando. Lo que enfrentaste en el túnel fue solo una pequeña parte de su influencia. Pero si estás aquí, significa que todavía podemos luchar.”

Iván asintió, aunque la duda se reflejaba en sus ojos. No podía olvidar las sombras que lo habían rodeado, ni la sensación de estar al borde de perderse para siempre.

El mundo bajo la sombra del emisario

Mientras avanzaban, comenzaron a notar los efectos de la creciente influencia del emisario en el mundo exterior. Los árboles del bosque estaban deformados, sus ramas retorcidas como garras que se extendían hacia el cielo. Las hojas, normalmente verdes y vivas, estaban negras y caían al suelo en montones podridos.

Elías tocó uno de los troncos y retiró la mano rápidamente. "Esto no es natural. Es el portal. Está extendiendo su corrupción."

A medida que caminaban, se toparon con un claro. En el centro, una manada de ciervos estaba de pie, inmóvil. Pero algo no estaba bien: sus ojos brillaban con una luz púrpura, y sus cuerpos temblaban como si fueran marionetas controladas por una fuerza invisible.

"¿Qué demonios es esto?", murmuró Iván, retrocediendo instintivamente.

"Son títeres del emisario", explicó Elías, levantando su bastón con precaución. "Él no solo corrompe la tierra. También controla a las criaturas que viven en ella."

Los ciervos giraron lentamente sus cabezas hacia ellos, y la luz púrpura de sus ojos se intensificó. Con un movimiento antinatural, comenzaron a avanzar, sus patas golpeando el suelo de manera torpe pero rápida.

"¡Corre, Iván!", gritó Elías, levantando su bastón y trazando un círculo de runas en el aire.

Una barrera luminosa apareció frente a los ciervos, deteniéndolos momentáneamente. Pero no duraría mucho; las criaturas golpeaban la barrera con una fuerza inesperada, agrietándola con cada impacto.

"¡No podemos quedarnos aquí!", insistió Iván, tirando del brazo de Elías.

Elías asintió, y ambos corrieron hacia el borde del claro mientras la barrera se desmoronaba. Los ciervos los persiguieron por un tramo del bosque, pero finalmente se detuvieron, como si una fuerza invisible los llamara de vuelta.

El rastro de Chelo

Mientras continuaban, Iván se detuvo al ver algo en el suelo: una cámara rota, cubierta de sangre seca.

"Es de Chelo", dijo, recogiendo el dispositivo.

Elías se inclinó para observarlo más de cerca. “Está cerca. Si está herido, no tiene mucho tiempo.”

Siguieron el rastro de sangre, que los llevó más profundamente al bosque. La corrupción del emisario era aún más evidente: raíces que parecían manos humanas emergían del suelo, y el aire estaba impregnado de un zumbido constante, como si algo los estuviera observando.

Finalmente, encontraron a Chelo. Estaba sentado contra un árbol, respirando con dificultad y con la ropa empapada en sangre. Sus ojos se abrieron débilmente al escuchar los pasos.

“Elías... Iván... pensé que no los volvería a ver”, murmuró, con una sonrisa débil.

“Estás hecho un desastre, chico”, dijo Elías, arrodillándose junto a él.

Chelo soltó una risa suave, que se convirtió en un gemido de dolor. “He tenido... mejores días.”

“Déjame ayudarte”, dijo Elías, colocando su bastón sobre el pecho de Chelo y recitando un cántico. Una luz tenue emanó del bastón, cerrando algunas de las heridas más superficiales, pero era evidente que necesitaría más tiempo para recuperarse.

El ataque de los cazadores corruptos

Antes de que pudieran moverse, el zumbido en el aire se intensificó. Los tres miraron hacia los árboles, donde un grupo de figuras humanoides emergía de las sombras. Sus cuerpos estaban cubiertos de cortes y marcas negras, y sus ojos brillaban con la misma luz púrpura que los ciervos.

“Cazadores corruptos”, dijo Elías, poniéndose de pie. “El emisario los está utilizando para eliminar cualquier resistencia.”

“¿Podemos enfrentarlos?”, preguntó Iván, tomando una piedra del suelo como única arma disponible.

“No, pero podemos distraerlos lo suficiente para salir de aquí”, respondió Elías.

Los cazadores avanzaron lentamente, con movimientos coordinados que parecían inhumanos. Uno de ellos levantó una lanza hecha de sombras y la lanzó hacia Iván, quien apenas logró esquivarla.

“¡Aléjate de ellos!”, gritó Elías, levantando su bastón y trazando un símbolo en el aire. Una ráfaga de luz salió disparada hacia los cazadores, empujándolos hacia atrás momentáneamente.

“¡Ahora! ¡Corran hacia la ladera!”, ordenó Elías.

Chelo, con la ayuda de Iván, comenzó a moverse hacia una pendiente cercana mientras Elías mantenía a los cazadores a raya. Las criaturas seguían avanzando, pero cada vez que se acercaban, Elías recitaba un nuevo conjuro para mantenerlos a distancia.

Finalmente, llegaron a la ladera y encontraron una cueva que parecía ofrecer refugio. Elías trazó un sello en la entrada, cerrando el paso a los cazadores.

La verdad detrás del emisario

Dentro de la cueva, los tres se acomodaron lo mejor que pudieron. Chelo estaba pálido pero consciente, e Iván trataba de calmar su respiración.

“El emisario está intensificando su control”, dijo Elías, mirando la oscuridad fuera de la cueva. “Cada criatura corrupta, cada pedazo de tierra arruinada... es parte de su plan para desestabilizar este mundo.”

“¿Qué hacemos ahora?”, preguntó Iván.

“Nos reagrupamos”, respondió Elías. “Si encontramos a Lía y los demás, podemos empezar a buscar los objetos. Pero primero... tenemos que sobrevivir esta noche.”

Capítulo 13: La abadía de la desesperación

La abadía se alzaba como un espectro sobre el horizonte, sus muros agrietados y cubiertos de enredaderas que parecían retorcerse con vida propia. Una atmósfera opresiva rodeaba el lugar, como si toda la tierra que la rodeaba estuviera contaminada por una energía antigua y maligna.

Lía sostenía el libro con fuerza, revisando frenéticamente las páginas mientras el grupo avanzaba. Sara, a su lado, aún cojeaba por sus heridas, y Diego, con una antorcha en mano, observaba los alrededores con una mezcla de miedo y determinación.

“Esto no será fácil”, murmuró Diego. “Puedo sentirlo en el aire.”

“Lo sabemos”, respondió Lía, sin apartar la vista del libro. “Pero tenemos que entrar. El primer objeto está aquí, y sin él, no podremos detener el portal.”

El primer ataque: El coro de los ciervos

A medida que se acercaban a la entrada principal, un extraño sonido llenó el aire: un canto gutural, como un coro de voces inhumanas que resonaba desde todas direcciones. El grupo se detuvo en seco, sus ojos buscando el origen del ruido.

“No estamos solos”, dijo Sara, con un escalofrío recorriéndole la espalda.

De entre los árboles que rodeaban la abadía, comenzaron a emerger los ciervos corruptos. Sus cuerpos estaban aún más deformados que antes: espinas sobresalían de sus torsos, sus cuellos eran grotescamente alargados, y sus ojos púrpuras brillaban con una intensidad que perforaba la oscuridad.

“¡Aquí vienen!”, gritó Diego, levantando su antorcha.

Los ciervos cargaron hacia ellos con una velocidad aterradora. Lía levantó su daga y recitó un conjuro que lanzó una ráfaga de luz hacia los primeros animales, haciendo que se detuvieran momentáneamente. Pero más ciervos salieron de las sombras, rodeándolos rápidamente.

“¡Aléjense de la entrada!”, gritó Lía, señalando hacia una pequeña abertura en la pared lateral de la abadía.

El asedio en la entrada

El grupo corrió hacia la abertura mientras Diego y Sara intentaban mantener a los ciervos a raya. Diego lanzó sal al suelo, creando una barrera improvisada que detuvo a algunos de los animales, pero los demás saltaron sobre ella con facilidad.

Uno de los ciervos embistió a Sara, lanzándola al suelo. Su respiración se cortó cuando sintió las garras del animal rasgándole la pierna. Diego corrió hacia ella, golpeando al ciervo con su antorcha, que se apagó al contacto.

“¡Levántate, Sara!”, gritó mientras la ayudaba a ponerse de pie.

Lía, desde la abertura, levantó su daga y trazó un símbolo en el aire. Una explosión de energía empujó a los ciervos hacia atrás, dándoles unos segundos para entrar en la abadía.

“¡Cierren la entrada!”, ordenó Lía, usando todo su peso para empujar una puerta derruida que bloqueó parcialmente el paso.

Dentro de la abadía

El interior de la abadía era un laberinto de ruinas. Columnas derrumbadas y escombros cubrían el suelo, y la luz que entraba por los vitrales rotos proyectaba sombras distorsionadas en las paredes. El aire estaba cargado de una energía maligna que hacía difícil respirar.

“¿Esto es mejor que estar afuera?”, preguntó Diego, mirando con desconfianza las sombras que parecían moverse en los rincones oscuros.

“Es el único camino”, respondió Lía. “El libro dice que el objeto está en el altar principal, pero también advierte que no será fácil llegar hasta allí.”

“¿Qué significa eso?”, preguntó Sara, apretando su costado herido.

“Significa que algo está protegiéndolo. Algo peor que los ciervos”, respondió Lía con seriedad.

El segundo ataque: El corredor de las sombras

Mientras avanzaban hacia el altar, el grupo se adentró en un largo corredor flanqueado por estatuas de santos, todas ellas desgastadas y quebradas. El silencio era absoluto, excepto por el eco de sus pasos.

De repente, las estatuas comenzaron a moverse. Sus rostros se giraron lentamente hacia el grupo, y sus ojos, vacíos y oscuros, comenzaron a brillar con una luz púrpura similar a la de los ciervos.

“¡Esto no es normal!”, gritó Diego, retrocediendo.

Las estatuas se desprendieron de sus pedestales y avanzaron hacia ellos con movimientos lentos pero implacables. Sus manos, que antes sostenían símbolos religiosos, ahora se extendían como garras afiladas.

“¡Corran!”, gritó Lía, señalando el final del corredor.

Mientras corrían, las estatuas comenzaron a atacar, lanzando fragmentos de piedra afilados que se estrellaban contra las paredes y el suelo. Una de ellas golpeó a Diego en el brazo, haciéndolo caer.

“¡No lo dejen atrás!”, gritó Sara, deteniéndose para ayudarlo.

“¡Sigan corriendo!”, insistió Diego, levantándose con dificultad.

Lía recitó otro conjuro, creando un muro de luz que detuvo a las estatuas momentáneamente, pero ya estaba agotada. Cada hechizo que lanzaba le costaba más energía, y sabía que no podría mantener ese ritmo por mucho tiempo.

El altar principal

Finalmente, llegaron al altar principal, una gran sala circular con un techo alto que dejaba entrar un rayo de luz. En el centro, sobre un pedestal de piedra, descansaba el primer objeto: un anillo dorado grabado con runas que brillaban débilmente.

“Ahí está”, dijo Lía, acercándose con cautela.

Pero antes de que pudiera alcanzarlo, un rugido profundo resonó en la sala. Desde las sombras detrás del altar, una figura masiva emergió. Era un ciervo, pero mucho más grande que los otros, con cuernos que parecían hechos de obsidiana y un cuerpo cubierto de marcas rúnicas que brillaban con luz púrpura.

“El guardián del objeto”, murmuró Sara, retrocediendo.

El ciervo guardian los miró con ojos que ardían de odio puro, y con un movimiento rápido, cargó hacia ellos, destrozando el pedestal y lanzando fragmentos de piedra por toda la sala.

“¡Lía, toma el anillo!”, gritó Diego, levantando su crucifijo.

Lía se lanzó hacia el objeto mientras el ciervo rugía y giraba hacia ella. Sara y Diego intentaron distraerlo, lanzando piedras y recitando oraciones, pero el guardián no se inmutaba.

Finalmente, Lía alcanzó el anillo y lo sostuvo en alto. Las runas brillaron intensamente, y el guardián se detuvo momentáneamente, como si el objeto lo hubiera debilitado.

“¡Lo tenemos!”, gritó Lía.

Pero antes de que pudieran celebrar, el guardián lanzó un último ataque, un rugido que hizo temblar la sala y derrumbó parte del techo, bloqueando la salida.

Un escape desesperado

“¡Rápido, salgan por la ventana!”, gritó Lía, señalando un vitral roto en la pared.

El grupo corrió hacia la salida mientras los escombros caían a su alrededor. Lía fue la última en cruzar, sosteniendo el anillo con fuerza.

“¡Lo tenemos, pero esto no ha terminado!”, dijo, mientras miraba hacia la abadía, ahora envuelta en llamas oscuras.

Capítulo 14: El contraataque del guardián

El bosque era un caos. Los árboles se retorcían, sus raíces emergían del suelo como si intentaran atrapar al grupo que corría desesperadamente. Lía sostenía el anillo con todas sus fuerzas, mientras Diego y Sara intentaban mantenerse cerca. Pero el rugido del guardián se hacía cada vez más fuerte, y el suelo temblaba con cada paso de la criatura.

“¡No podemos seguir así!”, gritó Sara, tambaleándose tras esquivar una raíz que surgió de repente frente a ella.

“No hay tiempo para descansar”, dijo Lía, jadeando. “Si nos detenemos, estamos muertos.”

Detrás de ellos, el guardián del anillo los perseguía con furia implacable. Su cuerpo deformado brillaba con runas púrpuras, y sus ojos ardían con odio. Los ciervos corruptos lo acompañaban, una horda implacable que arrasaba con todo a su paso.

“¡Cuidado!”, gritó Diego, justo cuando el guardián lanzó un ataque. Una de sus extremidades de obsidiana golpeó el suelo, creando una onda expansiva que derribó a todo el grupo.

Lía cayó al suelo, el anillo salió volando de sus manos y aterrizó unos metros más adelante. El guardián rugió al ver el objeto, avanzando hacia él con pasos firmes y letales.

“¡No dejaré que lo recupere!”, gritó Lía, arrastrándose hacia el anillo.

Pero antes de que pudiera alcanzarlo, una de las patas del guardián la golpeó con fuerza, lanzándola varios metros y dejándola inconsciente en el suelo.

Un ataque despiadado

Diego y Sara intentaron levantarse, pero los ciervos corruptos los rodearon rápidamente. Sara intentó recitar un conjuro, pero una de las criaturas la embistió, dejándola sin aire y tirada en el suelo.

Diego levantó su crucifijo con una última esperanza, pero el guardián lo golpeó con un movimiento rápido, rompiéndole el brazo y arrojándolo junto a Sara.

El guardián se acercó al anillo, y con una garra lo levantó. Las runas en su cuerpo brillaron con más intensidad, y el aire se llenó de una energía sofocante. La criatura giró su atención hacia el grupo, que yacía en el suelo, herido e indefenso.

“Esto es el fin...”, murmuró Diego, incapaz de moverse mientras veía al guardián levantar sus extremidades para un ataque final.

El aire se cargó de electricidad mientras la criatura rugía, concentrando toda su energía en un golpe que seguramente los destruiría.

Elías y los otros intervienen

En el último momento, un destello de luz atravesó la oscuridad. Un muro de energía se interpuso entre el guardián y el grupo, bloqueando el ataque. El impacto fue tan fuerte que el suelo tembló, pero la barrera resistió.

Elías apareció al frente, con su bastón levantado y un aura de determinación en su rostro. “¡Eso es suficiente!”, gritó, su voz resonando con autoridad.

Junto a él estaban Iván y Chelo, ambos preparados para el combate. Iván, aunque aún débil, sostenía una antorcha improvisada, mientras Chelo, con una venda cubriendo su torso herido, cargaba con un frasco de agua bendita.

El guardián rugió de frustración al verlos, pero no retrocedió. En cambio, redobló sus ataques, lanzando múltiples extremidades hacia ellos.

“Elías, ¿qué hacemos?”, gritó Iván, esquivando por poco un ataque.

“¡Mantenlo ocupado! ¡No podemos dejar que recupere el control del anillo por completo!”, respondió Elías.

El enfrentamiento final

Elías trazó runas en el aire con su bastón, creando barreras que protegían al grupo de los ataques del guardián. Iván y Chelo se lanzaron a distraer a los ciervos corruptos, que intentaban rodearlos.

“¡Ven aquí, monstruo!”, gritó Iván, golpeando a uno de los ciervos con la antorcha. El animal chilló y retrocedió, pero otros dos lo atacaron al mismo tiempo.

Chelo lanzó el agua bendita hacia los ciervos, que se retorcieron y se desintegraron en una nube de humo negro. “¡No te mueras ahora, Iván!”, dijo, ayudándolo a levantarse.

Mientras tanto, Elías se enfrentaba directamente al guardián. La criatura cargó hacia él, pero Elías clavó su bastón en el suelo, invocando una explosión de luz que detuvo al monstruo en seco.

“¡Ahora, Lía! ¡Toma el anillo!”, gritó Elías.

El regreso del anillo

Lía, recuperando lentamente la conciencia, vio el anillo a unos metros de distancia. A pesar del dolor, se arrastró hacia él mientras el caos continuaba a su alrededor.

“¡Lo tengo!”, gritó, levantando el anillo con una mano temblorosa.

El guardián, al darse cuenta, rugió con furia y se lanzó hacia ella, pero Elías bloqueó su avance con una barrera final. “¡Corre, Lía! ¡Aléjate de aquí!”

Lía se puso de pie con dificultad y comenzó a retroceder hacia el bosque. Iván y Chelo se unieron a ella, ayudándola a mantenerse en pie mientras Elías continuaba enfrentándose al guardián.

Un último sacrificio

El guardián rugió una vez más, golpeando con toda su fuerza la barrera de Elías. Este sabía que no podría contenerlo por mucho más tiempo.

“¡Vayan! ¡Encuentren el próximo objeto!”, gritó Elías, clavando su bastón en el suelo para mantener la barrera un poco más.

“¡No podemos dejarte aquí!”, gritó Iván, pero Chelo lo jaló hacia atrás.

“No tenemos opción. ¡Vamos!”, dijo Chelo, con lágrimas en los ojos.

El capítulo concluye con el grupo alejándose mientras Elías se enfrenta al guardián una vez más, dispuesto a sacrificar todo para ganarles tiempo. A lo lejos, el rugido del guardián y el brillo de las runas llenan el cielo, mientras el portal del emisario sigue creciendo, consumiendo todo a su paso.

Capítulo 15: Las cicatrices de la batalla

El grupo avanzaba tambaleándose por el bosque, cada paso era una lucha contra el agotamiento y el dolor. Lía apretaba el anillo en su mano, su rostro marcado por la culpa. Diego y Sara apenas podían caminar, con heridas visibles que les recordaban cuán cerca estuvieron de morir. Iván y Chelo, aunque menos heridos físicamente, cargaban con el peso emocional del sacrificio de Elías.

“Elías no debía quedarse atrás...”, murmuró Iván, mirando hacia el horizonte, donde el rugido del guardián aún resonaba débilmente.

“No tenía elección”, respondió Chelo, con la voz ronca. “Nos salvó. Y ahora... ahora tenemos que hacer que su sacrificio valga la pena.”

Lía se detuvo y giró hacia ellos, con los ojos llenos de lágrimas. “No fue un sacrificio. ¡Elías está vivo! Lo sé... lo siento.”

“¿Cómo puedes estar tan segura?”, preguntó Diego, limpiando la sangre de su frente.

Lía sostuvo el anillo en alto, observando las runas que brillaban tenuemente. “Este anillo está conectado al portal, y Elías también lo está, de alguna manera. Mientras esto siga aquí, creo que él sigue luchando.”

El bosque envenenado

A medida que avanzaban, el entorno se volvía más hostil. Los árboles eran más oscuros, sus ramas retorcidas parecían arañar el cielo, y el suelo estaba cubierto de una sustancia pegajosa que dificultaba el paso. El aire era pesado, como si el bosque mismo estuviera vivo, respirando y observándolos.

“Esto no es un bosque normal”, dijo Sara, con la voz temblorosa. “Es parte de la influencia del emisario. El portal lo está contaminando todo.”

De repente, un crujido fuerte rompió el silencio. Los cinco se detuvieron, mirando a su alrededor con los corazones acelerados. Una sombra se movió entre los árboles, rápida y silenciosa.

“Algo nos sigue”, susurró Diego, levantando un trozo de madera como arma improvisada.

“No es algo”, corrigió Chelo, apuntando su linterna hacia la oscuridad. “Son varios.”

De entre los árboles surgieron figuras humanoides, criaturas formadas por ramas y hojas negras, con ojos brillantes que los observaban con odio. Su presencia era antinatural, y el aire a su alrededor vibraba con una energía inquietante.

“¡Prepárense!”, gritó Lía, levantando su daga.

El ataque de las sombras del bosque

Las criaturas se lanzaron hacia ellos, moviéndose con una velocidad y agilidad inhumanas. Diego intentó golpearlas con su madera, pero esta se partió en pedazos al contacto con

una de las figuras. Iván levantó una antorcha, alejando a una de las sombras por un momento, pero pronto fue rodeado por dos más.

Lía recitó un conjuro desde el libro, y una ráfaga de luz salió disparada de su daga, desintegrando a una de las criaturas. Sin embargo, el esfuerzo la dejó más débil, y otra sombra aprovechó para atacarla, arañando su brazo.

“¡No puedo con todas!”, gritó Lía, retrocediendo mientras intentaba mantener a las criaturas a raya.

“¡Usa el anillo!”, gritó Sara desde el suelo, mientras luchaba por levantarse.

Lía miró el objeto en su mano. Las runas brillaban débilmente, pero no sabía cómo activarlo. “¡No sé cómo funciona!”

“Haz algo antes de que nos maten a todos”, gritó Chelo, golpeando a una de las sombras con su cámara rota.

Desesperada, Lía sostuvo el anillo en alto y cerró los ojos, concentrándose en las palabras que había leído en el libro. “Lux tenebris finem!”

El anillo brilló con una intensidad cegadora, y las sombras retrocedieron, aullando mientras la luz las consumía. En cuestión de segundos, el bosque volvió a quedar en silencio.

El regreso de Elías

El grupo se desplomó en el suelo, respirando con dificultad. Las heridas eran profundas, pero el cansancio era aún mayor.

“¿Estamos... a salvo?”, preguntó Sara, con la voz apenas audible.

“No por mucho tiempo”, respondió Diego, mirando hacia los árboles, donde las sombras se movían nuevamente, pero más lejos esta vez.

De repente, un sonido de pasos apresurados llegó desde el bosque. Iván y Chelo se levantaron rápidamente, preparados para otro ataque, pero lo que vieron les hizo detenerse.

“¡Elías!”, exclamó Lía, corriendo hacia él.

Elías apareció entre los árboles, tambaleándose y cubierto de sangre. Su bastón estaba roto, y una gran herida cruzaba su pecho, pero aún seguía de pie.

“Ustedes...”, murmuró, con una sonrisa débil. “Creí que no llegaría a tiempo.”

Lía lo ayudó a sentarse mientras los demás se reunían a su alrededor. “¿Cómo... cómo escapaste del guardián?”, preguntó Iván.

“No lo vencí”, admitió Elías. “Pero lo retrasé lo suficiente para encontrar una salida. Ese monstruo no se detendrá hasta que recupere el anillo.”

“Entonces tenemos que movernos”, dijo Chelo, mirando nerviosamente a su alrededor.

“Espera un momento”, dijo Lía, sujetando a Elías. “No podemos seguir sin saber qué hacer con este anillo. ¿Cómo lo usamos?”

Elías respiró hondo y cerró los ojos por un momento. “El anillo es solo una parte. Lo que enfrentamos es más grande que cualquier objeto o conjuro. Necesitamos los otros dos artefactos para tener una oportunidad de cerrar el portal.”

Un nuevo camino

Después de un breve descanso, el grupo comenzó a caminar nuevamente, con Elías liderando, aunque apenas podía mantenerse en pie. Mientras avanzaban, el cielo se oscurecía aún más, y la influencia del portal se hacía más evidente.

“¿Dónde está el siguiente objeto?”, preguntó Diego, rompiendo el silencio.

Elías sacó un mapa desgastado de su bolsillo. “Un templo en las montañas. Allí encontraremos el segundo artefacto... si sobrevivimos al camino.”

Lía miró el anillo en su mano, con determinación en sus ojos. “Lo lograremos. No tenemos otra opción.”

Capítulo 16: La carga del anillo

El grupo se detuvo en un claro del bosque, lejos de las sombras que los habían acechado. El cielo seguía oscureciéndose, teñido de un rojo profundo que recordaba al color de la sangre. Lía, aún sujetando el anillo con fuerza, se sentó junto a una roca mientras los demás intentaban recuperar el aliento.

Elías se levantó con dificultad, apoyándose en lo que quedaba de su bastón. Su rostro estaba sombrío, y sus ojos se fijaron en el anillo.

“Ustedes no entienden completamente lo que tenemos en nuestras manos”, dijo con voz grave.

“¿El anillo puede cerrar el portal, verdad?”, preguntó Lía, mirando las runas brillantes en su superficie.

“Sí, pero solo cuando esté junto con los otros dos artefactos”, respondió Elías, con un tono más serio. “Y si no logramos protegerlo, ni siquiera eso importará.”

El peligro del portal

Elías se acercó al grupo, su voz baja pero cargada de urgencia. “Si el guardián recupera el anillo, su conexión con el portal se fortalecerá. Eso permitirá que el emisario abra la barrera por completo.”

“¿Y qué pasa si el portal se abre por completo?”, preguntó Diego, aunque ya temía la respuesta.

Elías lo miró directamente a los ojos. “El portal no solo es un puente. Es una prisión. Dentro de él están los peores demonios del inframundo, entidades que hacen que el emisario parezca una simple sombra. Si salen, nuestro mundo no será consumido... será transformado en un nuevo infierno.”

El silencio cayó sobre el grupo. Sara miró el anillo con miedo, mientras Iván apretaba los puños con frustración.

“¿Entonces qué hacemos?”, preguntó Chelo. “No podemos seguir corriendo eternamente.”

“No, no podemos”, admitió Elías. “Pero tampoco podemos quedarnos en un lugar por mucho tiempo. El guardián nos encontrará, y las sombras del emisario no se detendrán hasta que recuperen el anillo.”

El plan para proteger el anillo

Elías trazó un círculo en el suelo con un polvo que llevaba consigo, marcándolo con runas protectoras. “Este círculo nos dará algo de tiempo. Pero necesitamos algo más para mantener el anillo a salvo.”

“¿Como qué?”, preguntó Lía, colocando el anillo en el centro del círculo.

“Un recipiente temporal”, dijo Elías, sacando un pequeño frasco de cristal de su mochila. “Podemos sellar el anillo dentro de esto, al menos por un tiempo, para que el guardián no pueda rastrearlo directamente.”

“¿Por qué no lo hicimos antes?”, preguntó Iván, cruzando los brazos.

“Porque cada vez que lo usamos, debilitamos la conexión del anillo con nosotros. Si lo sellamos demasiado tiempo, podríamos perder nuestra capacidad para controlarlo”, explicó Elías.

Con cuidado, colocó el anillo en el frasco, recitando un conjuro que hizo que las runas del anillo brillaran brevemente antes de apagarse. El frasco se cerró con un chasquido, y una luz tenue emanó de él.

“Ahora debemos movernos rápido”, dijo Elías, levantándose. “Esto no detendrá al guardián, pero nos dará algo de ventaja.”

El peso de la misión

Mientras caminaban, Elías habló con un tono más reflexivo. “Cada uno de ustedes lleva una carga en esta misión, pero el anillo es nuestra mayor responsabilidad. Protegerlo significa proteger nuestro mundo.”

“¿Y si fallamos?”, preguntó Sara, con la voz apenas un susurro.

“Si fallamos”, respondió Elías, deteniéndose y mirando el horizonte, “todo lo que conocemos desaparecerá. No quedará nada más que cenizas y gritos. Las criaturas del inframundo no solo matarán, se alimentarán de todo lo que somos. Y no tendrán fin.”

El grupo caminó en silencio, asimilando la gravedad de sus palabras.

El peligro acecha

Elías, que iba al frente, levantó una mano para detenerlos. “Algo no está bien”, dijo, mirando hacia los árboles.

Lía sintió un escalofrío recorrerle la espalda mientras sacaba su daga. “¿Qué es ahora?”

El aire se tornó más frío, y el zumbido familiar de las sombras llenó el bosque. Las criaturas del emisario los habían alcanzado.

“¡Están aquí!”, gritó Chelo, sacando su cámara rota como si fuera un arma.

De entre los árboles, las sombras comenzaron a surgir, moviéndose con más velocidad que antes. Esta vez no estaban solas: los ciervos corruptos también los acompañaban, sus ojos brillando con una intensidad aún más aterradora.

“¡Defiendan el frasco!”, ordenó Elías, levantando lo que quedaba de su bastón.

El ataque de las sombras y los ciervos

Las sombras se lanzaron primero, rodeando al grupo con movimientos rápidos y erráticos. Iván encendió su antorcha, alejando a algunas de ellas, pero otras lograron atravesar la barrera de luz, atacándolo con sus garras.

“¡No me toquen!”, gritó, golpeando desesperadamente con la antorcha.

Lía recitó un conjuro desde el libro, creando una explosión de luz que desintegró a varias sombras. Pero mientras lo hacía, uno de los ciervos saltó hacia ella, derribándola al suelo.

“¡Lía!”, gritó Diego, lanzándose hacia el ciervo con un trozo de madera. Logró golpearlo, pero la criatura lo embistió, dejándolo tirado junto a Lía.

Elías trazó un círculo de protección alrededor del frasco, pero sabía que no duraría mucho. Las criaturas golpeaban la barrera con una fuerza cada vez mayor, y el zumbido en el aire se hacía más fuerte.

“¡Esto no es suficiente!”, gritó Sara, intentando mantenerse de pie mientras lanzaba piedras hacia las sombras.

Un rayo de esperanza

Justo cuando todo parecía perdido, el frasco comenzó a brillar con una luz intensa. Las runas en su superficie se activaron, creando una onda de energía que empujó a las criaturas hacia atrás.

“¡El anillo está respondiendo!”, exclamó Elías.

Lía, recuperándose del ataque, se acercó al frasco con cuidado. “¿Qué significa eso?”

“Significa que todavía tenemos una oportunidad”, respondió Elías. “El anillo sabe lo que está en juego. Y nosotros también deberíamos saberlo.”

Capítulo 17: La Visión de la Derrota

El grupo avanzaba entre los árboles torcidos y el aire cargado de desesperación. Los pasos eran pesados, no solo por el cansancio físico, sino también por la carga emocional que los consumía. El brillo del frasco que contenía el anillo era la única luz que los guiaba, pero incluso esa tenue esperanza parecía desvanecerse con cada momento.

“No puedo más”, murmuró Sara, deteniéndose para apoyarse en un tronco muerto. “Todo esto... parece inútil. Por más que luchemos, siempre nos encuentran. Siempre.”

“Debemos seguir adelante”, respondió Elías con firmeza. Aunque su rostro estaba marcado por el agotamiento, su voz no vacilaba.

“¿Seguir para qué?”, interrumpió Diego, con frustración en la voz. “El portal sigue creciendo. Es cuestión de tiempo antes de que el emisario lo abra completamente. ¿Qué diferencia hará este anillo?”

Lía, que había estado en silencio durante todo el trayecto, se detuvo de repente. Sus manos temblaban, y su respiración se volvió irregular.

“¿Lía? ¿Estás bien?”, preguntó Iván, acercándose a ella.

Pero antes de que pudiera responder, Lía cayó de rodillas al suelo. Sus ojos comenzaron a brillar con una luz intensa, y su cuerpo se arqueó como si algo dentro de ella intentara salir.

“¡Elías, algo le pasa!”, gritó Chelo, retrocediendo con miedo.

La aparición de la visión

De los ojos de Lía brotó una luz cegadora que llenó el bosque, obligando a todos a cubrirse. Cuando la luz comenzó a atenuarse, el grupo vio algo que les heló la sangre.

Delante de ellos, en el aire, apareció una visión. Era el mundo que conocían, pero destrozado. Las ciudades estaban en ruinas, consumidas por llamas negras. Sombras gigantescas caminaban por las calles, devorando a los pocos sobrevivientes que intentaban huir.

Los cielos estaban teñidos de un rojo oscuro, y el portal del emisario dominaba el horizonte, como una herida abierta en el tejido de la realidad. Demonios grotescos surgían de él, extendiéndose por todas partes y reduciendo el mundo a cenizas.

“Esto... esto es lo que pasará”, murmuró Sara, con lágrimas en los ojos.

“Es lo que nos espera si fallamos”, dijo Diego, cayendo al suelo, derrotado.

“No podemos detener esto”, añadió Iván, mirando la visión con desesperación. “Es demasiado.”

El truco del emisario

Elías observó la visión con el ceño fruncido. Aunque era tan impactante como para quebrar a cualquiera, algo en ella le parecía... incorrecto.

“Esto no es real”, murmuró para sí mismo, apretando su bastón con fuerza.

El guardián del anillo y el emisario habían aprendido a atacar donde más dolía: en la mente. Sabían que la desesperación era tan letal como cualquier criatura del inframundo.

“¡Escúchenme!”, gritó Elías, tratando de superar los susurros que ahora resonaban en el aire, como si la visión estuviera hablando directamente a cada uno de ellos. “¡Esto es un truco! ¡Es una ilusión del emisario para debilitarnos!”

“¿Y qué importa si lo es?”, gritó Diego, sin levantar la mirada. “Incluso si logramos detener el portal, el costo es demasiado alto. No podemos ganar esta guerra.”

La desesperación se intensifica

Lía seguía convulsionando, atrapada en la visión. Los susurros se volvieron más fuertes, transformándose en gritos: voces de los demonios, de las sombras, y de aquellos que habían caído antes.

“¡Nos están manipulando!”, insistió Elías, arrodillándose junto a Lía y colocando una mano sobre su frente. “¡Lía, debes despertar! ¡Esto no es real!”

Pero la luz de los ojos de Lía se intensificó, proyectando más imágenes. El grupo se vio a sí mismo muriendo uno a uno, devorados por las sombras. Vieron al emisario levantando su corona, reclamando el mundo como suyo, y al guardián del anillo entregándole el objeto que habían tratado de proteger.

Sara comenzó a llorar incontrolablemente, mientras Iván se arrodillaba con la mirada perdida. Incluso Chelo, normalmente el más optimista, bajó la cabeza, incapaz de soportar lo que veía.

“¿Es esto... nuestro destino?”, susurró Sara.

“No lo es”, dijo Elías con voz firme, aunque el miedo empezaba a alcanzarlo. “Esto es lo que quieren que creamos. Pero mientras sigamos luchando, esto no será nuestro futuro.”

Rompiendo la ilusión

Elías recitó un conjuro, utilizando lo poco que quedaba de su energía para combatir la influencia del emisario. Su bastón brilló con una luz tenue, y la visión comenzó a temblar, como un espejo al borde de romperse.

“¡Todos, escúchenme!”, gritó. “Esto es una mentira. No dejen que el miedo los controle. ¡Lía, lucha contra esto!”

La luz en los ojos de Lía comenzó a apagarse lentamente, y sus convulsiones se detuvieron. Finalmente, colapsó en los brazos de Elías, respirando con dificultad. La visión desapareció, dejando al grupo en la oscuridad del bosque una vez más.

La recuperación

Lía abrió los ojos, su rostro pálido y lleno de angustia. “Yo... lo vi. Vi todo. Era tan real...”

“No lo era”, dijo Elías, ayudándola a sentarse. “Era el emisario. Intentó rompernos, pero no lo logró.”

“¿Cómo podemos estar seguros?”, preguntó Diego, su voz aún cargada de desesperanza. “Todo lo que vimos podría pasar.”

“Sí, podría”, admitió Elías. “Pero la diferencia está en nosotros. En si dejamos que eso nos paralice, o si seguimos luchando.”

El grupo permaneció en silencio. Aunque las palabras de Elías eran ciertas, el peso de la visión aún estaba sobre ellos.

El siguiente paso

Finalmente, Lía se puso de pie, aunque sus piernas temblaban. “No podemos detenernos ahora. Si el emisario quería que nos rindiéramos, significa que todavía tenemos una oportunidad.”

Elías asintió, aunque sabía que el camino sería aún más difícil. “El emisario es poderoso, pero está desesperado. Quiere que perdamos la fe, porque sabe que no puede enfrentarnos cuando estamos unidos.”

“Entonces sigamos”, dijo Iván, con voz firme. “No podemos dejar que gane.”

Capítulo 18: El Heraldo de la Perdición

El grupo avanzaba lentamente por el bosque envenenado, sus cuerpos agotados y sus mentes todavía atrapadas en la sombra de la visión. A pesar de las palabras de aliento de Elías, el miedo y la duda persistían como un eco en sus corazones.

“¿Cuánto falta para salir de este maldito bosque?”, preguntó Diego, su voz cargada de irritación y agotamiento.

“No lo sé”, respondió Elías. “Pero algo me dice que no estamos solos.”

“¿No podemos descansar un poco?”, preguntó Sara, tropezando mientras intentaba mantenerse en pie.

“No podemos detenernos”, interrumpió Lía, su tono más decidido que antes. “El emisario sabe que seguimos avanzando, y cada minuto que perdemos le da más ventaja.”

Antes de que nadie pudiera responder, un ruido extraño rompió el silencio del bosque. Era un sonido gutural, bajo y profundo, como si el mismo suelo estuviera respirando.

“¿Qué es eso?”, susurró Iván, con los ojos fijos en la oscuridad que los rodeaba.

Elías levantó su bastón, su mirada fija en el horizonte. “Algo grande... y no viene solo.”

La aparición del heraldo

De entre los árboles surgió una figura imponente. Su cuerpo era una mezcla de carne y metal, con extremidades alargadas y retorcidas que terminaban en garras afiladas. Su rostro estaba cubierto por un casco de hueso, y de sus ojos emanaba una luz púrpura que iluminaba el bosque.

“Es el Herald del Emisario”, dijo Elías, su voz llena de tensión.

La criatura avanzó lentamente, sus pasos haciendo temblar el suelo. Detrás de ella, una horda de sombras y ciervos corruptos la seguía, moviéndose como un enjambre letal.

“Nos encontró”, murmuró Chelo, retrocediendo.

“¡No solo nos encontró, vino por el anillo!”, gritó Lía, sosteniendo el frasco que lo contenía con fuerza.

El Herald levantó una mano, y el aire se llenó de una energía sofocante. Un zumbido agudo resonó en los oídos de todos, como si el bosque mismo estuviera gritando.

“¡Prepárense para luchar!”, gritó Elías, levantando su bastón.

El primer ataque

El Herald lanzó un rugido que hizo que las sombras cargaran hacia el grupo. Diego y Chelo tomaron posiciones, tratando de bloquear el avance de las criaturas con armas improvisadas. Iván encendió su antorcha, pero esta vez, la luz parecía no ser suficiente para repelerlas.

“¡No están retrocediendo!”, gritó Iván, golpeando a una de las sombras con la antorcha.

“¡Son más fuertes ahora!”, respondió Elías, trazando un círculo de runas en el aire. Una explosión de energía empujó a varias sombras hacia atrás, pero otras tomaron su lugar rápidamente.

El Heraldó avanzó directamente hacia Lía, su mirada fija en el frasco con el anillo. Con un movimiento rápido, levantó una de sus extremidades y la lanzó hacia ella como una lanza.

“¡Lía, cuidado!”, gritó Sara, empujándola justo a tiempo.

El ataque falló, pero el impacto creó una onda expansiva que derribó a todos al suelo.

Un enemigo implacable

El Heraldó levantó ambas manos, y del suelo surgieron raíces negras que se movían como serpientes, tratando de atrapar al grupo. Una de ellas envolvió la pierna de Diego, arrastrándolo hacia el Heraldó.

“¡Ayúdenme!”, gritó, golpeando la raíz desesperadamente.

Elías trazó un símbolo en el aire, cortando la raíz con un destello de luz. “¡No podemos enfrentarlo directamente! ¡Tenemos que retrasarlo y salir de aquí!”

“¡No hay salida!”, gritó Iván, señalando cómo las sombras bloqueaban todos los caminos posibles.

El Heraldó rugió nuevamente, esta vez concentrando su energía en un ataque masivo. Una esfera de luz púrpura comenzó a formarse entre sus manos, creciendo rápidamente mientras su brillo iluminaba el bosque.

“¡Va a destruirnos!”, gritó Chelo, retrocediendo mientras intentaba proteger a Sara.

Un giro desesperado

Lía miró el frasco con el anillo, sus manos temblando. Sabía que si el Heraldó lo recuperaba, todo estaría perdido.

“¡Elías, usa el anillo!”, gritó, acercándose a él.

“No podemos liberarlo ahora”, respondió Elías, mirando la esfera de energía del Heraldó. “Si lo hacemos, no podremos controlarlo.”

“Entonces no tenemos otra opción”, dijo Lía, levantando el frasco y recitando un conjuro del libro.

El frasco comenzó a brillar intensamente, y las runas del anillo se activaron. Una explosión de luz salió disparada, golpeando al Heraldo y deteniendo su ataque por un momento.

“¡Ahora, corran!”, gritó Elías, levantando su bastón para mantener la luz activa.

El grupo comenzó a moverse, esquivando las raíces y las sombras que seguían atacándolos. Pero el Heraldo, aunque debilitado, no se detuvo. Con un rugido final, lanzó una última ráfaga de energía que golpeó directamente a Iván, lanzándolo contra un árbol.

“¡Iván!”, gritó Sara, corriendo hacia él.

El escape

Elías, viendo que el Heraldo se recuperaba rápidamente, trazó un portal improvisado en el aire. “¡Entren, rápido!”

Lía y Chelo ayudaron a Sara a levantar a Iván, que estaba inconsciente pero vivo, y todos atravesaron el portal justo cuando el Heraldo lanzó un nuevo ataque.

La última imagen que vieron antes de que el portal se cerrara fue al Heraldo, rugiendo con furia mientras las sombras se arremolinaban a su alrededor, preparándose para seguirlos.

Las secuelas

El grupo apareció en una cueva oscura, lejos del bosque. Elías cayó de rodillas, agotado por el esfuerzo de mantener el portal.

“¿Estamos... a salvo?”, preguntó Diego, mirando a su alrededor.

“Por ahora”, respondió Elías, respirando con dificultad. “Pero el Heraldo no se detendrá. Ahora sabe lo que podemos hacer... y también sabe que no somos invencibles.”

Lía miró el frasco con el anillo, que ahora brillaba más intensamente. “¿Cuánto tiempo más podemos seguir así?”

Elías levantó la mirada, con una determinación renovada. “El tiempo suficiente para ganar. No tenemos otra opción.”

Capítulo 19: La Luz en la Oscuridad

La cueva era fría y silenciosa, un refugio temporal que ofrecía algo de alivio después de la emboscada del Heraldo. El grupo estaba en el suelo, agotado y herido. Elías trazaba

cuidadosamente runas en las paredes y el suelo de la cueva, su bastón apenas iluminando el espacio con una luz tenue.

“Estas runas no solo los protegerán”, explicó con voz baja. “También los ayudarán a sanar. Pero debemos darnos prisa. El Heraldo no tardará en encontrarnos.”

Lía, aún sosteniendo el frasco con el anillo, observó el objeto. Las runas en su superficie brillaban con más intensidad ahora, como si el anillo estuviera respondiendo a algo.

“Elías, ¿es normal que el anillo esté tan... activo?”, preguntó, sin apartar la vista de él.

Elías se detuvo un momento, mirando el frasco. “El anillo siente lo que enfrentamos. Es posible que esté respondiendo a nuestra lucha. Pero debemos mantenerlo sellado. Liberarlo podría tener consecuencias impredecibles.”

La sanación con las runas

Las runas comenzaron a brillar en la cueva, y el grupo sintió una cálida energía recorriendo sus cuerpos. Las heridas superficiales de Diego y Sara comenzaron a cerrarse, mientras que Iván, que seguía inconsciente, mostró signos de recuperación.

“Esto es... increíble”, dijo Chelo, observando cómo su dolor se desvanecía.

“No es una cura completa”, advirtió Elías. “Pero al menos estarán lo suficientemente fuertes para lo que venga.”

Lía miró a Elías con seriedad. “¿Crees que podemos derrotar al Heraldo?”

“Con suficiente fuerza y estrategia, sí”, respondió. “Pero no será fácil. Esa criatura no es solo un enemigo físico, es una extensión directa de la voluntad del emisario.”

El regreso del Heraldo

Antes de que pudieran planificar su siguiente movimiento, un rugido profundo resonó en la distancia, haciendo temblar las paredes de la cueva.

“Ya está aquí”, murmuró Elías, levantándose rápidamente.

De repente, las runas en las paredes comenzaron a parpadear y a desvanecerse. La energía protectora de la cueva se debilitaba rápidamente, y un frío helado invadió el espacio.

El Heraldó apareció en la entrada, su imponente figura iluminada por la luz púrpura que emanaba de su cuerpo. Sus ojos estaban fijos en Lía, y sus extremidades alargadas parecían moverse con una intención mortal.

“¡Defiendan el anillo!”, gritó Elías, levantando su bastón.

El enfrentamiento final

El Heraldó atacó con una velocidad y fuerza que superaba cualquier cosa que hubieran enfrentado antes. Sus extremidades golpearon el suelo y las paredes, derrumbando partes de la cueva y obligando al grupo a moverse constantemente para evitar ser aplastado.

Diego y Chelo intentaron distraer a la criatura, arrojándole piedras y atacándola con lo que tenían a mano. Sara, aún débil, recitaba conjuros para reforzar las defensas, mientras Elías lanzaba ráfagas de luz con su bastón para contener los ataques del Heraldó.

“¡No es suficiente!”, gritó Iván, golpeando una de las extremidades con una antorcha.

“¡Este monstruo no retrocede!”

El Heraldó rugió y dirigió toda su atención hacia Lía, quien sostenía el frasco con el anillo. Con un movimiento rápido, una de sus extremidades golpeó el suelo frente a ella, derribándola.

“¡Elías, no puedo contenerlo más!”, gritó, aferrándose al frasco con todas sus fuerzas.

El Heraldó lanzó un ataque final, un golpe que parecía inevitable. Pero en el último momento, el frasco se rompió.

El despertar del anillo

El anillo flotó en el aire, brillando con una intensidad cegadora. Las runas en su superficie se movieron como si estuvieran vivas, y una ráfaga de energía llenó la cueva. Lía, que estaba directamente bajo el anillo, sintió cómo la luz la envolvía.

“¿Qué... qué está pasando?”, murmuró mientras su cuerpo comenzaba a cambiar.

El anillo se fusionó con Lía, sus runas grabándose en su piel como tatuajes brillantes. Sus ojos emitieron un destello dorado, y una fuerza desconocida recorrió su cuerpo.

“¡Lía!”, gritó Sara, pero Lía ya no parecía escucharla.

La luz del anillo se transformó en una barrera que empujó al Heraldito hacia atrás. Lía se levantó, su cuerpo rodeado por una energía radiante.

“Ahora entiendo”, dijo, con una voz que parecía resonar con una fuerza superior. “El anillo no es solo un arma. Es una llave. Y no dejaré que el emisario gane.”

La derrota del Heraldito

El Heraldito, aunque inicialmente debilitado, rugió y cargó hacia Lía con toda su fuerza. Pero esta vez, ella no retrocedió. Con un movimiento de su mano, creó una ráfaga de luz que atravesó al Heraldito, debilitándolo aún más.

“¡Esto es por todo lo que has destruido!”, gritó, lanzando un último ataque que desintegró al Heraldito en una explosión de luz y sombras.

Cuando el polvo se asentó, el Heraldito había desaparecido. Lía cayó de rodillas, y la luz que la rodeaba comenzó a desvanecerse. El anillo volvió a aparecer en su mano, inerte una vez más.

La reflexión tras la victoria

El grupo corrió hacia Lía, ayudándola a levantarse. “¿Estás bien?”, preguntó Elías, observando las marcas brillantes en su piel.

“No lo sé”, respondió, respirando con dificultad. “Por un momento... sentí que podía hacer cualquier cosa. Pero ahora... estoy agotada.”

“El anillo te eligió como su portadora”, explicó Elías. “Pero eso tiene un precio. No podemos depender de ese poder demasiado. Es impredecible.”

“Lo importante es que vencimos al Heraldito”, dijo Diego, aunque su tono era más cauteloso que triunfal. “Pero ¿qué significa esto para el portal?”

“Significa que el emisario sabe que estamos más cerca de detenerlo”, respondió Elías. “Y hará todo lo posible para asegurarse de que no lleguemos al segundo artefacto.”

Capítulo 20: El Camino de las Sombras

El grupo avanzaba lentamente por el terreno áspero que los separaba de las montañas. La energía de la batalla contra el Heraldito aún pesaba sobre ellos, y aunque habían logrado una victoria crucial, nadie se sentía completamente a salvo. Lía caminaba al frente, su mirada fija en el horizonte, mientras el anillo brillaba débilmente en su mano.

“¿Estás segura de que estás bien?”, preguntó Elías, alcanzándola.

“Estoy... bien, creo”, respondió ella, aunque su tono carecía de convicción. “Pero todavía siento al anillo... como si estuviera vivo.”

“El anillo está conectado al portal. Su poder fluye directamente desde el abismo”, explicó Elías. “Y mientras lo lleves, estarás vinculada a su energía. No permitas que te consuma.”

Lía asintió, pero no pudo evitar sentir un peso en su pecho, como si el anillo estuviera exigiendo algo más de ella.

La primera prueba: el terreno

El ascenso hacia las montañas era cada vez más difícil. El terreno rocoso estaba cubierto de una fina capa de ceniza negra, evidencia de la corrupción del portal. Cada paso parecía más pesado, y el aire se volvía más frío y delgado.

“Esto no es solo el clima”, dijo Sara, deteniéndose para recuperar el aliento. “Es el portal. Está afectando todo a su alrededor.”

“El tiempo también se está acabando”, respondió Elías. “Si el portal sigue creciendo, no solo corromperá la tierra, sino también nuestra voluntad. Necesitamos encontrar el segundo artefacto rápido.”

Un nuevo enemigo: los ecos del abismo

A medida que avanzaban, comenzaron a escuchar un ruido extraño: un eco bajo y constante que parecía emanar de las mismas rocas. Al principio, pensaron que era el viento, pero pronto se dieron cuenta de que era algo más.

“Eso no es natural”, dijo Diego, mirando a su alrededor con inquietud.

De las grietas en las rocas comenzaron a surgir sombras, pero estas eran diferentes a las que habían enfrentado antes. Sus cuerpos eran delgados y alargados, y sus movimientos eran erráticos, como si estuvieran atrapadas entre este mundo y el abismo.

“Son ecos del abismo”, explicó Elías, levantando su bastón. “Fragmentos de almas condenadas. No son tan fuertes como el Heraldo, pero pueden drenar nuestra energía si nos tocan.”

Las sombras comenzaron a avanzar hacia ellos, moviéndose como un enjambre.

“¡Prepárense!”, gritó Lía, levantando su daga.

El enfrentamiento en el camino

Los ecos atacaron con velocidad, lanzándose hacia el grupo en oleadas. Sara recitó conjuros desde el libro, creando barreras de luz que repelían a algunos, pero otros lograron atravesarlas.

Una de las sombras golpeó a Diego, quien cayó al suelo, sintiendo cómo una sensación helada se extendía por su cuerpo. “¡Me está quitando... algo!”, gritó, luchando por levantarse.

“¡Es tu fuerza vital!”, exclamó Elías, lanzando una ráfaga de luz que desintegró a la sombra antes de que pudiera drenar más.

Lía, mientras tanto, sintió cómo el anillo en su mano comenzaba a calentarse. Una energía extraña la recorrió, dándole fuerza. Sin pensarlo, levantó su daga, y una explosión de luz salió de ella, dispersando a varias sombras al mismo tiempo.

“¿Qué fue eso?!", preguntó Iván, sorprendido.

“No lo sé”, respondió Lía, jadeando. “Pero creo que el anillo me está ayudando... por ahora.”

El grupo continuó luchando, avanzando lentamente mientras las sombras los rodeaban. Finalmente, después de una larga y agotadora batalla, las últimas sombras se desvanecieron, dejando el camino despejado.

El peso de la lucha

El grupo se detuvo para descansar en una pequeña caverna en la ladera de la montaña. Sus cuerpos estaban exhaustos, y sus espíritus comenzaban a flaquear.

“Esto no se detiene”, dijo Chelo, mirando las heridas en sus brazos. “Cada vez que avanzamos, enfrentamos algo peor.”

“Así es como el emisario quiere quebrarnos”, respondió Elías. “Cada paso que damos hacia el segundo artefacto es una amenaza para él, y hará todo lo posible para detenernos.”

“¿Y si no lo logramos?”, preguntó Sara, con la mirada perdida.

“Entonces todo está perdido”, respondió Lía, con el anillo brillando débilmente en su mano.

La aparición de una señal

Mientras descansaban, una luz extraña apareció en el cielo, un destello fugaz que se movía hacia la cima de la montaña.

“¿Qué es eso?”, preguntó Iván, señalando hacia el brillo.

Elías frunció el ceño. “Es una señal. El segundo artefacto está cerca, pero también significa que el emisario lo sabe.”

El grupo se puso de pie, sus cuerpos aún cansados, pero con una nueva determinación.

“Si está cerca, no podemos perder más tiempo”, dijo Lía, levantándose.

“Entonces sigamos”, respondió Elías. “Pero recuerden, cuanto más nos acerquemos, más fuerte será la resistencia.”

Capítulo 21: Acechados por las Sombras

El ascenso por las montañas era cada vez más difícil. El grupo avanzaba con cuidado, rodeados por un paisaje que parecía vivo y hostil. Las rocas negras y las raíces corruptas se retorcían en los bordes del camino, y el aire era tan delgado que cada respiración les recordaba que estaban fuera de su elemento.

“El portal está afectando incluso este lugar remoto”, dijo Elías, observando cómo pequeñas partículas de ceniza flotaban en el aire, iluminadas tenuemente por la luz del anillo. “Cada vez estamos más cerca de su influencia total.”

“Y del segundo artefacto”, añadió Lía, aunque su voz mostraba más preocupación que entusiasmo. El anillo brillaba débilmente en su mano, pero sentía una conexión más profunda con él, como si sus pensamientos estuvieran siendo influenciados por algo más allá de su comprensión.

“¿Sientes eso?”, preguntó Iván, deteniéndose de repente.

“¿El qué?”, respondió Diego, mirando a su alrededor.

“El aire... está más pesado. Y ese sonido... como un zumbido constante.”

Elías frunció el ceño. “No es el aire. Es el guardián.”

El acecho del guardián

Detrás de ellos, a lo lejos, un rugido profundo resonó, haciendo que las piedras del camino temblaran. Aunque no podían verlo aún, sabían que el guardián del anillo estaba cerca, siguiendo su rastro.

“Nos está cazando”, murmuró Sara, su voz cargada de miedo.

“Y no se detendrá hasta que recupere el anillo”, añadió Chelo, apretando los dientes.

“Entonces debemos movernos rápido”, dijo Lía, tratando de ignorar el peso del objeto en su mano. “No podemos enfrentarlo aquí. No con este terreno.”

“Pero tampoco podemos escapar para siempre”, dijo Diego. “Si nos encuentra en un lugar peor, será nuestro fin.”

El desafío del sendero

El camino se estrechaba mientras ascendían, con acantilados a ambos lados y una neblina oscura que dificultaba la visibilidad. De repente, el suelo comenzó a temblar, y un rugido más cercano llenó el aire.

“¡Cuidado!”, gritó Elías, justo cuando una roca gigante cayó desde arriba, bloqueando el camino detrás de ellos.

“¡Está tratando de atraparnos!”, exclamó Chelo, mirando hacia las alturas.

El grupo avanzó rápidamente, pero pronto se encontraron con otro obstáculo: una grieta ancha que dividía el camino en dos. El suelo estaba cubierto de una energía oscura que parecía pulsar, como si algo los esperara abajo.

“¿Cómo cruzamos eso?”, preguntó Sara, mirando al vacío con pánico en sus ojos.

“Elías, ¿puedes hacer algo?”, preguntó Lía.

Elías observó la grieta, trazando runas en el aire. “Puedo crear un puente temporal, pero no durará mucho. Tienen que cruzar rápido.”

El cruce peligroso

Elías recitó un conjuro, y un puente de luz comenzó a formarse sobre la grieta. “¡Rápido, crúcelo uno a la vez!”

Iván fue el primero, seguido de Sara y Chelo. Cada paso hacía que el puente temblara, pero lograron cruzar sin incidentes.

Cuando llegó el turno de Diego, un rugido cercano lo hizo detenerse. El guardián apareció detrás de ellos, su imponente figura iluminada por un brillo púrpura. Sus extremidades se movían como látigos, y sus ojos estaban fijos en Lía y el anillo.

“¡Está aquí!”, gritó Diego, cruzando el puente lo más rápido que pudo.

“¡Lía, ve ahora!”, ordenó Elías, manteniendo el puente estable con todas sus fuerzas.

Lía comenzó a correr, pero el guardián saltó hacia ella, aterrizando en el extremo opuesto del puente. La energía oscura que lo rodeaba hizo que el puente comenzara a desmoronarse.

“¡Corre, Lía, corre!”, gritó Chelo desde el otro lado.

Lía logró cruzar justo cuando el puente se desintegró detrás de ella, dejando al guardián atrapado temporalmente en el otro lado de la grieta. Pero la criatura rugió, y con un movimiento de sus extremidades, comenzó a construir un puente propio hecho de sombras.

“No tardará en alcanzarnos”, dijo Elías, jadeando por el esfuerzo.

El valle de los espectros

El grupo llegó a un valle estrecho, donde la neblina era tan espesa que apenas podían verse entre ellos. Pero lo peor no era la falta de visibilidad; eran las figuras que se movían en la niebla.

“¿Qué es esto?”, preguntó Sara, mirando cómo las sombras tomaban forma de rostros y cuerpos.

“Es el valle de los espectros”, dijo Elías, su voz cargada de gravedad. “Almas atrapadas entre este mundo y el abismo. No nos atacarán directamente, pero pueden manipular nuestras mentes.”

“Genial, justo lo que necesitábamos”, murmuró Diego, tratando de no mirar las figuras que lo rodeaban.

Mientras avanzaban, comenzaron a escuchar susurros. Al principio eran ininteligibles, pero pronto se convirtieron en voces conocidas.

“¿Chelo? ¿Por qué nos abandonaste?”, dijo una voz desde la niebla.

Chelo se detuvo en seco, su rostro pálido. “Eso no es real... no es real...”

“Iván... ¿por qué no salvaste a tu familia?”, dijo otra voz, dirigiéndose al joven.

“¡Cállate!”, gritó Iván, cubriéndose los oídos.

Las voces continuaron, atacando a cada uno de ellos con recuerdos y miedos personales. Incluso Lía comenzó a sentir la presión, sus ojos fijándose en el anillo mientras las voces hablaban de fracaso y derrota.

“¡No los escuchen!”, gritó Elías. “Son ilusiones, nada más. ¡Debemos seguir adelante!”

Un enfrentamiento inevitable

El grupo finalmente salió del valle, pero no tuvieron tiempo de celebrar. El guardián los había alcanzado. Desde lo alto de una colina cercana, la criatura rugió, lanzándose hacia ellos con una velocidad aterradora.

“¡Esta es nuestra última oportunidad!”, gritó Elías. “¡Lía, usa el poder del anillo!”

“No sé si puedo controlarlo”, respondió ella, su voz temblando.

“No tienes elección”, dijo Elías, levantando su bastón para proteger al grupo de los ataques iniciales del guardián.

Lía cerró los ojos, concentrándose en el anillo. Una luz intensa comenzó a emanar de él, envolviendo su cuerpo.

“¡Vamos, Lía, confío en ti!”, gritó Sara.

Capítulo 22: El Segundo Artefacto

El rugido del guardián se desvanecía en la distancia, su imponente figura atrapada entre rocas y raíces que lo retenían temporalmente. Lía, aún con el anillo brillando en su mano, se desplomó al suelo, su cuerpo exhausto después del esfuerzo de enfrentarlo.

“¿Está... está detenido?”, preguntó Iván, con la respiración entrecortada mientras miraba hacia atrás, donde la criatura ya no era visible.

“Por ahora”, dijo Elías, apoyándose en su bastón. “No sabemos cuánto tiempo permanecerá así, pero debemos aprovechar esta oportunidad.”

Diego ayudó a Lía a levantarse. “¿Estás bien? Ese poder que usaste parecía demasiado para manejar.”

“Estoy bien... por ahora”, respondió ella, aunque la palidez en su rostro decía lo contrario. “Pero debemos seguir. El segundo artefacto está cerca, puedo sentirlo.”

El templo en las alturas

El grupo finalmente llegó a una meseta en lo alto de la montaña. Allí, oculto entre las nubes y la niebla, estaba el templo. Era una estructura imponente, hecha de piedra negra que parecía brillar con una energía oscura. Las paredes estaban cubiertas de runas antiguas, y en el centro, una gran puerta cerrada bloqueaba la entrada.

“Esto debe ser”, dijo Sara, observando las inscripciones con fascinación. “Las runas son similares a las del anillo. Esto confirma que aquí está el segundo artefacto.”

Elías se acercó a la puerta, examinando las runas. “No será tan simple como entrar y tomarlo. Estas inscripciones son una advertencia.”

“¿Qué dicen?”, preguntó Chelo.

Elías frunció el ceño mientras pasaba la mano por las runas. “Dicen que el artefacto está protegido por un guardián espiritual. Un ser creado específicamente para mantenerlo fuera del alcance de cualquiera, incluso de aquellos con buenas intenciones.”

“Fantástico”, murmuró Diego. “Otro guardián.”

El desafío de la puerta

Para abrir la puerta, Elías y Lía trabajaron juntos, usando las runas del anillo para completar el patrón que desbloquearía la entrada. Sin embargo, el proceso no fue fácil. Cada vez que intentaban encajar una runa en el lugar correcto, un zumbido bajo resonaba en el aire, como si el templo estuviera vivo y consciente de su presencia.

“Esto está drenando mi energía”, dijo Lía, con la voz temblorosa.

“Es parte del diseño”, explicó Elías. “El templo está probándote. Quiere ver si eres digna del artefacto.”

Finalmente, después de lo que pareció una eternidad, las runas se alinearon y la puerta se abrió con un sonido profundo y resonante.

“Estamos dentro”, dijo Iván, con un suspiro de alivio.

El interior del templo

El interior del templo era aún más impresionante que el exterior. Grandes columnas de piedra negra se alzaban hacia un techo que parecía infinito, y el aire estaba impregnado de una energía que hacía que cada paso se sintiera pesado.

En el centro de la sala principal, sobre un pedestal de obsidiana, descansaba el segundo artefacto: un cetro hecho de cristal oscuro, con runas grabadas que brillaban débilmente.

“Ahí está”, dijo Lía, avanzando hacia el pedestal.

“Espera”, la detuvo Elías. “No te acerques aún. El guardián debe estar cerca.”

El guardián espiritual

Mientras Elías hablaba, el suelo comenzó a temblar. De las sombras que rodeaban el pedestal surgió una figura imponente: una criatura humanoide hecha de energía pura, con un cuerpo translúcido que brillaba con tonos azules y púrpuras. Sus ojos eran dos orbes de luz cegadora, y en sus manos sostenía una lanza que parecía estar hecha del mismo material que el cetro.

“El guardián”, dijo Sara, retrocediendo.

La criatura no habló, pero su presencia llenaba la sala con una intensidad que hacía difícil respirar. Levantó su lanza y señaló al grupo, como si los estuviera desafiando.

“Quiere probar nuestra fuerza”, dijo Elías, levantando su bastón. “Esto no será una pelea, será una prueba.”

La prueba del guardián

El guardián atacó primero, lanzando ráfagas de energía que iluminaron la sala. El grupo se dispersó, tratando de evitar los impactos mientras Elías intentaba recitar un conjuro para protegerlos.

“¡No podemos vencerlo con fuerza bruta!”, gritó. “Debemos mostrarle que somos dignos del artefacto.”

“¿Y cómo hacemos eso?”, preguntó Diego, esquivando un ataque.

Lía, con el anillo brillando en su mano, avanzó hacia el guardián. “Déjenmelo a mí.”

“¡Lía, no!”, gritó Sara, pero era demasiado tarde.

Lía se colocó frente al guardián, levantando el anillo. “No estoy aquí para destruir ni para robar. Estoy aquí para proteger este mundo, incluso si eso significa dar mi vida.”

El guardián se detuvo, observándola en silencio. Por un momento, todo quedó en calma, hasta que la criatura bajó su lanza y se arrodilló frente a ella.

“Lo aceptó”, murmuró Elías, sorprendido.

El cetro comenzó a brillar intensamente, y las runas en el pedestal se apagaron. Con un movimiento lento, el guardián extendió su mano, entregándole el artefacto a Lía.

La conexión del cetro

Cuando Lía tomó el cetro, sintió una energía diferente a la del anillo. Este artefacto no solo estaba conectado al portal, sino que parecía contener un poder capaz de equilibrar la oscuridad que emanaba de él.

“El segundo artefacto”, dijo Elías, con una mezcla de alivio y preocupación. “Estamos un paso más cerca.”

“¿Y ahora qué?”, preguntó Iván, mirando hacia la entrada del templo.

“Ahora debemos prepararnos”, respondió Lía, con el cetro brillando en su mano. “El emisario no se detendrá, y el guardián del anillo tampoco. Pero esta vez... estamos listos.”

Capítulo 23: El Portador del Cetro

El grupo descendía de las montañas, conscientes de que el peligro estaba lejos de terminar. El portal continuaba creciendo, y la presencia del emisario era palpable. Lía llevaba el cetro y el anillo, pero su cuerpo ya mostraba los efectos de cargar con ambos artefactos. Su respiración era irregular, y su piel estaba pálida como la ceniza.

“¿Estás segura de que puedes manejar esto?”, preguntó Diego, observándola con preocupación.

“No por mucho tiempo”, admitió Lía, su voz apenas un susurro. “El poder de los dos artefactos está... conectándose al portal. No sé cuánto más puedo soportarlo.”

Elías, que caminaba detrás de ellos, frunció el ceño. “Los artefactos no fueron diseñados para que una sola persona los portara. Están vinculados al equilibrio. Si sigues así, Lía, podrías...”

“No me detendré”, lo interrumpió ella. “No hasta que encontremos una solución.”

Pero antes de que pudieran continuar la conversación, un rugido ensordecedor resonó en la distancia. El guardián del anillo había escapado, y su presencia era como una tormenta que se acercaba rápidamente.

“¡No hay tiempo para descansar!”, exclamó Chelo. “Está viniendo.”

La llegada del enemigo

El grupo se encontró en una meseta rocosa, donde el camino descendente era estrecho y peligroso. Antes de que pudieran planificar una defensa, el guardián del anillo apareció en la cima de la montaña, su silueta iluminada por el resplandor púrpura del portal en el horizonte.

“¡No puede ser! ¿Cómo nos alcanzó tan rápido?”, preguntó Sara, retrocediendo.

“No importa cómo. Está aquí, y no se detendrá hasta que recupere el anillo”, dijo Elías, levantando su bastón.

El guardián rugió y saltó hacia ellos, aterrizando con tal fuerza que el suelo tembló. Sus extremidades, ahora más afiladas y oscuras que antes, se movieron como látigos, atacando al grupo sin descanso.

“¡Defiendan a Lía!”, gritó Iván, levantando una antorcha improvisada.

El enfrentamiento

La batalla fue intensa. El guardián, ahora más fuerte y rápido, atacaba con una precisión letal. Sus movimientos parecían anticipar los de sus enemigos, como si aprendiera con cada golpe que recibía.

Elías trazó runas en el aire, creando barreras temporales para proteger al grupo, pero el guardián las rompía con facilidad. Diego y Chelo intentaron distraerlo, lanzándole piedras y atacándolo con armas improvisadas, pero apenas lograban ralentizarlo.

Lía, con el cetro en una mano y el anillo en la otra, trató de usar el poder combinado de ambos artefactos, pero su cuerpo no podía soportarlo. Cada vez que intentaba concentrarse, una energía oscura recorría su brazo, dejándola más débil.

“¡No puedo mantenerlo mucho más tiempo!”, gritó, cayendo de rodillas.

El guardián, viendo su oportunidad, dirigió toda su atención hacia Lía, lanzando un ataque directo hacia ella.

El sacrificio y la elección

En el último momento, Iván se lanzó hacia Lía, bloqueando el ataque con su propio cuerpo. La extremidad del guardián lo golpeó, lanzándolo varios metros, pero su acción dio al grupo unos segundos cruciales.

“¡No podemos seguir así!”, gritó Diego, ayudando a Lía a levantarse. “Lía, debes elegir. No puedes cargar con ambos artefactos.”

Elías se acercó a ella, su mirada seria. “Tiene razón. El poder de los artefactos debe ser dividido. Si sigues portándolos a ambos, el portal te consumirá.”

Lía miró el cetro, luego al anillo. Sabía que tenía que tomar una decisión. “¿Quién... quién será el nuevo portador del cetro?”

El grupo se miró en silencio, pero Elías dio un paso adelante. “Yo tomaré el cetro. Tengo el conocimiento para manejarlo y el entrenamiento necesario para resistir su influencia.”

“¿Estás seguro?”, preguntó Lía, su voz temblorosa.

“Sí”, respondió Elías con determinación. “Esto es lo que he preparado toda mi vida.”

La transferencia del cetro

Lía levantó el cetro, sus manos temblando. Las runas comenzaron a brillar mientras recitaba un conjuro para transferir su conexión. Una luz intensa llenó el lugar mientras el cetro flotaba en el aire, moviéndose lentamente hacia Elías.

Cuando el cetro tocó sus manos, una ráfaga de energía lo envolvió. Elías cerró los ojos, concentrándose en controlar el poder que ahora fluía a través de él. Las runas del cetro brillaron intensamente antes de estabilizarse.

“Está hecho”, dijo, respirando profundamente.

Lía cayó al suelo, exhausta pero aliviada. “Gracias, Elías.”

La victoria temporal

El guardián, viendo la transferencia, rugió con furia y lanzó un ataque masivo hacia el grupo. Pero esta vez, Elías levantó el cetro y creó una barrera que detuvo el golpe.

“¡Ahora es mi turno!”, exclamó, liberando una ráfaga de luz que empujó al guardián hacia atrás.

El guardián, debilitado pero no derrotado, retrocedió, emitiendo un rugido que resonó en toda la montaña antes de desaparecer en las sombras.

“Se ha ido... por ahora”, dijo Sara, colapsando de rodillas.

El siguiente paso

El grupo se reunió, recuperando el aliento mientras el portal seguía brillando en la distancia.

“El emisario sabe que estamos cerca de completar nuestra misión”, dijo Elías, sosteniendo el cetro con firmeza. “Y no se detendrá hasta que nos derrote.”

“Entonces no podemos detenernos tampoco”, dijo Lía, mirando el anillo en su mano.

Capítulo 24: El Peso del Poder

El grupo se había establecido temporalmente en un claro entre las montañas. Habían encendido una pequeña fogata, lo justo para mantenerse calientes sin llamar la atención del guardián o de las sombras del emisario. Elías sostenía el cetro en sus manos, sus runas brillando débilmente bajo la luz de la luna. Aunque no lo mostraba, el peso del artefacto comenzaba a afectarlo.

Lía, con el anillo en su mano, lo observaba en silencio. Sabía exactamente cómo se sentía.

“Elías”, dijo finalmente. “¿Sientes... como si te estuviera drenando?”

Elías levantó la mirada hacia ella. “Sí. Cada vez que uso el cetro, siento como si algo dentro de mí se debilitara. No es solo agotamiento físico... es como si este artefacto estuviera tomando algo más profundo.”

“¿Por qué?”, preguntó Sara, sentada cerca de la fogata. “Se supone que estos artefactos eligen a sus portadores, ¿no? ¿Por qué nos estarían debilitando?”

“Tal vez no estamos usándolos correctamente”, sugirió Diego.

“Tal vez no somos los elegidos que pensábamos ser”, añadió Iván, su tono cargado de duda.

Elías frunció el ceño. “No. Si no fuéramos dignos, los artefactos no nos habrían permitido tocarlos. Hay algo más en juego aquí, algo que aún no entendemos.”

El impacto del cetro

Elías se levantó, alejándose del grupo para examinar más de cerca el cetro. Lo sostuvo con ambas manos, observando cómo las runas brillaban y cambiaban constantemente, como si estuvieran vivas.

“Cada vez que lo uso, siento que estoy conectado directamente al portal”, dijo en voz alta. “Es como si el cetro estuviera absorbiendo la energía del abismo, pero también tomándola de mí para amplificar su poder.”

“¿Y eso es malo?”, preguntó Chelo, cruzando los brazos.

“No necesariamente”, respondió Elías. “Pero si seguimos usando los artefactos sin entender por qué nos afectan así, podríamos destruirnos antes de llegar al tercer artefacto.”

Lía miró el anillo en su mano, sus dedos temblando ligeramente. “No creo que tengamos otra opción. Si no los usamos, el emisario ganará.”

El regreso del emisario

Antes de que el grupo pudiera continuar su conversación, el aire a su alrededor se tornó helado. La fogata parpadeó y se apagó, dejando al claro sumido en una oscuridad opresiva.

“¿Lo sienten?”, susurró Sara, con los ojos llenos de miedo.

Una risa gutural resonó en el aire, seguida por un susurro que parecía provenir de todas partes. “Finalmente... los encuentro.”

El emisario apareció en la distancia, su figura envuelta en sombras que se movían como un manto vivo. Su presencia era abrumadora, y la tierra misma parecía temblar bajo su peso.

“No puedo permitir que avancen más”, dijo con una voz que resonaba en sus mentes. “Los artefactos me pertenecen.”

Elías levantó el cetro, preparándose para defender al grupo. “No dejaré que tomes nada. No sin una lucha.”

El emisario rió, una risa fría y cruel. “¿Crees que puedes detenerme con ese juguete? Ya te está destruyendo desde adentro. Todos ustedes están condenados.”

El enfrentamiento

El emisario levantó una mano, y las sombras a su alrededor se transformaron en figuras grotescas que se lanzaron hacia el grupo con velocidad sobrenatural.

“¡Formen un círculo!”, gritó Elías, trazando runas en el aire con el cetro.

Una barrera de luz rodeó al grupo, bloqueando el primer ataque de las criaturas. Pero el emisario no se detuvo. Levantó ambas manos, y una ráfaga de energía oscura golpeó la barrera, haciéndola temblar.

“¡Esto no aguantará mucho tiempo!”, advirtió Elías, con el sudor cayendo por su frente.

Lía, sintiendo el anillo calentarse en su mano, dio un paso adelante. “Si unimos los artefactos, tal vez podamos detenerlo.”

“¡Eso podría matarnos!”, respondió Elías, luchando por mantener la barrera.

“Entonces, ¿qué opción tenemos?”, gritó Lía, mientras las sombras comenzaban a rodearlos.

Un desafío inesperado

El emisario, viendo la lucha interna del grupo, sonrió con malicia. “¿Ahora lo entienden? Los artefactos no están aquí para ayudarlos. Están aquí para consumirlos, como todo lo demás. Déjenlos, ríndanse, y prometo que sus muertes serán rápidas.”

“No confíes en sus palabras”, dijo Elías, levantando el cetro y lanzando una ráfaga de energía hacia el emisario. El ataque lo golpeó, pero apenas lo hizo retroceder.

“¿Eso es todo?”, preguntó el emisario, avanzando lentamente hacia ellos. “Qué decepcionante.”

De repente, el anillo en la mano de Lía comenzó a brillar intensamente, enviando una ráfaga de luz que atravesó las sombras del emisario. La criatura gritó de dolor, retrocediendo momentáneamente.

“¡El anillo está reaccionando al cetro!”, dijo Sara. “¡Úsenlos juntos!”

Elías y Lía intercambiaron una mirada rápida. Sabían que era arriesgado, pero no tenían otra opción.

El uso combinado de los artefactos

Elías levantó el cetro, mientras Lía sostenía el anillo. Las runas en ambos artefactos comenzaron a brillar al unísono, creando una conexión entre ellos. Una luz cegadora llenó el claro, desintegrando a las criaturas que rodeaban al emisario.

El emisario gritó, cubriéndose con sus sombras, pero la luz atravesó su defensa, hiriéndolo por primera vez.

“¡Está funcionando!”, gritó Iván, mirando cómo el emisario retrocedía.

Pero el esfuerzo cobró un precio. Elías cayó de rodillas, jadeando, mientras las runas del cetro se apagaban momentáneamente. Lía también se tambaleó, su cuerpo temblando mientras el anillo dejaba de brillar.

“No podemos seguir así”, dijo Elías, con la voz débil.

El emisario, aunque herido, levantó la cabeza y rió. “Puede que hayan ganado esta vez, pero los artefactos seguirán drenándolos. Al final, no serán capaces de enfrentarse a mí.”

Con un último rugido, el emisario desapareció en las sombras, dejando al grupo en el claro, exhaustos pero vivos.

Las dudas emergen

Mientras recuperaban el aliento, el grupo comenzó a reflexionar sobre lo sucedido.

“Si los artefactos están drenándonos, ¿cómo podremos llegar al tercero?”, preguntó Chelo, rompiendo el silencio.

“El emisario está mintiendo”, dijo Elías, aunque su voz no era tan firme como antes. “O al menos, no nos está diciendo toda la verdad. Necesitamos entender por qué los artefactos nos afectan así antes de que sea demasiado tarde.”

“¿Y si no lo logramos?”, preguntó Iván, con la mirada perdida.

“Lo haremos”, dijo Lía, aunque incluso ella comenzaba a dudar. “Tenemos que hacerlo.”

Capítulo 25: Los Secretos de los Artefactos

El grupo avanzaba en silencio por un terreno ahora árido y cubierto de una niebla espesa que parecía emanar directamente del portal. Cada paso era un recordatorio de su vulnerabilidad, y el peso de los artefactos, tanto físico como emocional, seguía

aumentando. Lía sentía el anillo arder en su mano, y Elías, aunque intentaba mostrarse fuerte, se tambaleaba ocasionalmente mientras cargaba el cetro.

Finalmente, después de horas de caminata, encontraron una estructura antigua parcialmente enterrada en la tierra: un altar de piedra negra cubierto de runas similares a las de los artefactos.

“Esto no es una coincidencia”, dijo Elías, examinando las marcas en la piedra. “Este lugar tiene la misma energía que los artefactos.”

“¿Qué significa eso?”, preguntó Diego, con el rostro tenso.

“Significa que aquí encontraremos respuestas”, respondió Elías, colocándose frente al altar.

El origen de los artefactos

Elías trazó runas en el aire con el cetro, y el altar comenzó a brillar con una luz tenue. Las marcas en la piedra se movieron, formando palabras que parecían fluir como agua. Una voz antigua y profunda resonó en sus mentes.

“Los artefactos... son fragmentos de equilibrio... creados para contener el abismo...”

“¿Fragmentos?”, preguntó Sara, tratando de procesar lo que escuchaba.

“La energía del abismo no puede ser destruida... solo contenida. Tres fragmentos... tres guardianes... tres sacrificios...”

“¿Sacrificios?”, murmuró Lía, con el corazón acelerado.

“Quienes portan los artefactos deben ser más que dignos. Su fuerza no es suficiente... su voluntad será probada... su esencia será drenada... para mantener el equilibrio.”

El grupo quedó en silencio, las palabras resonando en sus mentes.

“El emisario sabía esto”, dijo Chelo, rompiendo el silencio. “Sabía que estos artefactos nos están consumiendo.”

“Y lo está usando en nuestra contra”, añadió Iván, apretando los puños.

“El equilibrio siempre tiene un costo”, dijo Elías, bajando la mirada. “Pero eso no significa que debemos rendirnos. Estos artefactos no nos están matando. Nos están transformando en algo que puede enfrentar al emisario.”

“¿Y qué pasa si no sobrevivimos a esa transformación?”, preguntó Lía, con una mezcla de miedo y determinación en su voz.

“Entonces no habrá mundo que salvar”, respondió Elías, con una frialdad que heló a todos.

Un ataque inesperado

Antes de que pudieran continuar discutiendo, el altar comenzó a temblar, y de las sombras surgieron criaturas que parecían formadas por el mismo material que la piedra negra. Sus cuerpos eran alargados y espinosos, con ojos brillantes que destellaban un odio antinatural.

“¡No estamos solos!”, gritó Diego, levantando un trozo de madera como arma improvisada.

Las criaturas atacaron sin piedad, moviéndose como si fueran parte de la niebla misma. Una de ellas lanzó un zarpazo hacia Lía, quien logró esquivarlo por poco antes de contraatacar con la energía del anillo.

Elías levantó el cetro, creando una barrera de luz que protegió al grupo momentáneamente. “¡Estas cosas son guardianes del altar! Están aquí para proteger sus secretos.”

“¿Protegerlos de nosotros?”, preguntó Sara, lanzando una piedra hacia una de las criaturas, que ni siquiera se inmutó.

“De cualquiera”, respondió Elías, lanzando una ráfaga de energía que desintegró a una de las sombras. “Si queremos sobrevivir, debemos demostrar que somos dignos.”

El enfrentamiento interminable

Las criaturas parecían multiplicarse con cada ataque. Sus cuerpos oscuros se deslizaban por el suelo y las paredes del altar, rodeando al grupo en un torbellino de movimientos rápidos y erráticos.

Iván intentó golpear a una con una antorcha, pero esta simplemente absorbió la luz y se fortaleció. “¡Esto es imposible!”, gritó.

“¡No uses ataques físicos! Son inmunes a todo excepto a la energía de los artefactos”, gritó Elías, levantando el cetro y creando una ráfaga de luz que empujó a varias criaturas hacia atrás.

Lía, sintiendo que el anillo ardía en su mano, recitó un conjuro desde el libro. Una explosión de luz salió de su mano, desintegrando a varias criaturas al instante. Pero el esfuerzo la dejó de rodillas, jadeando.

“¡No puedo seguir así!”, gritó, con la voz temblorosa.

“¡Aguanta, Lía!”, dijo Chelo, lanzando una botella de agua bendita hacia las sombras, que las ralentizó momentáneamente.

Un desafío aterrador

De repente, las criaturas se detuvieron, y el aire se llenó de un zumbido ensordecedor. Una figura aún más grande emergió del altar: un ser colosal, con un cuerpo hecho de piedra negra y ojos que brillaban como soles púrpuras.

“Ese debe ser el verdadero guardián”, murmuró Sara, retrocediendo.

El guardián colosal levantó una mano, y del suelo surgieron pilares de energía oscura que atacaron al grupo desde todas las direcciones.

“¡Esto es demasiado!”, gritó Diego, esquivando por poco un ataque.

“El cetro y el anillo deben trabajar juntos”, dijo Elías, mirando a Lía. “Es la única forma de detenerlo.”

Lía asintió, aunque el miedo era evidente en su rostro. “Hagámoslo.”

El poder combinado

Elías levantó el cetro, mientras Lía concentraba toda la energía del anillo. Las runas de ambos artefactos comenzaron a brillar, y una luz cegadora llenó el altar.

“¡Ahora!”, gritó Elías, liberando una ráfaga de energía que se combinó con la de Lía.

La explosión resultante golpeó al guardián colosal, rompiendo su cuerpo en pedazos que se desvanecieron en el aire. Las criaturas menores chillaron y se desintegraron junto con él, dejando el altar en un silencio absoluto.

Las consecuencias

Elías y Lía cayeron al suelo, exhaustos pero vivos. El grupo corrió hacia ellos, ayudándolos a levantarse.

“¿Está... está hecho?”, preguntó Iván, mirando los restos del guardián.

“Por ahora”, respondió Elías, con la voz débil.

Lía miró el anillo en su mano, que ahora brillaba con una luz tenue. “Cada vez que los usamos, se siente como si nos estuvieran quitando algo... pero al mismo tiempo, siento que nos están preparando para algo más grande.”

“El portal”, dijo Elías, poniéndose de pie con dificultad. “Los artefactos no solo están conectados a él. Son la clave para sellarlo. Pero cada uso nos acerca más al abismo.”

Capítulo 26: La Verdadera Naturaleza de los Artefactos

El amanecer apenas era visible tras la neblina densa y oscura que envolvía el paisaje. El grupo, exhausto y silencioso, se había refugiado en una cueva en la base de la siguiente montaña. La batalla contra el guardián colosal había dejado su marca: Lía y Elías apenas podían mantenerse en pie, y los demás sentían el peso de la desesperación cada vez más.

“Esto no puede continuar así”, dijo Sara, rompiendo el silencio mientras observaba a Lía. “No podemos seguir perdiéndolos poco a poco.”

“El costo parece demasiado alto”, añadió Diego, apoyándose en la pared de la cueva. “Cada vez que usan esos artefactos, parece que están perdiendo algo más que energía.”

“Estoy bien”, murmuró Lía, aunque el temblor en su voz decía lo contrario.

“No, no lo estás”, replicó Chelo. “Y Elías tampoco. Estos artefactos nos están matando.”

“Si fuera así, ya estaríamos muertos”, interrumpió Elías, con voz débil pero firme. “Esto no es un simple drenaje. Hay algo más que está sucediendo, algo que aún no entendemos.”

Un descubrimiento en los sueños

Esa noche, mientras el grupo descansaba, Lía tuvo un sueño extraño. Se encontraba sola en un espacio oscuro, infinito, donde el anillo flotaba frente a ella, brillando con una luz tenue pero constante.

“¿Qué... qué es esto?”, preguntó, extendiendo la mano hacia el anillo.

Una voz suave pero poderosa resonó en el vacío. “Tú, portadora, has comenzado a comprender. El equilibrio requiere sacrificio.”

“¿Equilibrio? ¿Sacrificio? ¿Por qué me siento como si esto me estuviera matando?”, preguntó Lía, su voz llena de frustración y miedo.

“El anillo y el cetro no te destruyen. Purifican lo que hay dentro de ti. Extraen tu oscuridad, tus dudas, tu ira, y la convierten en una fuerza que puede resistir al abismo.”

“¿Purificar? ¿Entonces... lo que estoy sintiendo es mi propia negatividad?”

“Así es. Pero ten cuidado, portadora. El proceso no está completo. Si cedes a tu miedo o permites que el abismo entre en tu corazón, el poder de los artefactos se volverá en tu contra.”

Lía despertó con un sobresalto, sudando y con el corazón latiendo con fuerza. El anillo en su mano brillaba tenuemente, como si confirmara lo que había soñado.

Compartiendo la verdad

A la mañana siguiente, mientras el grupo se preparaba para moverse, Lía reunió a todos para contarles lo que había experimentado.

“Tuve un sueño... o tal vez una visión”, comenzó, mirando el anillo en su mano. “El anillo me habló. Me dijo que lo que estamos sintiendo no es debilidad. Es parte del proceso. Los artefactos están extrayendo nuestra oscuridad, purificando lo que hay dentro de nosotros para que podamos enfrentarnos al abismo sin ser corrompidos.”

El grupo la miró con escepticismo, pero Elías frunció el ceño, pensativo.

“Eso tiene sentido”, dijo finalmente. “El abismo se alimenta de emociones negativas: miedo, ira, desesperación. Si los artefactos están limpiándonos de esas emociones, podríamos enfrentarlo sin riesgo de sucumbir a su influencia.”

“¿Pero a qué costo?”, preguntó Sara, con preocupación en su voz. “¿Qué pasa si no sobrevivimos al proceso?”

“No lo sé”, admitió Lía. “Pero sé que si no continuamos, no habrá esperanza para nadie.”

Un nuevo enfrentamiento: Las sombras conscientes

Mientras el grupo avanzaba hacia el próximo tramo de su viaje, el paisaje comenzó a cambiar. La tierra se volvió más oscura, y los árboles muertos parecían retorcerse como si fueran conscientes de su presencia.

“Esto no se siente bien”, murmuró Diego, mirando las sombras que parecían moverse entre los árboles.

De repente, el aire se llenó de un zumbido bajo, y figuras comenzaron a emerger de la niebla. Eran sombras, pero estas eran diferentes a las que habían enfrentado antes. Sus formas eran humanas, pero sus rostros estaban distorsionados, y sus movimientos eran erráticos, como si estuvieran atrapadas entre dos mundos.

“¿Qué demonios son esas cosas?”, preguntó Iván, retrocediendo.

“Sombras conscientes”, dijo Elías, levantando el cetro. “Fragmentos de almas que el abismo ha atrapado y transformado. Son más inteligentes y más peligrosas.”

Las sombras avanzaron lentamente al principio, pero luego cargaron hacia el grupo con una velocidad aterradora.

Una lucha agotadora

Elías levantó el cetro, creando una barrera de luz para proteger al grupo, pero las sombras conscientes eran más fuertes que cualquier cosa que habían enfrentado antes. Golpeaban la barrera con tal fuerza que Elías comenzó a tambalearse.

“¡No puedo mantener esto por mucho tiempo!”, gritó.

Lía levantó el anillo, recitando un conjuro del libro. Una ráfaga de luz salió disparada, desintegrando a varias sombras, pero el esfuerzo la dejó jadeando.

“¡No podemos seguir así!”, gritó Sara, mientras golpeaba desesperadamente a una sombra que había logrado atravesar la barrera.

“¡Usa los artefactos juntos!”, gritó Diego.

Elías y Lía intercambiaron una mirada rápida antes de concentrar sus energías en un solo punto. Las runas del cetro y el anillo comenzaron a brillar al unísono, creando una explosión de luz que desintegró a todas las sombras al instante.

El grupo cayó al suelo, exhausto pero vivo.

Más secretos por descubrir

Mientras recuperaban el aliento, Lía miró el anillo en su mano. “Esto no es suficiente. Sabemos que los artefactos nos purifican, pero hay algo más que no estamos viendo.”

“El altar nos dijo que los artefactos son fragmentos del equilibrio”, dijo Elías. “Pero si eso es cierto, entonces alguien tuvo que haberlos creado. Alguien que entendiera el abismo lo suficiente como para enfrentarlo.”

“¿Y si esa misma persona sabía que necesitaríamos más que fuerza para vencerlo?”, preguntó Chelo.

“Eso significa que todavía hay secretos enterrados en los artefactos... y tal vez en el tercer fragmento encontremos las respuestas que necesitamos”, dijo Lía, con determinación.

Capítulo 27: El Guardián del Cetro

El bosque parecía interminable. A pesar de que el grupo avanzaba con determinación, la atmósfera densa y opresiva hacía que cada paso fuera un desafío. El aire estaba cargado de una energía pesada, como si el portal estuviera extendiendo su influencia a cada rincón del mundo.

“Este lugar es peor que el anterior”, murmuró Diego, observando las sombras que se deslizaban entre los árboles.

“Todo se siente más oscuro”, añadió Sara, con el libro abierto en sus manos, buscando algún conjuro que pudiera protegerlos.

Lía caminaba en silencio al frente, sosteniendo el anillo. Cada vez que miraba sus runas brillantes, sentía que había más secretos enterrados en su poder, secretos que aún no entendía completamente.

“¿Cuánto falta para llegar al tercer artefacto?”, preguntó Iván, rompiendo el silencio.

“No lo sé”, respondió Elías, apoyándose en el cetro. “Pero cuanto más avanzamos, más evidente se hace que estamos siendo vigilados.”

La aparición del guardián

De repente, el bosque quedó en completo silencio. No se escuchaba el viento ni el crujir de las hojas bajo sus pies. Una presencia invisible llenó el aire, y el grupo se detuvo instintivamente.

“¿Lo sienten?”, susurró Chelo.

Antes de que alguien pudiera responder, una figura translúcida apareció frente a ellos. Era alta y etérea, con una forma humanoide que parecía estar hecha de luz y energía

pura. Las runas del cetro en las manos de Elías comenzaron a brillar en respuesta a la presencia.

"El guardián del cetro", murmuró Elías, observando con cautela.

"¿Va a atacarnos?", preguntó Sara, retrocediendo.

La figura levantó una mano, como si quisiera tranquilizarlos. Su voz resonó en sus mentes, profunda y calmada. "No he venido a luchar, portadores. He venido a hablar."

El conocimiento de los artefactos

El guardián observó al grupo en silencio por un momento antes de continuar. "Vosotros, los portadores, habéis enfrentado desafíos que ni siquiera los antiguos consideraban posibles. Pero hay mucho que no entendéis sobre los artefactos que lleváis."

"Entonces explícalo", dijo Lía, adelantándose. "¿Qué son exactamente estos artefactos? ¿Por qué están drenándonos? ¿Y por qué otros guardianes nos están atacando?"

El guardián inclinó ligeramente la cabeza, como si considerara sus palabras. "Los artefactos son fragmentos del equilibrio, creados para contener la energía del abismo y mantenerlo sellado. Fueron forjados hace eones por un grupo de antiguos guardianes, seres que dedicaron sus vidas a proteger este mundo del caos absoluto."

"¿Los guardianes del equilibrio?", preguntó Elías, sorprendido.

"Así es", respondió la figura. "Los artefactos contienen el poder del abismo, pero también la luz que puede purificarlo. Son herramientas diseñadas para enfrentarse al emisario, un ser nacido de la corrupción misma, que busca abrir el portal y liberar a las entidades que se encuentran dentro."

"¿Por qué nos están drenando?", preguntó Lía, levantando el anillo. "¿Por qué siento que me estoy perdiendo a mí misma cada vez que lo uso?"

"El poder de los artefactos no está destinado a ser utilizado sin sacrificio. Al purificar vuestras emociones negativas, os preparan para enfrentar el abismo sin ser corrompidos. Pero este proceso es agotador, porque la lucha no es solo física, sino también espiritual."

La corrupción de los guardianes

"¿Y los otros guardianes? ¿Por qué nos atacan si los artefactos son nuestra única esperanza?", preguntó Diego.

El guardián bajó la mirada, como si estuviera avergonzado. “Los otros guardianes no siempre fueron vuestros enemigos. Ellos también fueron creados para proteger los artefactos y asegurarse de que solo aquellos dignos pudieran utilizarlos. Pero el emisario, con su astucia y poder, logró corromper sus corazones y mentes. Ahora son extensiones de su voluntad, y atacan sin cuestionar.”

“¿Cómo no caíste tú?”, preguntó Chelo.

“Yo soy un ser espiritual, una manifestación directa del equilibrio. No tengo cuerpo ni emociones que puedan ser manipuladas por el emisario. Pero mis hermanos, aquellos que alguna vez compartieron mi propósito, ahora están bajo su control. Y si no los detenéis, se convertirán en una barrera insuperable.”

Un aviso y un desafío

El guardián avanzó hacia Elías, extendiendo una mano hacia el cetro. “Tu conexión con este artefacto es fuerte, pero incompleta. Los artefactos no solo prueban a sus portadores; también los guían. Aún no habéis descubierto todo su potencial, porque los secretos más profundos están en el tercer artefacto.”

“¿Qué es el tercer artefacto?”, preguntó Lía.

“El núcleo del equilibrio. El corazón que une los otros dos fragmentos. Solo al reunirlos todos, comprenderéis la verdad completa.”

“¿Y qué pasa si fallamos?”, preguntó Iván, con la voz llena de temor.

“El emisario abrirá el portal completamente, y el abismo consumirá este mundo. Pero hay algo más que debéis saber.”

La figura se volvió hacia Lía y Elías. “Vuestros sacrificios no son en vano. Pero si continuáis dudando, los artefactos percibirán vuestra incertidumbre y se volverán en vuestra contra. No temáis al dolor. Es un reflejo de vuestra humanidad, y es lo que os hace fuertes.”

El guardián se desvanece

El guardián comenzó a desvanecerse lentamente, su luz disipándose en el aire.

“Portadores, recordad: el equilibrio no se alcanza sin lucha, y la verdad no se revela sin sacrificio. Seguid adelante, porque el tiempo se agota.”

“¡Espera!”, gritó Lía, pero la figura ya había desaparecido, dejando al grupo en silencio.

La reflexión del grupo

Elías miró el cetro en sus manos, sus runas brillando débilmente. “No solo estamos luchando contra el emisario. Estamos luchando contra nosotros mismos.”

“¿Crees que podemos hacerlo?”, preguntó Sara, con el miedo aún visible en su rostro.

“Tenemos que hacerlo”, respondió Lía, con el anillo brillando en su mano. “No importa lo que nos cueste. El guardián tenía razón. El dolor que sentimos es un reflejo de nuestra humanidad. Y mientras sigamos luchando, no podremos ser corrompidos.”

Capítulo 28: Lazos de Lucha

El grupo seguía avanzando por el bosque, pero el peso de los recientes descubrimientos y los artefactos hacía que cada paso se sintiera más pesado. Elías y Lía, aunque agotados, mantenían la cabeza alta, conscientes de que eran el núcleo de la resistencia contra el emisario. Sin embargo, el resto del grupo comenzaba a sentir una tensión creciente.

“¿Por qué solo ellos llevan los artefactos?”, preguntó Diego en voz baja, dirigiéndose a Sara mientras caminaban detrás de los demás.

“No lo sé”, respondió Sara, sin mirarlo. “Pero a veces siento que estamos aquí solo para seguirlos, como si no importáramos en la gran lucha.”

Diego suspiró. “Tiene que haber algo más para nosotros. No puedo seguir sintiéndome inútil mientras ellos cargan con todo.”

El regreso del guardián del anillo

Antes de que pudieran seguir hablando, el aire se tornó frío y denso, y un rugido familiar resonó en el bosque. El guardián del anillo había regresado, su cuerpo oscuro iluminado por un resplandor púrpura. Esta vez, parecía aún más grande y más letal, con extremidades que se movían como látigos y un aura que hacía que el suelo temblara.

“¡Está aquí otra vez!”, gritó Iván, retrocediendo mientras sacaba una antorcha improvisada.

“¡Formen un círculo!”, ordenó Elías, levantando el cetro mientras las runas comenzaban a brillar.

El guardián no esperó. Cargó directamente hacia Lía, como si pudiera sentir la energía del anillo en su mano. Su ataque fue rápido y brutal, rompiendo la barrera que Elías apenas había comenzado a formar.

“¡Es más fuerte que antes!”, gritó Chelo, lanzándose hacia Lía para sacarla del camino del ataque.

“¡No podemos enfrentarlo como antes!”, dijo Elías, esquivando por poco una de las extremidades del guardián.

Un vínculo inesperado

En medio del caos, algo cambió en el grupo. Iván corrió hacia Elías, colocando una mano sobre su hombro. “¡Dime qué hacer! No voy a quedarme aquí viendo cómo nos destruye.”

Elías lo miró sorprendido, pero asintió rápidamente. “Usa la antorcha para distraerlo. Necesito tiempo para cargar un ataque con el cetro.”

Iván asintió y comenzó a moverse alrededor del guardián, golpeando las sombras con la antorcha y atrayendo su atención.

Al mismo tiempo, Lía y Chelo trabajaban juntos. Chelo usó lo que quedaba de su cámara para lanzar destellos de luz hacia el guardián, mientras Lía recitaba un conjuro desde el libro, canalizando la energía del anillo para crear una barrera que protegiera a los demás.

“¿Listo, Lía?”, preguntó Chelo, manteniéndose a su lado mientras las sombras intentaban romper la barrera.

“Siempre”, respondió ella, con una sonrisa débil pero determinada.

Por otro lado, Diego y Sara, que hasta ese momento se habían sentido como espectadores, finalmente tomaron acción. Sara sacó una pequeña botella de agua bendita de su mochila y la lanzó hacia el guardián, mientras Diego usaba una piedra afilada para cortar las raíces que comenzaban a emerger del suelo.

“¡Esto es mejor que quedarnos mirando!”, gritó Diego, mientras Sara recitaba un conjuro para ralentizar al guardián.

“¿Quién hubiera pensado que seríamos útiles?”, respondió ella con una sonrisa.

El descubrimiento de su conexión

Mientras el grupo luchaba juntos, el guardián pareció vacilar por un momento, como si sus ataques fueran menos precisos. Fue entonces cuando Elías se dio cuenta de algo.

“¡Escuchen!”, gritó. “Todos estamos conectados a los artefactos. No solo Lía y yo. Todos ustedes están siendo drenados, incluso sin tocarlos directamente.”

“¿Qué significa eso?”, preguntó Sara, mientras esquivaba un ataque.

“Significa que todos están participando en el proceso de purificación, aunque no lo sepan. Su energía negativa también está siendo eliminada, y es por eso que todos hemos sentido este peso creciente.”

“¿Entonces no somos solo espectadores?”, dijo Diego, con un brillo renovado en sus ojos.

“No, nunca lo fueron”, respondió Elías. “Y ahora, necesitamos esa conexión más que nunca.”

El enfrentamiento final con el guardián

Con esta nueva comprensión, el grupo unió sus fuerzas. Iván continuó distraendo al guardián mientras Elías acumulaba energía en el cetro. Lía y Chelo protegían al grupo con barreras conjuntas, y Diego y Sara atacaban las extremidades del guardián con golpes precisos y rápidos.

“¡Ahora!”, gritó Elías, liberando una ráfaga de luz desde el cetro que impactó directamente en el guardián.

El anillo de Lía brilló intensamente, y una segunda explosión de energía golpeó al guardián desde otro ángulo. Las sombras comenzaron a desintegrarse, y el guardián emitió un rugido final antes de desaparecer por completo.

Reflexión tras la batalla

El grupo se reunió, jadeando pero triunfante.

“Eso fue... diferente”, dijo Chelo, mirando a Lía.

“No fue solo diferente”, respondió ella. “Fue porque estábamos juntos. Esto no es solo mi lucha o la de Elías. Es la de todos nosotros.”

“Y ahora sabemos que tenemos un propósito”, dijo Sara, sonriendo levemente a Diego.

“No somos solo espectadores. Somos parte de esta batalla.”

Elías asintió, aunque su rostro seguía sombrío. “Pero esto también significa que el emisario lo sabe. Si somos todos portadores en algún nivel, él atacará nuestras conexiones. Debemos estar preparados para protegernos mutuamente.”

“Lo estaremos”, dijo Iván con confianza, colocando una mano en el hombro de Elías.

Capítulo 29: La Batalla de los Guardianes

El grupo avanzaba por un sendero estrecho, rodeado por un bosque sombrío que parecía observarlos. Estaban exhaustos después del enfrentamiento con el guardián del anillo, pero la sensación de haberlo derrotado les daba un pequeño respiro.

“¿Realmente está muerto?”, preguntó Sara, caminando al lado de Diego.

“Lo vimos desaparecer”, respondió Diego, aunque su tono no era del todo convincente.

“Eso no significa que esté destruido”, dijo Elías, mirando el cetro en su mano. “Los guardianes son extensiones de los artefactos. No pueden ser eliminados tan fácilmente.”

De repente, una voz resonó en sus mentes, profunda y firme. **“Los guardianes no podemos ser destruidos... tengan cuidado.”**

El grupo se detuvo en seco, sus rostros llenos de inquietud.

“¿Eso fue...?”, comenzó Lía, mirando a Elías.

“El guardián del cetro”, respondió él. “Nos está advirtiendo.”

El regreso del guardián del anillo

El aire a su alrededor se volvió helado, y un rugido ensordecedor sacudió el bosque. Antes de que pudieran reaccionar, el guardián del anillo apareció entre los árboles. Su cuerpo, ahora más oscuro y retorcido, parecía estar envuelto en una energía que pulsaba con odio puro.

“¡No puede ser!”, gritó Iván, retrocediendo. “¡Lo destruimos!”

“No lo destruimos”, dijo Elías, levantando el cetro. “Solo lo debilitamos.”

El guardián rugió nuevamente y se lanzó hacia ellos con una velocidad aterradora. Su furia era evidente en cada movimiento, y sus ataques eran más precisos y letales que antes.

“¡Formen una barrera!”, gritó Lía, levantando el anillo mientras las runas brillaban.

Chelo se posicionó a su lado, lanzando destellos de luz con su cámara, pero el guardián rompió la barrera con un solo golpe, lanzando a ambos al suelo.

“¡Es más fuerte que antes!”, gritó Sara, tratando de recitar un conjuro desde el libro, pero una extremidad del guardián la golpeó, dejándola sin aliento.

Una lucha desesperada

El grupo intentó reorganizarse, pero el guardián no les dio tiempo. Sus ataques eran rápidos y despiadados, golpeando con precisión cada vez que alguien intentaba contraatacar.

Diego logró lanzar una piedra hacia el guardián, pero apenas lo distrajo. En respuesta, la criatura lo derribó con un golpe que lo dejó inmóvil en el suelo.

“¡No podemos detenerlo!”, gritó Iván, mientras trataba de proteger a Elías, que estaba cargando un ataque con el cetro.

“¡Tenemos que resistir!”, respondió Elías, pero su voz mostraba el cansancio acumulado.

El guardián levantó una de sus extremidades, concentrando toda su energía en un ataque final. La oscuridad alrededor de su cuerpo se intensificó, y el grupo se dio cuenta de que no tenían forma de detenerlo.

“¡Es el final!”, murmuró Lía, cerrando los ojos mientras se preparaba para el golpe.

La intervención del guardián del cetro

En ese momento, una luz brillante llenó el bosque, y el guardián del cetro apareció entre ellos. Su figura translúcida y etérea se interponía entre el grupo y el guardián del anillo.

“¡Basta, hermano!”, dijo la figura, su voz resonando con autoridad.

El guardián del anillo rugió, lanzándose hacia su hermano con toda su furia. El impacto fue como el choque de dos fuerzas primordiales, y el suelo bajo ellos se agrietó con la energía liberada.

La batalla de los guardianes

El guardián del cetro y el guardián del anillo comenzaron a luchar, sus movimientos eran rápidos y letales, cada golpe liberando ondas de energía que sacudían el bosque.

Elías se levantó con dificultad, observando la escena con asombro. “Están igualados... ninguno puede ganar fácilmente.”

“¿Cómo puede ser esto posible?”, preguntó Chelo, ayudando a Lía a levantarse.

“Porque ambos son manifestaciones del equilibrio”, respondió Elías. “Pero uno ha sido corrompido. Esta lucha es un reflejo de nuestra propia batalla contra el emisario.”

Un duelo sin fin

Los golpes entre los guardianes eran brutales. Cada ataque parecía estar al borde de destruir a uno de ellos, pero ambos resistían con una ferocidad inhumana. La energía oscura del guardián del anillo se enfrentaba a la luz pura del guardián del cetro, y el equilibrio del enfrentamiento era tan perfecto que parecía no tener fin.

“¡Esto no puede seguir así!”, gritó Sara. “¡Si siguen luchando, nos destruirán a todos!”

“¡Tenemos que hacer algo!”, añadió Diego, mirando cómo las ondas de energía se acercaban peligrosamente al grupo.

“El guardián del cetro nos está dando tiempo”, dijo Elías. “Debemos aprovecharlo para escapar y encontrar el tercer artefacto. Esa es la única manera de detener esto.”

“¿Y dejarlo luchar solo?”, preguntó Lía, mirando al guardián con una mezcla de culpa y desesperación.

“No tenemos opción”, respondió Elías. “Él sabe que esta lucha no se puede ganar sin el equilibrio completo. Eso es lo que nos está diciendo.”

La retirada

Con el corazón pesado, el grupo comenzó a retroceder, alejándose de la batalla que seguía sacudiendo el bosque. Cada paso era un recordatorio de su impotencia, pero también de la importancia de su misión.

“Volveremos por ti”, murmuró Lía, mirando al guardián del cetro antes de desaparecer entre los árboles.

El capítulo concluye con el grupo avanzando hacia el tercer artefacto, mientras los rugidos y los golpes de los guardianes resonaban en la distancia. La lucha parecía interminable, pero sabían que su único camino era hacia adelante.

Capítulo 30: El Destino del Tercer Artefacto

El grupo seguía avanzando por el bosque, dejando atrás el estruendo de la lucha entre los guardianes. Aunque sabían que el guardián del cetro estaba dándoles una oportunidad para escapar, la culpa y la incertidumbre pesaban sobre ellos.

“¿Crees que podrá resistir?”, preguntó Sara, rompiendo el silencio mientras miraba a Elías.

“No lo sé”, respondió Elías con franqueza. “Pero sé que no habría intervenido si no creyera que todavía podemos detener al emisario.”

“Entonces no podemos fallarle”, dijo Lía, apretando el anillo en su mano. “Debemos encontrar el tercer artefacto antes de que sea demasiado tarde.”

Una señal del destino

Mientras continuaban su marcha, el aire comenzó a cambiar. La neblina que había cubierto el bosque empezó a disiparse, y el sonido de un río lejano rompió el silencio opresivo. Una sensación de calma inusual llenó el ambiente, como si estuvieran entrando en un lugar diferente.

“¿Qué es esto?”, preguntó Chelo, mirando a su alrededor.

“El aire es... más puro”, añadió Iván. “No parece parte de la corrupción del portal.”

Elías levantó el cetro, y las runas comenzaron a brillar débilmente. “Estamos cerca de algo. Algo importante.”

En ese momento, una figura luminosa apareció ante ellos, similar al guardián del cetro, pero más pequeña y menos definida. Su voz resonó suavemente en sus mentes.

“Portadores, vuestra próxima prueba os espera. El tercer artefacto yace en el Valle del Silencio, donde el equilibrio nació y donde deberá ser restaurado.”

“¿El Valle del Silencio?”, preguntó Diego, con el ceño fruncido. “¿Qué es eso?”

“Un lugar protegido del abismo, pero también de la luz. Es neutral. Allí, el tercer artefacto descansa, esperando a quienes sean dignos de portarlo.”

La figura luminosa comenzó a desvanecerse, pero no sin antes dejarles un último mensaje. “El camino será difícil. El emisario no permitirá que completéis vuestra misión. Pero si falláis, no habrá esperanza para vuestro mundo.”

Preparativos y dudas

El grupo continuó hacia el norte, guiados por las instrucciones de la figura. Mientras caminaban, discutían lo que les esperaba.

“Este Valle del Silencio... suena como un lugar donde podríamos estar en desventaja”, dijo Iván, ajustando su mochila.

“El hecho de que sea neutral significa que ni el emisario ni nosotros tendremos ventaja allí”, explicó Elías. “Pero eso no significa que estará libre de peligro.”

“Me preocupa más lo que sucederá cuando tengamos los tres artefactos”, dijo Lía, mirando el anillo. “El proceso de purificación ya nos está afectando. ¿Qué pasará cuando el tercer artefacto se una a los otros dos?”

Elías guardó silencio por un momento antes de responder. “No lo sé. Pero debemos estar preparados para cualquier cosa. El emisario hará todo lo posible para detenernos.”

El encuentro con un mapa antiguo

Al llegar a un pequeño claro, el grupo encontró las ruinas de una antigua estructura, posiblemente un santuario dedicado a los guardianes del equilibrio. En el centro, sobre un pedestal de piedra desgastada, encontraron un mapa tallado que parecía señalar el camino al Valle del Silencio.

“Esto debe ser lo que necesitamos”, dijo Chelo, limpiando el polvo del mapa con cuidado.

El mapa mostraba un terreno montañoso, con un río serpenteante que conducía a un valle rodeado de picos altos y abruptos. En el centro del valle había un símbolo que les resultaba familiar: las runas de los artefactos.

“Ese es el lugar”, dijo Elías. “Pero parece que tendremos que cruzar varios obstáculos antes de llegar allí.”

“¿Qué tipo de obstáculos?”, preguntó Sara, preocupada.

“El terreno es difícil, y el emisario probablemente ya sabe hacia dónde vamos”, respondió Lía. “Esto no será fácil.”

El inicio del viaje al Valle del Silencio

El grupo comenzó a seguir el mapa, dirigiéndose hacia las montañas que rodeaban el valle. El primer obstáculo era un río ancho y turbulento que cortaba su camino.

“¿Cómo cruzamos esto?”, preguntó Diego, observando las aguas embravecidas.

Elías examinó el mapa y las runas grabadas en el pedestal. “El río está conectado al equilibrio. Si usamos los artefactos correctamente, podríamos crear un puente temporal.”

“¿Y si fallamos?”, preguntó Iván.

“Entonces nos arriesgamos a ser arrastrados por la corriente”, respondió Elías.

Lía y Elías trabajaron juntos, utilizando el anillo y el cetro para trazar runas en el aire. Poco a poco, un puente de luz comenzó a formarse sobre el río, pero era inestable y requería concentración constante para mantenerse.

“¡Rápido, crucen uno a la vez!”, ordenó Elías.

El inicio de una nueva amenaza

Mientras cruzaban el río, el aire se volvió más pesado, y un zumbido bajo comenzó a llenar el ambiente.

“¿Qué es eso?”, preguntó Sara, mirando hacia el bosque detrás de ellos.

“El emisario lo sabe”, dijo Elías, con el rostro tenso. “Está enviando algo tras nosotros.”

Cuando el último miembro del grupo cruzó el puente, este comenzó a desmoronarse, justo cuando figuras sombrías emergían del bosque. Las criaturas eran similares a las sombras conscientes que habían enfrentado antes, pero más grandes y feroces.

“¡No tenemos tiempo para enfrentarlas!”, gritó Diego.

“¡Sigan corriendo!”, dijo Lía, mientras el grupo comenzaba a moverse rápidamente por el camino hacia las montañas.

Una conexión más profunda

Mientras corrían, cada miembro del grupo comenzó a sentir algo diferente, una conexión más fuerte con los artefactos. Diego y Sara sentían un calor en sus cuerpos, como si la energía de los objetos estuviera fluyendo hacia ellos, mientras que Iván y Chelo experimentaban una claridad mental que nunca antes habían sentido.

“El proceso se está acelerando”, dijo Elías, jadeando mientras corría. “Los artefactos nos están preparando para el desafío final.”

“¿Estaremos listos?”, preguntó Lía, mirando el horizonte donde las montañas se alzaban como gigantes dormidos.

“No lo sé”, respondió Elías. “Pero ya no hay vuelta atrás.”

Capítulo 31: El Llamado en las Sombras

El bosque parecía interminable, y cada paso que daban los alejaba más de la claridad. El grupo corría con todas sus fuerzas, mientras el rugido de las sombras que los perseguían resonaba detrás de ellos. Pero lo que los aterrizzaba aún más era la extraña sensación de que el bosque mismo estaba vivo y combatiendo esas criaturas.

“¿Escuchan eso?”, preguntó Sara, jadeando mientras corría junto a Diego.

“Esas cosas... están gritando como si estuvieran siendo... destruidas”, dijo Chelo, mirando por encima del hombro.

“Sea lo que sea, no nos detengamos para averiguarlo”, gritó Lía, liderando la marcha mientras el anillo brillaba débilmente, guiándolos con una luz tenue.

Elías, que corría detrás del grupo, apretó el cetro en su mano. “Este bosque... no está bajo el control del emisario. Algo aquí está interfiriendo con sus fuerzas.”

“¿Eso es bueno o malo?”, preguntó Iván, esquivando una raíz que emergió repentinamente del suelo.

“No lo sé”, respondió Elías, mirando con desconfianza los árboles retorcidos.

El bosque los atrapa

De repente, los rugidos se desvanecieron, y el grupo se detuvo, jadeando y tratando de recuperar el aliento. La quietud que los rodeaba era más opresiva que el ruido anterior.

“¿Qué pasó?”, preguntó Chelo, mirando a su alrededor.

“Creo... creo que las sombras fueron eliminadas”, dijo Lía, aunque su tono mostraba más confusión que alivio.

“El bosque las detuvo”, dijo Elías, examinando los árboles a su alrededor. “Pero no lo hizo por nosotros. Este lugar tiene su propia voluntad.”

Mientras hablaban, la niebla comenzó a espesarse, y los árboles parecían moverse, cerrando el camino por el que habían llegado.

“¿Dónde está el sendero?”, preguntó Sara, con pánico en la voz.

“No hay sendero”, respondió Iván, mirando a su alrededor. “Estamos atrapados.”

El llamado de Diego

Mientras el grupo intentaba orientarse, Diego sintió algo extraño. Era un leve tirón en su pecho, una sensación cálida que parecía emanar desde lo más profundo del bosque.

“¿Lo sienten?”, preguntó de repente, mirando a los demás.

“¿Sentir qué?”, respondió Chelo, frunciendo el ceño.

“Algo... algo me está llamando. No sé cómo explicarlo, pero siento que sé hacia dónde debemos ir.”

“¿El llamado de los artefactos?”, preguntó Lía, observándolo con atención.

“No estoy seguro, pero se siente igual que cuando los artefactos reaccionan. Es como si algo o alguien nos estuviera guiando.”

“¿Y cómo sabemos que no es una trampa?”, preguntó Sara, con cautela.

“No lo sabemos”, intervino Elías. “Pero si Diego está conectado a esto de alguna manera, debemos confiar en él.”

Siguiendo el instinto

Diego lideró al grupo, siguiendo ese inexplicable llamado que lo guiaba entre la niebla y los árboles. Cada paso parecía alejar más el miedo de perderse, y aunque no entendía por qué, sabía que estaba yendo en la dirección correcta.

“¿Cómo sabes hacia dónde ir?”, preguntó Iván, caminando justo detrás de él.

“No lo sé, solo... lo siento”, respondió Diego, sin detenerse.

“Es como si los artefactos estuvieran interactuando contigo”, dijo Elías, observándolo cuidadosamente.

“¿Eso es posible?”, preguntó Lía, sintiendo una leve vibración en el anillo.

“Los artefactos están vinculados al equilibrio”, respondió Elías. “Tal vez Diego esté comenzando a encontrar su conexión con ellos.”

El corazón del bosque

Después de lo que pareció una eternidad, el grupo llegó a un claro en el bosque. En el centro había un árbol enorme, mucho más grande que cualquiera de los demás. Sus raíces se extendían como tentáculos, y su tronco estaba cubierto de runas similares a las de los artefactos.

“Esto... esto es lo que me llamaba”, dijo Diego, acercándose al árbol.

Elías examinó las runas, sus ojos llenos de asombro. “Este árbol es antiguo. Mucho más antiguo que los artefactos. Creo que es parte de su creación.”

“¿Parte de su creación?”, preguntó Sara, mirando el tronco con cautela.

“El equilibrio siempre ha existido, pero alguien usó este árbol como un canal para crear los artefactos. Es un punto de convergencia entre el abismo y la luz.”

Mientras hablaban, el tronco del árbol comenzó a brillar, y una voz resonó en sus mentes.

“El tercer artefacto os espera. Pero primero, debéis demostrar que sois dignos de recibirlo.”

El desafío del bosque

De las raíces del árbol surgieron sombras, pero estas eran diferentes a las del emisario. Eran luminosas, como si estuvieran hechas de luz y oscuridad a la vez, y rodearon al grupo rápidamente.

“¡Esto no es una trampa del emisario!”, gritó Elías, levantando el cetro. “Esto es parte de la prueba.”

Las sombras comenzaron a moverse, atacando al grupo con precisión. Cada golpe no solo dolía físicamente, sino que también dejaba una sensación de vacío en sus mentes, como si estuvieran enfrentando sus propios miedos y dudas.

“¡No podemos rendirnos!”, gritó Lía, lanzando una ráfaga de energía con el anillo.

Diego, sintiendo que el llamado del árbol lo fortalecía, levantó un trozo de madera y comenzó a luchar junto a Sara. Aunque no tenía el poder de los artefactos, sentía que su conexión con ellos lo hacía más fuerte.

“¡Estamos juntos en esto!”, gritó, bloqueando un ataque dirigido a Sara.

Chelo e Iván luchaban espalda con espalda, utilizando lo que tenían a mano para repeler a las sombras.

“¡Esto no se trata solo de los artefactos!”, gritó Chelo. “Se trata de nosotros como grupo. ¡Podemos hacerlo juntos!”

La superación del desafío

Mientras el grupo luchaba, las runas del árbol comenzaron a brillar intensamente, y las sombras se desvanecieron una por una. Finalmente, el claro quedó en silencio, y la luz del árbol envolvió al grupo.

“Habéis demostrado vuestra valía”, dijo la voz del árbol. “El tercer artefacto os espera en el Valle del Silencio. Seguid adelante, portadores. El equilibrio depende de vosotros.”

El grupo, agotado pero triunfante, observó cómo el árbol dejó de brillar, marcando el final de la prueba.

El próximo paso

Elías se acercó a Diego, colocando una mano en su hombro. “Hoy has demostrado que tienes un propósito en esta lucha. Todos lo tenemos.”

Diego asintió, con una determinación renovada. “No me detendré hasta que terminemos esto.”

Capítulo 32: Los Muros del Silencio

El viento soplaba con una fuerza helada mientras el grupo ascendía hacia las montañas que rodeaban el Valle del Silencio. Cada paso los acercaba a su objetivo, pero también a un ambiente cada vez más opresivo. La luz del anillo en la mano de Lía era apenas visible, y las runas del cetro en manos de Elías parecían apagarse intermitentemente, como si los artefactos mismos dudaran de su misión.

“Este lugar... se siente vacío, pero a la vez... demasiado vivo”, murmuró Sara, observando las sombras alargadas que parecían moverse a lo largo de las rocas.

“Es el Valle del Silencio”, dijo Elías, sin mirar atrás. “Un lugar donde la luz y la oscuridad se cancelan mutuamente. Aquí, el equilibrio es absoluto, y nuestra conexión con los artefactos será puesta a prueba.”

“¿Eso significa que los artefactos no funcionarán?”, preguntó Chelo, con el tono cargado de preocupación.

“No lo sabemos”, respondió Lía, aunque su expresión sugería que lo temía.

El descenso al valle

Al llegar al borde de un acantilado, el grupo finalmente pudo ver el Valle del Silencio. Era un paisaje desolado: un terreno llano rodeado de picos altos y oscuros, con una neblina espesa que cubría todo como una mortaja. En el centro del valle había una estructura gigantesca, un monolito negro que irradiaba una energía densa y casi palpable.

“Ese debe ser el lugar”, dijo Diego, señalando hacia el monolito.

“Parece que está a un millón de kilómetros”, murmuró Iván, frotándose las sienes.

“Y entre nosotros y ese lugar, probablemente haya obstáculos que no podemos imaginar”, dijo Elías, mirando el valle con una mezcla de fascinación y preocupación.

El primer obstáculo: El Camino de los Ecos

El grupo comenzó a descender hacia el valle, pero apenas habían avanzado unos pasos cuando un sonido extraño llenó el aire. Era como un murmullo, pero multiplicado por miles de voces, todas susurrando palabras ininteligibles.

“¿Qué es eso?”, preguntó Chelo, deteniéndose en seco.

“El Camino de los Ecos”, dijo Elías, con el rostro tenso. “Un fenómeno del Valle del Silencio. Estas voces... no solo nos confundirán. Nos mostrarán lo peor de nosotros mismos.”

Las voces comenzaron a intensificarse, y cada miembro del grupo sintió cómo algo dentro de ellos comenzaba a romperse.

“¡No puede ser...!”, murmuró Sara, cayendo de rodillas mientras las voces en su mente se transformaban en gritos de desesperación. Veía imágenes de su familia, consumida por las sombras del emisario, y escuchaba sus gritos pidiendo ayuda.

Diego intentó ayudarla, pero pronto quedó atrapado en su propia visión: una escena de abandono, en la que caminaba solo por un mundo desierto, incapaz de salvar a nadie.

Lía sintió cómo el anillo en su mano pesaba más que nunca, mientras las voces la acusaban de no ser digna, de que su debilidad llevaría a todos a la muerte.

“Elías... no puedo... no puedo moverme”, dijo, con lágrimas en los ojos.

“¡Luchen contra ello!”, gritó Elías, aunque él mismo estaba siendo atacado por las voces, que le recordaban todos sus fracasos y los sacrificios que no pudo evitar.

Fue Iván quien rompió el hechizo, levantando una antorcha improvisada y gritando con todas sus fuerzas. “¡Esto no es real! ¡No dejaré que nos venza!”

Su grito rompió el ambiente opresivo, y las voces comenzaron a desvanecerse lentamente. El grupo, aunque débil y tembloroso, logró avanzar un poco más.

El segundo obstáculo: Las Estatuas Vigías

Cuando llegaron al fondo del valle, el monolito negro parecía más cercano, pero ahora estaba rodeado de estatuas gigantes que formaban un círculo perfecto. Cada estatua representaba una figura humana, pero sus ojos estaban abiertos, brillando con una luz roja que atravesaba la niebla.

“Esas cosas no están ahí solo para decorar”, dijo Chelo, con un tono nervioso.

“No lo están”, confirmó Elías. “Las Estatuas Vigías. Se activan cuando perciben emociones extremas: miedo, ira, desesperación. Si detectan algo, atacarán.”

“Entonces, ¿cómo pasamos?”, preguntó Sara, mirando a las figuras con inquietud.

“Debemos mantenernos en calma”, dijo Lía, aunque su voz temblaba. “No dejar que sientan nada.”

El grupo comenzó a avanzar lentamente, conteniendo su respiración y concentrándose en mantenerse serenos. Pero la tensión era insoportable. Las estatuas parecían mirarlos directamente, y cada paso parecía durar una eternidad.

Diego tropezó con una piedra y dejó escapar un leve grito. Una de las estatuas giró su cabeza hacia él, y su luz roja se intensificó.

“¡Cuidado!”, gritó Iván, pero ya era demasiado tarde.

La estatua cobró vida, levantando un brazo que brillaba con energía oscura y lanzando un ataque directo hacia el grupo.

Una lucha imposible

Elías levantó el cetro, creando una barrera de luz que detuvo el ataque por un instante, pero más estatuas comenzaron a activarse, rodeándolos.

“¡No podemos luchar contra todas!”, gritó Sara, buscando refugio detrás de una roca.

“¡No tenemos otra opción!”, gritó Lía, levantando el anillo y lanzando una ráfaga de energía que desintegró a una de las estatuas.

Pero por cada estatua que destruían, otra se activaba. El grupo luchaba con todas sus fuerzas, pero la desesperación se hacía cada vez más palpable.

“¡Esto es una trampa! ¡No podemos ganar!”, gritó Chelo, mientras esquivaba un ataque.

“¡Debemos avanzar, no detenernos aquí!”, dijo Elías, señalando hacia el monolito.

El último tramo

El grupo, agotado y con las fuerzas al límite, logró abrirse paso entre las estatuas y correr hacia el monolito. Sus cuerpos estaban heridos, y sus mentes al borde del colapso, pero sabían que no podían detenerse.

Cuando finalmente llegaron a la base del monolito, se desplomaron al suelo, respirando con dificultad.

“¿Estamos... a salvo?”, preguntó Sara, con la voz apenas audible.

“No lo creo”, dijo Elías, mirando hacia la cima del monolito. “Pero estamos más cerca que nunca.”

Capítulo 33: El Corazón del Monolito

El grupo observaba el monolito negro que se alzaba ante ellos, imponente y silencioso. Su superficie parecía pulida como un espejo, pero cuando alguien intentaba mirarla directamente, su reflejo se distorsionaba, como si el monolito rechazara ser comprendido.

“El tercer artefacto está dentro”, dijo Elías, rompiendo el silencio, mientras apoyaba el cetro en el suelo para mantenerse en pie. “Pero no será tan simple como entrar y tomarlo. Este lugar fue diseñado para probarnos.”

“¿Como si las estatuas no fueran suficiente prueba?”, murmuró Iván, con el rostro todavía marcado por el cansancio.

“Esto será diferente”, dijo Lía, mirando el monolito. “Lo siento. Este lugar... está vivo.”

La entrada al monolito

De repente, las runas del anillo en la mano de Lía y del cetro en la mano de Elías comenzaron a brillar. El monolito reaccionó, abriéndose lentamente con un sonido

profundo y resonante. La entrada reveló un pasillo oscuro que parecía extenderse infinitamente.

“Es ahora o nunca”, dijo Chelo, ajustando su mochila y avanzando con cautela.

Uno por uno, el grupo entró en el monolito, y la puerta se cerró tras ellos, sumiéndolos en una oscuridad total.

“¿Qué es esto?”, preguntó Sara, encendiendo una pequeña linterna que apenas iluminaba el espacio.

“No lo sé”, respondió Elías, levantando el cetro, que comenzó a emitir una luz tenue. “Pero algo nos está observando.”

El pasillo de los reflejos

Mientras avanzaban, las paredes comenzaron a cambiar, transformándose en superficies reflectantes que mostraban no solo sus imágenes, sino también algo más.

“¿Por qué... me veo así?”, murmuró Diego, deteniéndose frente a una pared. Su reflejo lo mostraba con un rostro marcado por la culpa y el miedo.

“Este lugar muestra lo que llevamos dentro”, dijo Elías, observando su propio reflejo, que lo mostraba más viejo, cansado y cargado de un peso invisible.

“Es otra prueba”, dijo Lía, avanzando mientras evitaba mirar las paredes. “Nos está recordando nuestras debilidades, nuestras dudas.”

Sara miró su reflejo, que la mostraba sola y perdida, como si no tuviera un propósito en la misión. Diego se acercó a ella, colocando una mano en su hombro.

“Eso no eres tú”, dijo con firmeza. “No estás sola.”

Sara levantó la mirada hacia él, y aunque el reflejo seguía ahí, la calidez en las palabras de Diego la ayudó a seguir adelante.

El corazón del monolito

Finalmente, llegaron a una sala central iluminada por un resplandor dorado. En el centro flotaba el tercer artefacto: una esfera perfecta hecha de cristal oscuro, con runas que parecían cambiar constantemente. Su energía era abrumadora, y el grupo se detuvo al sentir su poder.

“El tercer artefacto”, dijo Elías, con un tono reverente. “El núcleo del equilibrio.”

“Es... hermoso”, murmuró Chelo, acercándose con cautela.

Sin embargo, cuando Elías intentó dar un paso adelante, una barrera invisible lo detuvo. Las runas del cetro parpadearon, como si el artefacto rechazara su acercamiento.

“¿Qué está pasando?”, preguntó Iván, mirando a Elías con preocupación.

“El artefacto no me acepta”, dijo Elías, retrocediendo con frustración.

“Tal vez necesita otro portador”, sugirió Lía, mirando a los demás.

Diego, el nuevo portador

La esfera comenzó a brillar intensamente, y una vibración resonó en la sala. Diego sintió un tirón en su pecho, similar al que había sentido en el bosque. Era como si el artefacto lo estuviera llamando.

“Es a ti”, dijo Sara, mirando a Diego con asombro. “El artefacto te quiere a ti.”

Diego, con el corazón latiendo rápidamente, dio un paso adelante. La barrera desapareció, permitiéndole acercarse al artefacto. Cuando extendió la mano, la esfera flotó hacia él, descansando suavemente en su palma.

“¿Por qué yo?”, murmuró, sintiendo la energía fluir a través de su cuerpo.

“El equilibrio elige a sus portadores no solo por su fuerza, sino por su corazón”, dijo Elías. “Has demostrado tu valía.”

La conexión con Sara

Cuando Diego tomó el artefacto, una energía brillante lo envolvió, pero también alcanzó a Sara, que estaba a su lado. Ambos sintieron una conexión inmediata, como si sus almas estuvieran entrelazadas por el poder del artefacto.

“¿Qué está pasando?”, preguntó Sara, con los ojos llenos de luz.

“El artefacto no solo te eligió a ti, Diego”, dijo Elías. “Sara es parte de este vínculo. Tal vez porque juntos representan algo más fuerte que lo que podrían ser por separado.”

Sara miró a Diego, con una mezcla de asombro y determinación. “No estás solo en esto. Estoy contigo.”

Lazos fortalecidos

Mientras la energía del artefacto se estabilizaba, Lía y Chelo también sintieron cómo su conexión se profundizaba. Chelo, que siempre había sido el apoyo silencioso, ahora se veía como un igual en la lucha de Lía, alguien en quien podía confiar plenamente.

“Siempre estaré aquí para ayudarte”, dijo Chelo, mientras colocaba una mano en el hombro de Lía.

“Y yo para ti”, respondió ella, con una sonrisa débil pero sincera.

Por otro lado, Iván se acercó a Elías, su relación también reforzada por las pruebas que habían enfrentado juntos.

“Lo que sea que venga después, lo enfrentaremos juntos”, dijo Iván.

Elías asintió, sintiendo una gratitud silenciosa por la fuerza de Iván. “No podríamos hacerlo sin ti.”

El próximo desafío

De repente, la sala comenzó a temblar, y la energía del artefacto se intensificó. Una voz profunda resonó en el aire.

“El último artefacto ha sido reclamado. Pero el emisario lo sabe. Está viniendo.”

El monolito comenzó a derrumbarse, y el grupo corrió hacia la salida mientras el eco de la voz los seguía.

“¡Tenemos que salir de aquí!”, gritó Lía, guiando al grupo mientras el monolito se desmoronaba a su alrededor.

Cuando finalmente salieron, vieron el cielo teñido de rojo y negro, y un rugido ensordecedor que llenó el aire.

“El emisario está cerca”, dijo Elías, mirando hacia el horizonte. “Esto es solo el comienzo.”

Capítulo 34: El Último Guardián

El grupo se encontraba fuera del monolito, observando cómo el cielo cambiaba a un rojo profundo, atravesado por destellos oscuros que se movían como grietas en una tela. El ambiente estaba cargado con una tensión que hacía que cada respiración se sintiera pesada.

“Esto no se parece a nada que hayamos enfrentado antes”, dijo Iván, mirando el horizonte. “El portal... se está abriendo más rápido.”

“El emisario sabe que tenemos los tres artefactos”, respondió Elías, sosteniendo el cetro con fuerza. “Hará todo lo que esté a su alcance para detenernos antes de que podamos usarlos.”

Diego miró la esfera en sus manos. El tercer artefacto era increíblemente poderoso, pero también sentía el peso de su responsabilidad. La energía que fluía a través de él era casi insoportable, y sin embargo, sabía que no podía soltarlo.

“¿Cómo los usamos juntos?”, preguntó Diego, rompiendo el silencio.

“El guardián del cetro nos dijo que debíamos encontrar el núcleo del portal”, respondió Lía, ajustando el anillo en su mano. “Pero no sabemos cómo acceder a él.”

“El emisario no nos dará tiempo para averiguarlo”, añadió Sara, mirando a Diego con preocupación. “Lo siento venir.”

La preparación para el enfrentamiento

El grupo decidió detenerse en una pequeña meseta para reorganizarse. Aunque sabían que el tiempo era limitado, también entendían que enfrentarse al emisario sin un plan sería un suicidio.

“Debemos entender cómo funcionan los artefactos juntos”, dijo Elías, trazando runas en el suelo con el cetro. “Cada uno de ellos representa un aspecto del equilibrio: luz, oscuridad y la unión entre ambos. Si podemos sincronizarlos, podríamos sellar el portal.” “¿Cómo sincronizamos algo tan poderoso?”, preguntó Chelo, mirando el anillo y la esfera con incertidumbre.

“El vínculo entre nosotros será la clave”, respondió Elías, mirando al grupo. “Los artefactos ya están conectados con nosotros, y nosotros con ellos. Pero si dejamos que nuestras dudas o miedos nos controlen, los artefactos no responderán.”

“Entonces más vale que los dejemos atrás”, dijo Iván, con determinación. “No podemos permitirnos fallar ahora.”

La llegada del guardián de la esfera

Antes de que pudieran continuar, un temblor sacudió el suelo, y el aire alrededor de ellos se volvió frío como el hielo. Una figura comenzó a emerger de las sombras proyectadas

por el monolito. Era el guardián de la esfera: una criatura alta y delgada, hecha de cristal negro y envuelta en un resplandor púrpura. Sus movimientos eran fluidos, casi elegantes, pero había una amenaza en cada uno de sus gestos.

“¿Otro guardián?”, murmuró Diego, apretando la esfera en sus manos.

“Este debe ser el guardián del tercer artefacto”, dijo Elías, levantando el cetro. “Y parece que no está aquí para felicitarnos.”

El guardián se detuvo frente al grupo, su figura brillante e imponente. Su voz resonó en sus mentes, como un eco distante.

“Portadores... habéis llegado lejos. Pero este artefacto no es para cualquiera. Debéis demostrar que sois dignos de usarlo en el nombre del equilibrio.”

“No tenemos tiempo para tus pruebas”, dijo Lía, avanzando con el anillo en alto. “El emisario está viniendo. Si no lo detenemos ahora, no habrá equilibrio que proteger.”

“Las reglas no pueden ser ignoradas”, respondió el guardián, levantando un brazo que brilló con energía oscura. “El equilibrio debe ser mantenido, incluso si eso significa destruir a quienes buscan perturbarlo.”

El enfrentamiento con el guardián

El guardián atacó sin previo aviso, lanzando una ráfaga de energía que hizo que el grupo se dispersara. Su velocidad y precisión eran abrumadoras, y cada movimiento parecía destinado a desequilibrarlos.

“¡Es más rápido que los otros!”, gritó Chelo, esquivando por poco un ataque.

“¡Porque este artefacto es el núcleo del equilibrio!”, respondió Elías, trazando runas en el aire para crear una barrera. “Es el más poderoso de los tres, y su guardián no permitirá que lo usemos fácilmente.”

Diego, todavía sosteniendo la esfera, sintió cómo el artefacto reaccionaba al ataque. Una ráfaga de energía lo rodeó, protegiéndolo del primer impacto. “¡Me está guiando!”, gritó, mientras intentaba devolver un ataque al guardián.

“¡Entonces úsalo!”, gritó Sara, lanzando una botella de agua bendita hacia la criatura, que apenas reaccionó.

El guardián cambió su atención hacia Sara, pero Diego se interpuso, levantando la esfera. Una onda de energía salió disparada, empujando al guardián hacia atrás.

El vínculo entre los portadores

Mientras la batalla continuaba, los vínculos entre los miembros del grupo se hicieron más evidentes. Diego y Sara luchaban juntos, moviéndose como si pudieran anticipar los movimientos del otro. Lía y Chelo trabajaban en equipo para desviar los ataques del guardián, mientras que Iván y Elías combinaban sus habilidades para lanzar contraataques.

“¡Estamos funcionando como un solo equipo!”, gritó Iván, golpeando al guardián con una antorcha mientras Elías lanzaba un rayo de energía con el cetro.

“¡Es porque estamos conectados a través de los artefactos!”, respondió Elías. “Nuestros lazos son lo que hacen que esto funcione.”

El guardián, aunque poderoso, comenzó a retroceder, como si la unión del grupo lo debilitara.

Una decisión crucial

Diego levantó la esfera, que ahora brillaba intensamente, y sintió que el artefacto le mostraba algo. Una visión del portal, del emisario y de lo que debía hacer.

“¡La esfera quiere que la usemos para estabilizar los otros artefactos!”, gritó. “¡Si sincronizamos su energía, podremos enfrentarnos al emisario!”

“¿Pero cómo hacemos eso?”, preguntó Sara, cubriéndose de un ataque.

“Confianza en nosotros mismos”, respondió Diego, con una calma renovada. “Y en el vínculo que hemos creado.”

Elías asintió. “Entonces hagámoslo. Ahora.”

Diego, Lía y Elías levantaron los artefactos al mismo tiempo, y una luz cegadora llenó el lugar. El guardián, atrapado en la energía, se detuvo. Por primera vez, su voz resonó sin agresión. “Habéis demostrado vuestra valía. El equilibrio está en vuestras manos. Usadlo con sabiduría... o todo estará perdido.”

El guardián se desvaneció, dejando al grupo exhausto pero triunfante.

Mientras recuperaban el aliento, Diego miró a los demás. “Estamos listos.”

“El emisario no nos dará tiempo para descansar”, dijo Elías, mirando hacia el horizonte, donde el portal se expandía más rápido que nunca.

“Entonces vamos a enfrentarlo”, dijo Lía, con el anillo brillando en su mano.

El grupo avanzaba hacia el portal, cada paso lleno de tensión mientras la atmósfera se volvía más pesada. El cielo estaba marcado por destellos oscuros que cruzaban como grietas en la realidad misma, y el aire estaba cargado de una energía que parecía drenar sus fuerzas.

“El portal está creciendo demasiado rápido”, dijo Lía, con el anillo brillando débilmente en su mano.

“Si no lo detenemos pronto, todo esto será irreversible”, respondió Elías, apretando el cetro.

A medida que se acercaban al portal, un rugido ensordecedor rompió el silencio. Desde las sombras que rodeaban el vórtice, apareció el guardián del anillo, su cuerpo retorcido y oscuro irradiando una energía púrpura que se sincronizaba con el portal.

“Está aquí otra vez”, dijo Iván, retrocediendo instintivamente.

El guardián del anillo no se detuvo, avanzando hacia el grupo con pasos pesados y firmes. Pero antes de que pudiera acercarse, una luz brillante apareció entre ellos. Era el guardián del cetro, cuya figura etérea y luminosa parecía oponerse directamente a la oscuridad de su hermano.

“¡Basta, hermano!”, dijo el guardián del cetro, con su voz resonando como un trueno. “Esto no es tu propósito. Libérate del control del emisario.”

El guardián del anillo rugió, su cuerpo vibrando con una energía aún más intensa. Sin mediar palabra, lanzó un ataque directo hacia el guardián del cetro, iniciando una lucha entre los dos.

El guardián del cetro y el guardián del anillo chocaron con una fuerza que sacudió la tierra. Sus movimientos eran rápidos y brutales, y cada golpe liberaba ondas de energía que hacían que el grupo tuviera que retroceder.

“No nos está atacando a nosotros”, dijo Chelo, observando la escena con asombro. “Se están enfrentando entre ellos.”

“El guardián del cetro está tratando de liberarlo del control del emisario”, explicó Elías, levantando el cetro para proteger al grupo de los ataques indirectos. “Pero la corrupción es demasiado fuerte.”

El guardián del anillo, con sus extremidades oscuras y retorcidas, atacaba sin piedad, lanzando ráfagas de energía púrpura que obligaban al guardián del cetro a defenderse constantemente. Sin embargo, la luz pura del guardián del cetro también era implacable, lanzando contrataques que hacían que el guardián del anillo retrocediera momentáneamente.

“Es como si estuvieran igualados”, dijo Sara, con la voz temblorosa.

“No lo estarán por mucho tiempo”, respondió Lía, observando cómo los ataques del guardián del anillo comenzaban a volverse más rápidos y destructivos.

Cuando parecía que el guardián del anillo estaba ganando ventaja, un tercer rugido resonó en el aire. Desde las sombras emergió el guardián de la esfera, su figura alta y delgada brillando con una luz púrpura y azul que parecía canalizar tanto la luz como la oscuridad.

“¡El guardián de la esfera!”, exclamó Diego, sintiendo cómo la esfera en sus manos comenzaba a vibrar.

El guardián de la esfera se movió rápidamente hacia el conflicto, interponiéndose entre los dos hermanos. Su voz, serena pero poderosa, resonó en las mentes de todos.

“Deteneos, hermanos. Esta lucha no es nuestro propósito.”

El guardián del anillo rugió, lanzando un ataque hacia el recién llegado, pero el guardián de la esfera absorbió el impacto con facilidad.

“El equilibrio no puede ser destruido por nuestra división”, continuó el guardián de la esfera. “Debemos recordar nuestro propósito: proteger, no destruir.”

Aunque el guardián del cetro se detuvo, tratando de razonar con sus hermanos, el guardián del anillo no cedió. La corrupción del emisario seguía controlándolo, y sus ataques se intensificaron, ahora dirigidos tanto al guardián del cetro como al de la esfera.

El guardián de la esfera, sin embargo, comenzó a contrarrestar los ataques con precisión. Cada movimiento parecía diseñado no para destruir, sino para contener la furia del guardián del anillo.

“El emisario ha convertido a uno de ellos en su arma”, dijo Elías, observando cómo el guardián de la esfera luchaba por mantener el equilibrio entre las dos fuerzas.

“¿Qué podemos hacer?”, preguntó Sara, mirando a Diego.

“La esfera... me está mostrando algo”, dijo Diego, levantando el tercer artefacto. “Puedo usarla para ayudar al guardián de la esfera a romper el control del emisario.”

El grupo se posicionó, formando un círculo alrededor de los tres guardianes. Lía levantó el anillo, Elías el cetro y Diego la esfera, sincronizando sus energías.

“Debemos confiar en nuestra conexión”, dijo Elías. “Los artefactos fueron creados para restaurar el equilibrio. Podemos usarlos para ayudar al guardián del cetro y al de la esfera.”

Las runas de los artefactos comenzaron a brillar intensamente, y una luz combinada envolvió a los guardianes. El guardián del anillo rugió, resistiendo el poder de los artefactos, pero poco a poco, la corrupción que lo controlaba comenzó a disiparse.

El guardián del cetro y el de la esfera aprovecharon el momento, rodeando al guardián del anillo con su energía combinada. Finalmente, la corrupción se rompió, y el guardián del anillo cayó de rodillas, su figura retorcida volviendo a su forma original.

Los tres guardianes se levantaron, ahora libres de la influencia del emisario. Sus voces resonaron en las mentes del grupo.

“Habéis demostrado vuestro valor, portadores. El equilibrio está en vuestras manos ahora.”

“El emisario está en el núcleo del portal, esperando el momento para destruirlo todo”, dijo el guardián de la esfera. “Nuestra batalla con él será la última, pero no podremos hacerlo sin vosotros.”

El portal se alzaba ante el grupo, un vórtice de energía oscura que giraba lentamente, como si estuviera esperando su llegada. A su alrededor, el aire vibraba con una energía palpable que hacía que cada paso se sintiera como un esfuerzo titánico.

“El núcleo está justo delante de nosotros”, dijo Elías, sosteniendo el cetro con ambas manos. “El emisario nos estará esperando.”

“No importa lo que pase, tenemos que sellar este portal”, dijo Lía, con el anillo brillando tenuemente en su mano.

Diego miró la esfera, que emitía un pulso constante, sincronizado con los latidos de su corazón. “Los tres artefactos están listos. Solo necesitamos acercarnos lo suficiente.”

“Eso es si sobrevivimos”, murmuró Iván, apretando los puños.

Cuando el grupo cruzó el umbral del portal, la realidad pareció desmoronarse a su alrededor. La tierra desapareció bajo sus pies, y se encontraron en un espacio infinito, oscuro, con destellos púrpuras que se movían como corrientes eléctricas en la distancia.

“Esto no es un lugar... es el abismo mismo”, susurró Sara, su voz temblorosa.

Un rugido profundo resonó en el vacío, y de la oscuridad emergió el emisario. Su forma era imponente: una figura humanoide cubierta de sombras vivas que se retorcían constantemente. Sus ojos brillaban con una luz roja ardiente, y en sus manos llevaba una lanza formada de pura energía oscura.

“Portadores”, dijo el emisario, su voz reverberando en sus mentes. “Habéis llegado lejos, pero aquí termina vuestra resistencia. El equilibrio no puede detenerme. El abismo siempre encontrará una forma de reclamar este mundo.”

“No lo permitiremos”, gritó Lía, levantando el anillo.

“¿No lo permitiréis?”, dijo el emisario con una risa gutural. “Habéis sufrido, habéis sacrificado, y todo por nada. No sois más que mortales jugando con fuerzas que no comprendéis.”

Sin más palabras, el emisario lanzó un ataque directo hacia el grupo, una ráfaga de energía oscura que se movía como una ola devoradora.

Elías reaccionó rápidamente, levantando el cetro y creando una barrera que apenas logró contener el impacto. “¡Formen un círculo! ¡No podemos dejar que nos divida!”

El grupo se movió en formación, con Lía y Elías usando sus artefactos para crear barreras y contrarrestar los ataques iniciales del emisario. Sin embargo, la fuerza de la criatura era abrumadora. Cada golpe que lanzaba parecía desgarrar la barrera con facilidad.

“¡Es demasiado fuerte!”, gritó Chelo, mientras una ráfaga de energía lo arrojaba contra el suelo.

“¡No podemos rendirnos!”, respondió Diego, levantando la esfera y lanzando una onda de energía que empujó al emisario hacia atrás momentáneamente.

El emisario rió, su voz resonando como un trueno. “¿Esto es todo lo que tenéis? No sois más que insectos tratando de detener una tormenta.”

El emisario comenzó a dividirse en múltiples sombras, cada una atacando al grupo desde diferentes direcciones. Iván y Sara luchaban espalda con espalda, intentando defenderse con antorchas y conjuros improvisados.

“¡No podemos mantener esto por mucho tiempo!”, gritó Sara, lanzando una botella de agua bendita que apenas logró ralentizar a una de las sombras.

Lía, mientras tanto, concentraba toda la energía del anillo en un solo ataque, creando una ráfaga de luz que desintegró varias de las sombras, pero el esfuerzo la dejó jadeando.

“¡Esto no está funcionando!”, gritó Chelo, ayudando a Diego a levantarse tras un golpe directo.

“El emisario no es solo fuerza... es el abismo mismo”, dijo Elías, trazando runas en el aire para intentar contener las sombras. “Debemos encontrar una forma de romper su conexión con el portal.”

Diego, sintiendo el peso de la esfera, tuvo una idea. "El emisario está vinculado al portal. Si podemos canalizar la energía de los artefactos directamente hacia él, podríamos debilitarlo."

"¿Y cómo lo hacemos?", preguntó Lía, con el anillo brillando intensamente.

"Juntos", respondió Diego, mirando a cada uno de ellos. "Todos nosotros debemos sincronizar los artefactos al mismo tiempo."

El grupo se posicionó alrededor del emisario, formando un círculo mientras se enfrentaban a sus ataques. Diego levantó la esfera, Lía el anillo y Elías el cetro. Las runas comenzaron a brillar en armonía, creando una conexión entre ellos.

"¡Ahora!", gritó Diego, liberando la energía de la esfera mientras los otros artefactos hacían lo mismo.

La luz combinada impactó directamente al emisario, que rugió de dolor mientras su forma comenzaba a desintegrarse.

"¡Está funcionando!", gritó Iván, viendo cómo las sombras del emisario comenzaban a disiparse.

Sin embargo, justo cuando parecía que habían ganado, el emisario reunió toda su energía restante en un último ataque. Su forma se expandió, y una ola de energía oscura golpeó al grupo, separándolos y dejando a cada uno vulnerable.

"No... no puedo moverme", murmuró Sara, tratando de levantarse mientras las sombras se acercaban a ella.

Diego, herido pero determinado, levantó la esfera una vez más. "¡No dejaré que gane!"

El emisario se volvió hacia él, concentrando toda su furia en un ataque final.

"¡Diego, no!", gritó Sara, extendiendo la mano hacia él.

Antes de que el emisario pudiera golpear a Diego, el resto del grupo se levantó, usando las últimas fuerzas que les quedaban para distraer al emisario. Lía lanzó una ráfaga de luz con el anillo, mientras Elías y Chelo atacaban desde los flancos.

"¡Es ahora o nunca, Diego!", gritó Elías.

Diego canalizó toda la energía de la esfera, lanzando un rayo de luz pura que atravesó al emisario. La criatura gritó con una furia indescriptible antes de desintegrarse, dejando solo un silencio abrumador.

El grupo, exhausto y herido, se reunió en el centro del portal. Aunque el emisario había sido derrotado, sabían que la batalla no había terminado.

“El portal sigue abierto”, dijo Lía, mirando el vórtice que aún giraba. “Debemos sellarlo.”

El grupo se encontraba al borde del portal, con los artefactos brillando tenuemente en sus manos. Aunque habían derrotado al emisario, la sensación de triunfo era efímera. El portal seguía girando, su energía oscura creciendo en intensidad, como si algo dentro de él estuviera acumulando fuerza.

“Debemos sincronizar los artefactos y cerrar esto ahora mismo”, dijo Elías, levantando el cetro. “El portal no se detendrá por sí solo.”

Diego asintió, sosteniendo la esfera con ambas manos. “Estamos listos. Hagámoslo antes de que sea demasiado tarde.”

Lía se colocó junto a ellos, el anillo en su mano brillando más que nunca. “Si fallamos esta vez, no tendremos otra oportunidad.”

Antes de que pudieran comenzar, un sonido ensordecedor salió del portal, seguido por una explosión de energía que los arrojó al suelo. Las ondas de choque hicieron que el terreno temblara, y fragmentos de roca se elevaron por el aire, como si la misma realidad estuviera desmoronándose.

El grupo intentó levantarse, sus cuerpos doloridos por el impacto. Cuando lograron ponerse de pie, la escena ante ellos les heló la sangre.

Del portal emergió nuevamente el emisario, pero esta vez su forma era mucho más aterradora. Había crecido, su figura humanoide ahora estaba cubierta de llamas oscuras que se movían como una tormenta viviente. Su lanza, ahora alargada y envuelta en sombras, emitía un brillo rojo que parecía consumir la luz a su alrededor.

“¿Cómo es posible...?”, murmuró Sara, retrocediendo instintivamente.

“Esto no es el mismo emisario”, dijo Elías, con el rostro pálido. “Es más fuerte... está usando el poder completo del portal.”

“Portadores”, dijo el emisario, su voz más profunda y resonante que antes. “Habéis desafiado al abismo por última vez. Ahora, conoceréis el verdadero significado de la desesperación.”

Sin darles tiempo para reaccionar, el emisario atacó con una velocidad devastadora. Lanzó una ola de energía oscura que golpeó al grupo de lleno, separándolos una vez más.

Lía rodó por el suelo, levantándose con dificultad mientras el anillo brillaba con una luz intermitente. “¡No podemos dejar que nos derrote ahora! ¡Tenemos que levantarnos!”

Diego, sosteniendo la esfera, intentó contraatacar, lanzando un rayo de energía que golpeó al emisario directamente. Pero la criatura apenas se inmutó, y respondió lanzando una lanza de sombras que Diego apenas pudo esquivar.

“¡Es mucho más fuerte que antes!”, gritó Iván, tratando de atraer la atención del emisario para proteger a Elías, que estaba intentando cargar un ataque con el cetro.

El emisario respondió con una brutalidad que nunca habían enfrentado. Cada golpe hacía temblar el terreno, y su energía parecía absorber cualquier ataque que intentaran contra él.

Chelo fue el primero en caer, arrojado contra una roca por una de las ráfagas de energía del emisario. Sara intentó protegerlo con un conjuro, pero el emisario la alcanzó con un golpe que la dejó sin aliento.

Diego y Lía intentaron combinar sus artefactos para crear un ataque sincronizado, pero la fuerza del emisario interrumpió su conexión, desestabilizando la esfera y el anillo.

“¡No podemos contra él así!”, gritó Diego, jadeando mientras intentaba levantarse.

El emisario los rodeó, su figura oscura creciendo mientras levantaba la lanza. “Vuestro intento de resistencia es patético. Ahora pereceréis, y este mundo será mío.”

Justo cuando el emisario estaba por lanzar un golpe final, una luz brillante atravesó la oscuridad. El guardián del cetro apareció, su figura luminosa interponiéndose entre el emisario y el grupo.

“Basta, emisario”, dijo el guardián, su voz resonando con autoridad. “No permitiré que destruyas el equilibrio.”

El emisario rugió, lanzándose hacia el guardián del cetro con una furia desenfrenada. Pero antes de que pudiera alcanzarlo, una figura oscura emergió de las sombras: el guardián del anillo, ahora liberado de la corrupción. Su cuerpo retorcido pero poderoso bloqueó al emisario con un golpe directo, creando una explosión de energía que sacudió el portal.

“Los guardianes... están aquí”, murmuró Lía, observando la escena con asombro.

La lucha entre los tres comenzó, y cada movimiento hacía que el aire vibrara con una intensidad casi insoportable. Las fuerzas de la luz y la oscuridad chocaron con una violencia que parecía no tener fin.

Cuando el emisario parecía estar ganando ventaja, el guardián de la esfera apareció. Su figura alta y serena se unió al conflicto, lanzando ondas de energía que estabilizaban las fuerzas del cetro y el anillo.

“Debemos trabajar juntos”, dijo el guardián de la esfera, su voz dirigida tanto a sus hermanos como al grupo.

Los tres guardianes comenzaron a coordinarse, atacando al emisario desde diferentes direcciones. Aunque el emisario seguía siendo abrumadoramente poderoso, la unión de los guardianes comenzaba a equilibrar la lucha.

La batalla parecía eterna. Cada golpe de los guardianes era respondido por el emisario con una fuerza igual o mayor. Las luces y las sombras danzaban en el aire, creando un espectáculo aterrador que hacía temblar incluso a los miembros del grupo.

“El portal está reaccionando a la lucha”, dijo Elías, observando cómo el vórtice comenzaba a cambiar de forma. “Si esto continúa, el equilibrio podría romperse antes de que podamos sellarlo.”

“¡Entonces tenemos que hacer algo!”, gritó Diego, levantándose con dificultad.

“Pero si intervenimos, podríamos desestabilizar a los guardianes”, respondió Lía, con el rostro lleno de preocupación.

“Y si no hacemos nada, todos moriremos aquí”, dijo Iván, con determinación.

“Esta no es solo su lucha”, dice Elías, levantando el cetro. “Es la nuestra también.”

Capítulo 38: El Amanecer de las Armas Divinas

El enfrentamiento entre los guardianes y el emisario alcanzaba un nivel inimaginable. Cada golpe era un cataclismo, cada choque de fuerzas hacía que la tierra temblara y el aire vibrara con energía pura. El grupo observaba desde las sombras, heridos y agotados, pero conscientes de que no podían quedarse al margen por mucho más tiempo.

“Si no intervenimos ahora, esta pelea destruirá todo antes de que el portal sea sellado”, dijo Elías, su voz cargada de determinación mientras apretaba el cetro.

“¿Cómo podemos siquiera igualar esto?”, preguntó Sara, mirando el combate con miedo.

“No tenemos opción”, respondió Diego, sosteniendo la esfera. “Estamos aquí para esto. Los artefactos nos eligieron por una razón.”

El grupo comenzó a avanzar lentamente, con Lía al frente. El anillo en su mano brillaba intensamente, como si respondiera al peligro inminente.

Antes de que pudieran intervenir, un rugido aterrador resonó desde el centro del portal. Una luz oscura y ardiente brotó del vórtice, y en un instante, el combate entre los guardianes y el emisario se detuvo.

“¿Qué está pasando ahora?”, murmuró Chelo, con los ojos llenos de terror.

El portal comenzó a cambiar, su giro acelerándose mientras un agujero negro se abría en su centro. De este agujero emergió una figura colosal, un demonio mucho más grande y aterrador que el emisario. Su cuerpo estaba cubierto de escamas negras como la obsidiana, y sus ojos brillaban con un fuego dorado que parecía consumir todo a su alrededor. Sus alas, desgarradas pero imponentes, se extendieron mientras emitía un rugido que hizo eco en todo el abismo.

“Eso no puede ser real...”, dijo Iván, retrocediendo.

“Es más que real”, respondió Elías, con el rostro pálido. “Es una entidad del abismo puro. Este es el verdadero enemigo.”

El emisario, que hasta entonces había sido la fuerza más poderosa en el campo, retrocedió ante la presencia del demonio. Su voz, que antes era resonante y desafiante, ahora era temblorosa. “Señor del Vacío... yo... yo cumplo tu voluntad.”

El demonio no respondió con palabras. Con un solo movimiento de su mano, desató una ola de energía que hizo que incluso el emisario cayera al suelo.

En ese instante, los tres artefactos comenzaron a brillar con una intensidad nunca antes vista. La esfera, el anillo y el cetro emitieron una luz cegadora que envolvió a todo el grupo, deteniendo al demonio y al emisario por un momento.

“¿Qué está pasando?”, gritó Diego, tratando de sostener la esfera mientras sentía cómo la energía del artefacto lo atravesaba.

“Los artefactos... están cambiando”, dijo Lía, su voz apenas audible mientras el anillo parecía fusionarse con su mano.

El guardián del cetro, que aún se mantenía de pie frente al demonio, se giró hacia el grupo. Su voz resonó con una mezcla de urgencia y esperanza. “El equilibrio reconoce vuestra determinación. Los artefactos se transformarán... su forma final está en vuestras manos.”

Las runas de los artefactos comenzaron a girar y moverse, fusionándose entre sí mientras la luz se intensificaba. El grupo fue elevado del suelo, sus cuerpos envueltos en una energía divina que parecía trascender el espacio y el tiempo.

Cuando la luz finalmente se disipó, los artefactos ya no eran lo que habían sido. En las manos del grupo ahora había seis armas legendarias, cada una irradiando un poder que era casi imposible de comprender.

Elías sostenía un báculo largo y brillante, cuyas runas flotaban alrededor de él, emanando una energía estabilizadora que equilibraba la luz y la oscuridad.

Lía portaba una espada que parecía estar hecha de cristal puro, con un filo tan perfecto que reflejaba el abismo mismo.

Diego empuñaba un escudo macizo que vibraba con una energía protectora, un baluarte contra cualquier ataque.

Sara tenía un arco cuyos proyectiles eran rayos de luz pura, capaces de atravesar cualquier oscuridad.

Chelo sostenía un martillo pesado que irradiaba una fuerza destructiva, diseñado para romper cualquier barrera.

Iván tenía dos dagas que brillaban con un resplandor azul, rápidas y letales, capaces de cortar incluso el aire mismo.

El grupo se miró, cada uno sintiendo la conexión inquebrantable entre ellos y las armas que ahora sostenían.

El demonio del abismo los observó, con un interés que parecía mezcla de burla y curiosidad.

“Así que los artefactos han revelado su verdadera forma”, dijo con una voz que resonaba como un terremoto. “¿Creéis que esas armas pueden detenerme? Yo soy el abismo. Soy el fin de todo.”

El emisario, todavía debilitado, miró al demonio y luego al grupo, como si estuviera decidiendo si unirse a la batalla o escapar.

“El destino nos trajo aquí”, dijo Elías, levantando su báculo mientras el brillo de las armas iluminaba el campo de batalla. “No sabemos si ganaremos, pero no retrocederemos.”

El grupo se posicionó, con las armas listas, mientras el demonio rugía, llenando el aire con un fuego oscuro. Los guardianes se colocaron detrás del grupo, listos para intervenir si era necesario.